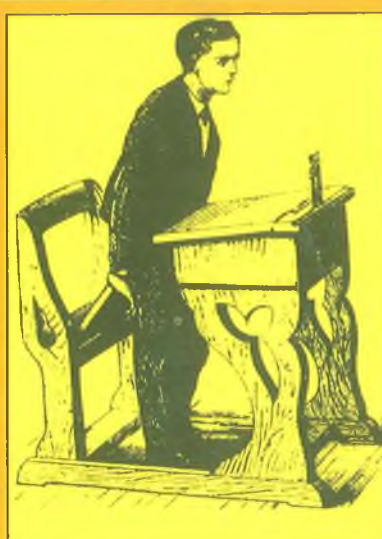




PROYECTO  
DIDÁCTICO  
QUIRÓN

13 A 18  
AÑOS

MATTHEW LIPMAN



MARK



Ediciones  
de la Torre

Segunda edición

MATTHEW LIPMAN

# MARK

**Segunda edición**

Traducción  
Félix García Moriyón



**EDICIONES DE LA TORRE**

MADRID, 1998

Mark es una de las novelas que componen el currículum Filosofía para Niños, diseñado para proporcionar a los niños y jóvenes un pensamiento crítico, reflexivo y solidario. Ocupa el séptimo lugar en una serie de siete novelas y está destinada fundamentalmente a adolescentes entre las edades de catorce y dieciséis años (Enseñanza Media).

## Proyecto Didáctico Quirón, n.º 21



Del texto: Matthew Lipman  
De esta edición: Ediciones de la Torre  
Sorgo, 45 - 28029 Madrid  
Tel.y Fax: 91 315 55 66  
edicionesdelatorre@infor.net.es  
www.edicionesdelatorre.com  
Primera edición: junio de 1989  
Segunda edición: septiembre de 1998  
ET Index: 223PDQ21  
ISBN: 84-7960-231-7  
Depósito Legal: M. 31.779-1998  
Impreso en España / *Printed in Spain*  
Gráficas Cofás  
Polígono Prado de Regordano  
Móstoles (Madrid)

El signo © (*copyright: derecho de copia*) es un símbolo internacional que representa la propiedad de autor y editor y que permite a quien lo ostenta la copia o multiplicación de un original. Por consiguiente esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo, ni en parte, ni registrada o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial. De acuerdo con lo anterior, la fotocopia no autorizada de este libro o parte de él está expresamente prohibida por la ley y puede constituir delito.

## Capítulo I

**M**ARK JAHORSKI iba corriendo al Instituto. Raramente paseaba si tenía la posibilidad de correr, y raramente corría suavemente: su forma habitual de hacerlo era a toda velocidad. Cuando llegaba al sitio al que iba, fuera el que fuera, se apoyaba en una pared jadeando y respirando por la boca. 5

—Eres lo suficientemente estúpido como para hacer eso —le decía su hermana gemela.

Mark no solía tomarse la molestia de contestarle. Se limitaba a mirarla con frialdad, y a continuación, cuando se sentía algo descansado, se lanzaba otra vez a la carrera. Pasó por delante de los Parkinson; tenían una canasta de baloncesto colgada encima de la puerta del garaje. Dos chicos estaban peleándose justo debajo del aro. Mark los conocía; eran dos chicos de quinto. 10

—¿Por qué estáis peleándoos? —les gritó, después de haberse parado un momento para tomar aliento. 15

Los dos chicos empezaron a dar vueltas mirándose uno a otro con mucha atención.

—¿Simplemente por nada? —insistió Mark. Hubiera continuado su camino, pero algo en el rostro del chico más alto, una fugaz expresión de desdicha, le hizo pararse un poco más. 20

—Me llamó burro estúpido —dijo el chico más alto.

—¿Por qué le llamaste eso? —preguntó Mark al otro chico, recibiendo inmediatamente la respuesta que esperaba.

—Porque lo es —le dijo el chico más bajo, más regordete, sonriendo mientras lo decía. 25

Se reanudaron los golpes y después de un minuto más o menos los dos combatientes, cansados, se separaron un poco y se dispusieron a luchar otra vez.

—A mí me llaman estúpido continuamente, pero eso no significa nada para mí —dijo Mark dirigiéndose al chico más alto. Al no conseguir nada, decidió intentarlo de otra manera y le dijo al otro con aire inocente, mientras permanecía de pie debajo del aro—, ¿cómo sabes que es un burro estúpido?

—Sólo tengo que mirarle para poder llamárselo —dijo al chico más bajo.

—Yo no soy un burro —dijo el chico más alto—. Si vuelve a decírmelo, le aplastaré la cara.

—No necesitas ser capaz de explicar lo que ves —le dijo el chico más bajo a Mark—. Simplemente puedes saberlo. Me basta con mirarle y saberlo. Actúa igual que actúan los burros estúpidos.

Los chicos empezaron a golpearse otra vez. Mark se encogió de hombros y siguió su camino hacia el Instituto. En la calle, Maple redujo su ritmo hasta quedarse en un ligero trote, giró para subir por el camino asfaltado que llevaba hasta el edificio y abrió la puerta de un empujón. Tendría que haber ido directamente a su armario, pero fue incapaz de pasar de largo sin pararse ante la acalorada discusión que estaban manteniendo Laura y Millie.

—Te lo estoy diciendo, lo he visto en la tele —insistía Lura—. Dicen que es posible que algunos tiburones sean mamíferos.

—¡Vaya tontería! —medio gritó Millie—. ¡No recuerdo haber oído nunca nada tan estúpido! Todo el mundo sabe que los tiburones son peces y que las ballenas son mamíferos. ¡*Todo el mundo* lo sabe!

—¿A qué viene que hables ahora de las ballenas? —dijo Laura con una evidente expresión de disgusto.

Mark esbozó una sonrisa burlona.

—Sólo porque *todas* las ballenas son mamíferos —continuó Laura— no puedes decir que *sólo* las ballenas son mamíferos. Todo el mundo puede decirte que las ballenas y los tiburones se parecen muchísimo.

—¡Seguro! —replicó Millie—. Ambos viven en el agua. ¡Vaya descubrimiento! Y ninguno de los dos tiene pies.

—¡Eh, Laura! —dijo Mark, pensando que sería mejor intervenir—. Lo que quiere decir Millie es que ninguna de esas cosas tiene la menor importancia. Hay parecidos que no son importantes y diferencias que sí lo son.

—¿Como cuáles? —preguntó Laura.

5

—¡Vamos! Tú lo sabes igual que yo —replicó Mark—. Las ballenas dan de mamar a sus crías, y los tiburones no. Las ballenas tienen sangre caliente y respiran aire; los tiburones tienen sangre fría y respiran agua. Esas cosas son las que realmente cuentan.

—Mark —contraatacó Laura, con los ojos centelleantes—, ¿quién decide cuáles son las cosas que cuentan? ¿Tú? ¡Tú siempre te crees muy listo!

10

Se echó el pelo hacia atrás por encima de los hombros, le miró durante un momento y a continuación empezó a alejarse.

—¡Eh! ¡Espera! No te enfades así —iba gritando Millie detrás de Laura, casi corriendo para alcanzarla—. Además, ¿a qué viene tanta prisa? No tienes interés en llegar pronto a la clase de Sociales, ¿verdad?

15

—¡Ese Mark! ¡Se cree tan desapasionado y frío! Me gustaría ver su cara cuando se entere de lo de Lisa —dijo Laura, no haciendo caso de la pregunta de Millie.

20

—¡Oh! A mí no me gustaría —murmuró Millie, añadiendo tímidamente—. Y de todas formas, si quizá algunos tiburones no son peces, ¿quién conocería la diferencia?

25

## II

—¿Has visto a Lisa? —le preguntó Mark a Millie.

Había sonado el timbre y Lisa no estaba en la clase. Millie contestó negativamente moviendo la cabeza. No estaba dispuesta a decirle a Mark que había visto a Lisa y Greg Marston en dirección a la cafetería de Pete.

30

Como de costumbre, resultó difícil decir en qué momento exacto había empezado la clase. La señora Williams había estado de pie junto a la pizarra hablando con Randy. Después se acercaron Tony y Fran y unos cuantos alumnos más se metieron en la discusión, hasta que bien

35

- pronto toda la clase estaba discutiendo. Poco a poco, los que estaban alrededor fueron sentándose en sus puestos, pero sin dejar de hablar. Aunque había diferentes grupos de discusión, todos ellos estaban discutiendo aproximadamente del mismo tema. Randy había empleado la
- 5 palabra «mundo libre» y Fran quería saber qué países pertenecían al mundo libre y cuáles no.
- No podemos decir en qué consiste el «mundo libre» mientras no sepamos lo que significa «libre» —protestó Harry.
- Bueno, ya que tú no lo sabes, te diré lo que significa —contestó
- 10 Mickey—. Dondequiera que la gente elabora las leyes por las que se rigen, allí son libres. Evidentemente podrás darte cuenta de que no existe semejante lugar.
- Tú te refieres a la democracia —dijo Laura.
- ¿Qué es la democracia? —preguntó la señora Williams, después
- 15 de que nadie hubiera hecho ningún comentario durante un rato.
- La democracia es el sitio en el que la gente vive según sus propias leyes, leyes hechas por ellos mismos. Por eso la gente en las democracias es libre —dijo Laura, echándose el pelo hacia atrás con un gesto desafiante.
- 20 —Para un momento; no vayas tan rápido —dijo Mark con cierto aire de sentirse agraviado—. No puedes coger cualquier razón anticuada y decir que esa es la que hay que tener en cuenta. Son muchísimas las diferencias entre las democracias y otros tipos de gobierno. ¿Quién te dice que la que tú has escogido es la única que merece ser
- 25 tomada en consideración?
- Mark tiene razón, Laura —dijo Tony—. Cuando está hablando de cosas tan complicadas como la democracia y la libertad hay que fijarse en muchas cosas.
- Como si el país tiene o no tiene una Constitución —sugirió
- 30 Jane.
- Claro —añadió Tim—. ¿Y qué me dices del gobierno representativo?
- Son cosas que hay que tener en cuenta —concedió Laura.
- ¡Claro! —dijo Mark, sorprendido al darse cuenta de que Laura y
- 35 él estaban de acuerdo para variar—. Son cosas a considerar. Pero, ¿en qué medida son importantes? ¿Son decisivas?

—La única cosa lo suficientemente importante como para ser considerada decisiva es la ley de la mayoría —dijo Jill pausadamente, después de haber mirado a toda la clase.

—¡Eso no es así! —respondió inmediatamente Fran—. ¡Lo decisivo son los derechos de las minorías! —miró a Jill durante un momento y después se dirigió hacia la profesora—. Señorita Williams, si existe alguna consideración que siempre debes tener en cuenta, y es tan importante que realmente es decisiva, ¿hay alguna palabra especial para nombrarla?

Era el primer año que la señorita Williams daba clase y algunas veces se ponía en guardia frente a los comentarios de los alumnos.

—¿Una palabra? —preguntó frunciendo el ceño—, ¿como cuál?

—¿No existe una palabra que se dice «criterio»? —dijo Suki tras haber levantado la mano con algunas dudas.

—¡Claro! ¡Criterio! —replicó Harry.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Mark con excitación—. Mira, digamos que tenemos dos criterios. Vamos a olvidarnos de los demás por ahora. Tenemos dos criterios aplicables a la democracia: la ley de la mayoría y los derechos de las minorías. ¿Cuál de los dos vamos a aceptar?

—No tienen por qué ser uno u otro; quizá no sean ninguno de los dos —dijo Tony pausadamente.

—También podrían servir los dos a la vez. Existen cuatro posibilidades —añadió Harry.

—Pero, ¿cómo vamos a elegir entre las cuatro? —insistió Mark.

—¿Puede ser, señorita Williams —dijo Harry lentamente—, que tengamos un conjunto de criterios y que tengamos que seleccionar algunos? ¿Puede ser que todavía necesitemos *otro* criterio para poder decidir cuáles seleccionar del primer conjunto?

La señorita Williams se quedó pensando un momento en la pregunta para poder responder a continuación:

—No creo que tengas muchas alternativas. ¿Cómo vas a poder escoger si careces de un criterio que te permita escoger?

—Por tanto, podemos seguir indefinidamente —exclamó Mark, traicionando con su gesto la desilusión que sentía—. Creí que una vez que resolviéramos cuáles eran las consideraciones que debíamos tener

en cuenta, dispondríamos de una regla para tomar decisiones. Pero no tiene nada que ver con eso. Es como aquella caja de galletas, era una caja de galletas Quaker Oats, y había un dibujo de un hombre que sostenía una caja de galletas Quaker Oats en su mano, y esa caja tenía un dibujo de un hombre que sostenía una caja de galletas Quaker Oats en su mano, y así indefinidamente.

—Pero no tiene por qué ser así —afirmó Fran—. Quizá en teoría sí lo sea, pero no en la práctica. No hay por qué seguir sin un final. Si tenemos presente en nuestra mente lo que estamos intentando hacer, eso nos ayuda a poner en orden nuestras razones. Luego, cuando tenemos que tomar una decisión, simplemente nos lanzamos y la tomamos, y lo hacemos con las mejores razones que tenemos.

—Las mejores razones que tenemos... De acuerdo —dijo Harry—. Y esos son nuestros criterios.

Más tarde, cuando los alumnos se dirigían ya hacia la puerta de la clase, Jill le dijo a Laura:

—¿Cuándo crees que Lisa le va a hablar a Mark?

—¿Hablarle a Mark? ¿Por qué debería hacerlo? Quizás cree que puede salir con los dos a la vez.

—¿Quedarse con los dos? No. Tiene que decidirse por uno u otro.

—Y el criterio que empleará será cuál le gusta más, ¿verdad?

—Seguro. Pero te apuesto lo que quieras a que hay algo más que ella tendrá en cuenta. Esos dos chicos tienen un temperamento terriblemente fuerte. Sea el que sea al que rechace, será como un barril de pólvora a punto de estallar. Si Lisa estuviera aquí, la avisaría: ¡Ten cuidado!

—Lo que yo te he dicho —comentó Laura con una ligera sonrisa—

Tiene razones muy poderosas para intentar quedarse con los dos.

30

### III

—Me imagino que vamos a un entrenamiento de baloncesto —le dijo Lisa a Mark.

—Claro —le contestó, mirando a Luther y Tony que le esperaban en el pasillo. A sí mismo se dijo: «Sabe que voy siempre al entrena-

miento de baloncesto después de las clases. ¿Por qué me pregunta?»

En ningún momento se le pasó por la imaginación que Lisa quería hablarle.

—¿Por qué será que ese juego no me dice nada? —se preguntó Lisa en voz alta, lamentando en seguida lo que había dicho al darse cuenta de que Mark hacía un gesto de disgusto. 5

—Es un juego muy interesante —dijo Mark débilmente.

—¿Es porque no tienes que pensar mientras juegas? —dijo ella sin pensárselo. Sonó mucho peor de lo que se había imaginado.

—¡No, no es cierto! —contestó Mark poniéndose inmediatamente a la defensiva—. *Tienes que pensar mientras estás jugando al balon- 10*  
cesto. En cada movimiento tienes que saber lo que estás haciendo. De hecho eso es lo que hace que sea tan bonito: en el campo, hacer y pensar son una y la misma cosa. ¿De qué otro juego puedes decir eso?

Lisa no respondió. Era incapaz de entender la pasión de Mark por el baloncesto y parecía que sus explicaciones intentando hacerle com- 15  
prender por qué le gustaba sólo empeoraban las cosas.

—Mira —dijo ella—, me están esperando. Nos veremos más tarde, ¿de acuerdo? ¡Tengo tanto trabajo que hacer...!

—De acuerdo, te veré mañana —dijo Mark, que parecía no estar molesto. 20

Mark se marchó. Después del entrenamiento estaba pletórico en lugar de cansado y fue corriendo sin parar hasta su casa. Encontró a su hermana, María, sola en el piso, esperándole. Si no hubiera estado pensando todavía en la velocidad a la que había dado la vuelta en la esquina, se hubiera dado cuenta de lo seria que estaba su hermana. 25

—¡Mark! —exclamó—. Mamá ha venido a casa y se ha vuelto a ir en seguida. Tiene algo que decirte.

—¿De qué se trata?

—El traslado de la National Textile. 30

—¿Trasladarse? No lo entiendo. ¿Cómo pueden trasladarse?

—Claro que pueden y lo van a hacer, según mamá. Se van al otro extremo del país. Dentro de seis meses.

—¡Pero si tienen ese edificio gigantesco! ¡Y deben tener miles de empleados! 35

—¿Y qué? Dicen que les sale más barato en cualquier otro sitio.

—Pero nosotros nos quedaremos aquí, ¿verdad? Es decir, mamá no tendrá que irse con ellos. Podría encontrar trabajo aquí, ¿verdad?

—Supongo que no es tan sencillo. Dice que tiene muchos trienios, sea lo que sea eso, y que los perdería si no fuera. Me imagino que una vez que ha ascendido hasta ser más o menos un ejecutivo no quieres retroceder y convertirte en una mecanógrafa.

—¿Pero qué pasa con papá? No puede simplemente dejar sus cosas y marcharse, sin más ni más. ¿Qué pasa con su trabajo?

María movió su cabeza y puso mala cara. Sólo entonces Mark se dio cuenta por primera vez de que había estado llorando.

—Ese es el problema —intentó explicar María—. Parece que existe algún tipo de problema, pero no alcanzo a entenderlo. Quiero decir que en el trabajo, en la biblioteca, nunca hay promociones. Por eso te limitas a permanecer en el mismo puesto, año tras año. Es cierto que él nunca dice nada de eso, pero eso da lo mismo. Por eso piensa que las cosas no podrían ir peor en otro sitio sea el que sea.

—Pero..., pero... —farfulló Mark—, ¡es ridículo! ¡Es una locura! Esta estúpida sociedad: o las cosas están completamente paradas o no paran de moverse. No tiene sentido de ninguna de las dos formas.

Más tarde, cuando llegaron el señor y la señora Jahorski, confirmaron lo que María ya había contado a Mark. Aquella noche la cena fue una reunión tranquila, casi solemne, por más que el señor Jahorski siguió intentado ver el lado bueno de las cosas.

Por la noche, Mark estuvo dando vueltas en la cama sin poder dormirse. Se había dado cuenta con pesar de que iba a tener que dejar a Lisa.

#### IV

30

Fuera lo que fuera lo que Lisa quería discutir con Mark, no tuvo ánimo para sacarlo a relucir después de que le dijera que tendría que irse. Sus pensamientos se agolpaban atropelladamente en la mente y ninguno de ellos le resultaba agradable. Uno le decía: «Este es tu castigo por lo de Greg.» Y otro, todavía más molesto, le decía: «Es una ocasión, chica; aprovéchala. Has estado deseando deshacerte de

Mark durante mucho tiempo, pero no querías reconocerlo. Ahora, ¿qué importa?» Todavía otra voz interior le decía: «Es Greg el que no significa nada para ti. Uno de estos días te dejará para salir con cualquier otra, y Mark se marchará y tú te quedarás sin ninguno.» Se preguntaba lo que podría hacer para dejar de pensar.

5

Pero al siguiente miércoles se descubrió todo el lío. Mark le dijo:

—Iré a recogerte un poco antes el sábado por la tarde. Han cambiado el horario del cine, por lo que pasaré por ti a las siete.

—Pero..., pero... —murmuró Lisa—. Mark, tú no me dijistes nada de que íbamos a ir al cine el sábado. No es lo normal. ¿Cómo pudiste dar por supuesto que iríamos?

10

Ahora le tocaba a él el quedarse sorprendido. Le recordó:

—¿No te acuerdas? Habíamos quedado en ir al estreno de la próxima película de Woody Allen. Incluso lo habíamos comentado.

Esta vez le tocaba a Lisa, y casi se sintió enferma. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Se dio cuenta de que tenía que solucionarlo de alguna manera.

15

—Lo siento. No sé cómo, pero lo olvidé. De todas formas no puedo ir contigo.

—¿Que no puedes? ¿Cómo es eso?

20

—Simplemente, no puedo.

—¿Pero, por qué?

—¿Por qué tengo que darte una razón? ¡Simplemente, no puedo!

Estaba de pie tan cerca, como si fuera una torre que la dominaba, que no podía mirarle a la cara, por lo que dirigió la vista hacia abajo, pero no quería mirar hacia abajo, quería mirarle de frente. Se vio obligada a decirle, ante una exigencia que le parecía inaceptable:

25

—Le prometí a Greg Marston que saldría con él.

—¡Greg Marston! —murmuró—. ¿Esa rata inmunda? —fue lo único que pudo decir a continuación.

30

Mark estaba realmente aturdido. Lisa asintió con la cabeza, permaneciendo en silencio.

—Pero, ¿por qué?

—Simplemente quiero salir con él; eso es todo.

—¿Porque está en el último curso y tiene un coche los sábados por la noche?

35

—¡Oh, Mark! —protestó Lisa, mientras se preguntaba si había algo de cierto en la acusación.

—¿Me estás diciendo... —se esforzaba por encontrar las palabras—, me estás diciendo que crees que deberíamos dejarlo?

5       —¿He dicho yo algo de eso? —le respondió ella de forma cortante—. Todo lo que quiero decir es que no estamos casados ni nada por el estilo. ¿Por qué no voy a poder salir cuando quiera con otro si me apetece? Sólo porque quiero charlar con algún otro de vez en cuando, ¿van a tener que cambiar las cosas entre *nosotros*?

10       «Es penoso, se dijo a sí misma. Vaya argumento más tonto!» Miró con gesto sombrío hacia el suelo y un pensamiento cruzó su mente: «Entonces es así como terminan estas cosas.»

      —¡Greg Marston! —exclamó Mark con repugnancia.

15       —¡Ni siquiera le conoces! Me gustaría que le conocieras. Te apuesto algo a que te caería bien.

      Aquello era la última gota. Mark tenía la imagen de Greg, sentado al volante de su coche, sonriendo y dirigiéndole una mueca despectiva. Mark estaba tan furioso que le hubiera dado un puñetazo a Greg si éste hubiera aparecido por allí en aquel momento. Pero a  
20       Lisa no podía hacerle nada. Furioso, aturdido, desesperado, lo único que podía hacer era alejarse en silencio.

## V

25

      El cambio en Mark fue bastante evidente. Al principio, María se había sorprendido ante ciertas incoherencias de su comportamiento; por ejemplo, lo dócil que era en casa y lo crítico que era con todo lo que se refería al colegio. Pero a continuación los cambios habían  
30       empezado a ser más dramáticos. Un día aparecía por el colegio con unos pantalones viejos y rotos, despeinado, dando voces y armando follón. Al día siguiente se presentaba con camisa y corbata (normalmente la más llamativa y extravagante que podía encontrar), el pelo peinado hacia atrás con algún tipo de gomina y un comportamiento  
35       casi absolutamente correcto. Pero no se confiaba a nadie y sus compañeros no podían imaginar lo que pasaba por su cabeza. No soltaba

prenda, ni siquiera cuando estaba con sus amigos. Al cabo de un tiempo, sus compañeros se acostumbraron a sus rarezas sabiendo, como sabían, los problemas que tenía.

Mark llevaba algo más de un año en el Instituto y en ese tiempo no se habían producido incidentes que le hubieran hecho entrar en conflicto con la dirección del centro. Si era abiertamente crítico algunas veces, también lo eran muchos otros alumnos. Pero según se fue acentuando su no conformismo, a sus amigos les preocupaba en cierta manera que la dirección no iba a estar dispuesta a pasar por alto sus excentricidades. 5 10

En aquel momento, Mark estaba en la biblioteca, mirando con cierta dejadez y sin ningún motivo especial la cabeza de Randy. De pronto la bibliotecaria se puso delante suya, sin dejarle mirar. Mark intentó moverse un poco para seguir mirando, pero era inútil, ella insistió en que quería verlo en su despacho. La siguió despreocupadamente, confiando en que no había nada que tuviera que ver con él. 15

—Mark —le dijo firmemente—, estos libros prestados están a tu nombre. No entiendo cómo es posible que hayas podido llevarte tantos. En todo caso son préstamos para un solo día y hace varias semanas que te los llevaste. No has devuelto ninguno, ¿por qué? 20

Le mostró un montón de tarjetas de préstamo. Él la miró sin decir una palabra, con la boca entreabierta. Los primeros días, cuando descubrió que le habían desaparecido de su armario, estuvo bastante preocupado. Pero al pasar el tiempo se preocupó cada vez menos hasta que se borró totalmente de su mente. Todo lo que pudo balbucear, casi de una forma incoherente, fue: 25

—Los puse en mi armario.

—Muy bien —dijo la bibliotecaria—. ¿Me los puedes dar ahora?

—Señorita Gratz, ya no están allí —dijo en un tono algo más alto de lo que hubiera querido. 30

—Si no están allí, ¿dónde están? —contestó ella lentamente, con una voz uniforme y monótona.

—¡No lo sé! —casi gritó—. No puedo encontrarlos.

El tono más elevado de Mark hizo que algunos estudiantes dejaran de leer y les miraran. Para desgracia de Mark, el director, el 35

señor Swing, había estado escuchando toda la conversación en la puerta, esperando para hablar con la bibliotecaria.

—¿Te das cuenta —le dijo el señor Swing con un tono de voz duro— que estás molestando a todo el mundo en esta biblioteca?

5 Mark le miró casi con fiereza y comenzó a decir en un tono tan alto como el anterior:

—¿Qué pasa...?

—¡Ya está bien! —dijo el director, mirándole fríamente—. Eres Mark Jahorski, ¿verdad?

10 Mark le miró fijamente. Sus labios se movieron, pero fuera lo que fuera lo que dijo, no se escuchó nada. La señorita Gratz confirmó su identidad con un rápido movimiento de cabeza.

—Mark Jahorski —dijo.

15 —De acuerdo, Mark —dijo el señor Swing—, mientras no traigas esos libros no volverás a participar en actividades extraescolares.

—Pero no los tengo y no puedo devolverlos —comenzó a explicar Mark, pero en ese momento otro pensamiento cruzó su mente—. ¡El Partido! ¡Mañana por la noche se juega el partido de baloncesto! ¡Me lo perderé! —casi gritó.

20 —No si devuelves los libros —respondió el señor Swing, indicando a la señorita Gratz que le siguiera a su despacho.

Mark, que parecía desconcertado, salió corriendo de la biblioteca, dejando sus libros y su cuaderno en la mesa en la que había estado sentado con Laura y Jill. Las chicas habían escuchado todo lo que había ocurrido.

25 —No creo que la señorita Gratz pretendiera que pasara lo que ha pasado —murmuró Jill.

—Desde luego que no —contestó de forma cortante Laura—. Pero el «amable» Swing siempre está a tu disposición: pórtate bien o  
30 lárgate.

—¡Pobre Mark! ¡Se le están poniendo las cosas muy difíciles!

—Ya lo sé —añadió Laura—. Espero que sepa aguantar el tipo hasta que todo se vaya arreglando.

—¿Qué quieres decir?

35 —Que espero que no vaya a hacer ninguna tontería que le perjudique.

## VI

Eran las diez y cuarto de la noche. Al otro lado del campo, en el gimnasio, el partido estaba en el cuarto y último tiempo. Los dos policías, sentados en su coche frente al Instituto, apenas podía escuchar otra cosa que el griterío de la multitud que venía del otro lado del campo. Se bajaron del coche y empezaron a subir al edificio. Como el vigilante nocturno había sido suprimido por razones presupuestarias, le correspondía a la Policía, en sus rondas habituales, el garantizar la seguridad necesaria para el edificio durante la noche. 5 10

Les bastó con dirigir sus linternas hacia la puerta de delante para darse cuenta de que algo no estaba bien: el cristal había sido roto desde fuera. Cuando entraron en el edificio vieron que todas las fotografías de los delegados de Educación desde 1932, que colgaban en sus marcos de las paredes, habían sido estrelladas contra el suelo. 15

—Hay gente que roba, pero no destroza; y hay gente que destroza, pero no roba —dijo uno de los policías.

Al ir recorriendo rápidamente el edificio, clase tras clase vieron las sillas y las mesas tiradas por el suelo, las pizarras pintadas, amenazas escritas en las paredes y ventanas rotas. Entonces escucharon un ruido que venía de la parte de atrás, como si alguien estuviera bajando a toda velocidad por las escaleras desde el segundo piso. 20

Dos pasillos llevaba a la parte de atrás, por lo que los policías se separaron. Poco después, cuando se encontraron en la parte de atrás del Instituto, lograron ver a alguien que salía corriendo hacia el patio trasero. Pero el patio estaba cerrado: los garajes y una pared de cemento bastante alta junto con el ala de los laboratorios del Instituto hacían del patio una trampa para el fugitivo. Las linternas le iluminaron con total precisión. Estaba agachado en una esquina. Uno de los policías le dijo con tranquilidad: 25 30

—¿Cómo te llamas?

—Mark Jahorski —respondió sin más palabras, y se dejó llevar al coche de la Policía, intentando todavía taparse la cara con los brazos. 35

## Capítulo II

**E**L VANDALISMO en el Instituto no había sido lo único que pasó: el partido de baloncesto casi terminó en un tumulto. La Policía no estaba muy segura de si había alguna relación entre los dos hechos. El periódico del día siguiente informaba que las dos cosas habían sucedido «en el mismo período de tiempo» y dejaba que fueran los lectores los que conjeturaran si un suceso podía haber causado o provocado el otro.

Tampoco estaba muy claro en qué medida, si había alguna, la discusión acerca de Jane Starr había contribuido al follón. Jane se había quejado públicamente de que se la había excluido del equipo de baloncesto simplemente porque se trataba de una chica. «Soy más alta y más rápida que algunos chicos del equipo, y tiro a canasta mejor que ellos; entonces, ¿por qué no me han alineado con el equipo?», eran las palabras textuales, recogidas por uno de los colaboradores de la revista del Instituto que había aparecido el día antes del partido. Como consecuencia de todo eso, había dos piquetes a la entrada del gimnasio la tarde del partido protestando por la exclusión de Jane.

Pero algo todavía más importante fue que los árbitros del partido eran dos suplentes sin experiencia. Los árbitros asignados al partido, los tres árbitros, tenían que venir desde un pueblo próximo, pero el coche en el que venían se vio implicado en un pequeño accidente y aunque nadie tuvo heridas de consideración, fue lo suficiente como para impedir que llegaran al partido. Como consecuencia de todo ello, hubo que elegir unos sustitutos y los que se seleccionaron —en gran parte porque habían sido jugadores de baloncesto— no siempre

estaban muy seguros de las reglas del juego. Más todavía, uno de ellos resultó que tenía muy poco aguante. Él y los dos entrenadores se enzarzaron en continuas discusiones, lo que le irritaron hasta el punto de que expulsó a los dos entrenadores del campo. Eso sucedió en el tercer tiempo. En el cuarto tiempo, algunos aficionados comenzaron a arrojar vasos de papel y botes de bebida vacíos al campo, por lo que fue necesario interrumpir el juego en diversas ocasiones. Los jugadores de ambos equipos pedían al público una y otra vez que tuvieran calma, pero a falta de un minuto para terminar el partido, los árbitros tomaron una decisión que fue muy mal aceptada y el aire se llenó de cientos de objetos. En ese momento una lata salió volando por el aire y fue a estrellarse en la frente de Tony, haciéndole un corte justo por encima de las gafas. Por un breve momento se hizo un silencio, pero a continuación las gradas se convirtieron en una confusión de empujones y codazos, de gritos y chillidos, y todo el mundo se abalanzó hacia las puertas. Nadie, a excepción de Tony, sufrió ningún daño, pero el desorden creado y el pánico que muchos espectadores sintieron durante unos instantes, provocó una gran indignación. Ésta aumentó más todavía cuando se corrió la noticia de que el Instituto había sido destrozado por unos vándalos.

Mientras tanto, Mark pudo llamar a sus padres desde la comisaría de Policía y fue puesto en libertad bajo la custodia de ellos. Al día siguiente se presentaron en el juzgado y se encontraron allí con el señor Swing y la señorita Williams, que habían llegado antes que ellos y estaban charlando en voz baja en los pasillos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó la señora Jahorski, que estaba nerviosa—. ¿Van a tomarle declaración?

—No exactamente —respondió el señor Swing, algo afectado en apariencia y con un tono de voz menos severo que de costumbre—. Hay un procedimiento especial en casos como este. En lugar de utilizar los tribunales de menores, se encarga de la investigación a algunos jueces jubilados que tienen tiempo e interés suficiente como para investigar estos temas sin muchas prisas. Si este asunto se lleva así, creo que Mark habrá tenido mucha suerte.

En aquel momento apareció el secretario y le llevó a una habitación que, según su información, era el despacho del juez Bertoia.

Había un sofá grande y cómodo en el que se sentaron Mark y sus padres. La señorita Williams, el señor Swing y el juez Bertoia se sentaron en tres grandes sillones, tapizados con el mismo cuero rojo que el sofá, en parte mirando a los Jahorski y en parte mirándose unos a otros.

El juez Bertoia era un hombre bajo, algo rechoncho, con un cuello grueso y una abundante cabellera blanca. Apenas se le podían ver los ojos, ocultos por unas gruesas bifocales. Esto perturbó algo a Mark, que estaba preparado para tener enfrente un juez hostil o amistoso. Le resultaría más difícil con uno de apariencia inexcusable. Pero cuanto más se esforzaba por descubrir a su interrogador, menos éxito parecía tener en el intento.

—Mark —dijo el juez Bertoia, tras intercambiar saludos con el señor Swing—, parece ser que te encuentras en dificultades, ¿no es cierto?

Mark asintió con la cabeza.

—Pero tú dices que eres inocente, ¿verdad?

Mark volvió a asentir con la cabeza.

—Muy bien; vamos a ver si me cuentas lo que pasó.

—Me fui del partido pronto, en el primer tiempo. Durante un rato estuve corriendo por las calles; después volví al Instituto y pude ver el cristal roto en la puerta de delante. Vi que la puerta estaba abierta y entré a echar una ojeada. A continuación escuché que alguien más entraba y me di cuenta que no debían encontrarme allí, por lo que eché a correr.

—Creo que estás en el equipo de baloncesto.

—Sí, juego de escolta. Pero estaba dado de baja. No podía jugar.

—¿Por qué estabas dado de baja?

—Porque no había devuelto unos libros prestados que estaban ya fuera de plazo —murmuró Mark, mirando de reojo al señor Swing, y continuó en voz más alta—. Si me lo pregunta, le diré que alguien me los robó.

—Ya hablaremos de ello en otro momento —señaló el juez después de hacer una breve pausa—. Por ahora, déjame que te pregunte algo. Tú querías que ganara tu equipo, ¿verdad?

—¡Claro!

—Sin embargo, ¿no pudiste quedarte a ver el partido?

—Eso es. No podía quedarme mirando. Pero quise volver al campo.

—Y cuando viste las ventanas rotas y la puerta abierta, ¿decidiste investigar tú solo? ¿No se te ocurrió llamar a la Policía? 5

Mark permaneció en silencio. Sus padres le miraban con expresión tensa y ansiosa, pero él se miraba fijamente las manos y no decía anda. Todavía hubo más preguntas, y Mark pudo contestar la mayor parte. Pero hubo unas cuantas, no pocas, a las que no respondió. De repente miró al juez de forma desafiante y le dijo: 10

—¡Ya sabía yo que pasaría esto! Sólo intentando hacerme responsable de algo, de la misma manera que hizo el señor Swing en el tema de los libros.

—Eres una víctima, ¿no es eso? —le preguntó el juez Bertoia mientras se echaba hacia delante. 15

Mark se encogió de hombros.

—¿Quizás una víctima de las circunstancias? —le dijo con una ligera sonrisa en los labios.

—¿Las circunstancias? —dijo Mark, echándose hacia atrás—. Fíjese en Jane Starr. ¿Fue víctima de las circunstancias? No, fue víctima de una política del Instituto que excluye a las chicas del equipo de baloncesto: una política social. 20

—¡Ajá! —exclamó el juez Bertoia, dando una fuerte palmetada con la mano en el brazo de su sillón—. ¡De eso se trata! Crees que eres víctima de la *sociedad*, ¿no es cierto? 25

Se hizo un silencio incómodo. Luego alzó la voz la señorita Williams.

—Juez Bertoia, yo..., yo no estoy segura de lo que intenta probar. Espero que no conceda demasiada importancia a esa palabra «sociedad». Es algo de lo que hemos estado hablando mucho tiempo en nuestra clase de Ciencias Sociales. 30

—Mire joven, déjeme que le diga algo —respondió el juez—. Prácticamente todos los jóvenes que pasan por aquí me cuentan la misma historia. Todos pretenden ser «víctimas de la sociedad». ¿Pero qué quiere decir eso? ¿Que la sociedad les ha *atacado*? 35

¿Cómo es posible eso?

Hizo una breve pausa para limpiarse la nariz con un enorme pañuelo y continuó diciendo:

—Todavía hay algo más que me perturba. ¡Palizas. ¡Vandalismo! ¡No tiene sentido! Puedo entender que le roben a alguien, pero ¿por  
5 qué darle una paliza? Puedo entender que roben en un edificio o piso, pero ¿por qué hay personas que parece que lo único que quieren es destruirlo?

—Estoy convencida de que existen resentimientos... —comenzó a decir la señorita Williams.

10 —¡Claro que hay resentimientos! —bufó el juez—. ¿Pero qué los provoca, ¿Por qué esos jóvenes se consideran *al margen* de la sociedad, como si no formaran parte de ella? ¿Por qué creen que las leyes de la sociedad no van con ellos? ¿Es que son diferentes a todos nosotros?

15 —Tenemos que descubrir qué les provoca el resentimiento y por qué —dijo en voz baja el señor Swing.

—Me temo que no le estoy siguiendo —dijo la profesora de Ciencias frunciendo las cejas.

20 Bart cogió su pipa con la mano y la puso apuntando hacia la profesora, mientras le decía:

—Lo que estoy pensando es que parece como si ellos, esos jóvenes, tuvieran algún secreto. Y no tengo ni idea de cuál puede ser. Les pregunto una vez y otra, pero no me dicen nada. *Tengo que estudiar todo eso con mucho más cuidado.* ¿Dijo que enseñaba  
25 Ciencias Sociales? —añadió cerrando los ojos ligeramente.

—En efecto.

—Y según dijo, está estudiando la sociedad. ¿Qué aspectos de la sociedad?

30 —Las fuerzas que mantienen unida una sociedad y las que amenazan con destruirla.

—¿Qué pasaría si... —empezó a decir el juez, volviéndose a continuación para dirigir su pregunta al señor Swing—. ¿Qué pasaría si la clase de Ciencias Sociales de segundo curso recibiera un nuevo alumno...?

35 El señor Swing captó inmediatamente lo que pretendía el juez con su pregunta, y le dijo:

—¿Durante lo que queda de curso?

—No entiendo nada —dijo la señorita Williams moviendo la cabeza—. ¿Quién es el nuevo alumno?

—Su nombre es Bartolomeo —contestó el juez con una ligera sonrisa—. Bartolomeo Bertoia. 5

Al levantarse para marcharse, el señor Swing se volvió hacia el juez y le preguntó:

—¿De veras cree que los jóvenes tienen algún tipo de secreto?

—Tengo la sospecha —respondió el juez, escogiendo cuidadosamente sus palabras— de que son diferentes de nosotros de una forma secreta, extraña, y eso es lo que quiero descubrir: qué los hace ser diferentes de nosotros. 10

—No son diferentes —dijo la señorita Williams—. Simplemente son más jóvenes.

En el ascensor, el director y la profesora intercambiaron unas cuantas palabras en voz baja. Lo único que pudo entender Mark fueron unas palabras de la señorita Williams que decía: «No creo que pueda seguir adelante con este...» 15

## II

—Hola, Jill —gritó Mickey—. ¿Vas a ir a la verbena esta noche?

—No lo creo. Tengo que preparar dos trabajos.

—Venga, vamos, divirtámonos un rato. 25

—Bue... bueno —dudó Jill, pero se le ocurrió una idea—. Está Millie. Déjame que le pregunte si ella va a...

—Bah, olvídate de eso. ¿Por qué tienes que preguntárselo a ella?

—gruñó Mickey.

—Millie, ¿vas a ir a la verbena esta noche? —preguntó Jill, ignorando lo que le decía Mickey. 30

—Vaya, no había pensado ir, pero, ¿por qué no? —rio Millie.

Mickey se quedó mirando a Jill con cierto escepticismo. Ella le devolvió la mirada fríamente y siguió hablando con Millie.

—En seguida vuelvo —dijo Mickey y salió corriendo. 35

Un poco más tarde estaba de vuelta con Tony que le seguía unos

pasos más atrás, mirando con ciertas dudas a Mickey y a continuación a las chicas.

—¿Qué os parece? —anunció Mickey lleno de orgullo—. Ningún problema. Una doble cita.

5 Millie alzó la cabeza mirando a Tony y sonrió. Después le preguntó:

—¿Qué tal tiempo hace ahí arriba?

10 Tony esbozó una sonrisa y no dijo nada. Otras personas habían hecho el mismo comentario dirigiéndose a él, pero se daba cuenta de que no tenía importancia si era Millie quien lo decía.

Jill tuvo que reconocer que la verbena estuvo muy bien. Se atiborraron de palomitas y dulces, lanzaron pelotas de béisbol contra botellas de madera hasta que Millie ganó un panda dorado y dieron vueltas y vueltas en el Tiovivo. Era uno de esos antiguos con una gramola que hacía sonar el *Danubio Azul* y otros vales, mientras se daban vueltas y se subía y bajaba montado en caballos de balancín o tigres feroces. Había en medio del Tiovivo una especie de brazo de madera balanceándose de tal forma que se le podía dar un golpe al pasar y conseguir que sonara una campana si se daba bien el golpe.  
15 Lógicamente, si se conseguía que sonara la campana se ganaba un viaje gratis. Pero ninguno lo consiguió y una de las veces que lo intentó, Mickey estuvo a punto de caerse del caballo al querer probar suerte dos veces seguidas. Más tarde se cansaron de la tranquilidad del Tiovivo y se montaron en el Pulpo, el Látigo y La Montaña Rusa.  
25

Unas dos horas más tarde, cuando ya habían tenido bastante, Mickey sugirió irse a algún sitio y sentarse. Como ninguno tenía la menor idea de adónde se podía ir, nadie se opuso a que fuera Mickey el que les guiara. No había pasado mucho tiempo cuando llegaron al patio de un colegio. Dieron la vuelta al colegio y llegaron al muelle de carga utilizado para cargar y descargar los camiones. Era una gran plataforma de madera, de un metro de alto aproximadamente, con unas escaleras a cada lado. Como Mickey y Jill se habían sentado en una de las escaleras, no parecía que hubiera ninguna razón para que  
30 Millie y Tony no se sentaran en la escalera del otro extremo de la plataforma.

Durante un rato ninguno tuvo nada que decir; el silencio sólo se rompía de vez en cuando, cuando se escuchaba los chirridos de Millie, que los otros reconocían en seguida como su forma peculiar de reírse. Cuando Mickey se acercó un poco más a Jill, ella se movió un poco más lejos. «Espero que no siga así mucho tiempo. La plataforma es bastante grande», pensó Mickey. 5

—Millie —gritó Jill con su voz cálida y ronca—, en el tiovivo tú te montaste sólo en animales domésticos y yo monté sólo en animales salvajes.

—Mmm, tienes razón —respondió Millie. 10

Pero Millie no prestó mucha atención a la observación de Jill, pues estaba muy ocupada intentando averiguar si estaba lo suficientemente cerca de Tony como para inclinar su cabeza y apoyarla en el hombro de él.

—Sabes Jill —dijo Tony riéndose—, algunos animales salvajes son muy tranquilos y algunos animales domésticos son realmente molestos. 15

A Tony le hacía gracia la forma en que se estaban hablando de un extremo a otro de la plataforma. Jill le respondió como si fuera un eco: 20

—¿Como cuáles,

—¡Como el hombre! —dijo Mickey, que ya no podía aguantar más tiempo sin intervenir en la conversación—. ¡Fíjate en las guerras que organiza la gente! De hecho, cuanto más juntos viven los animales, más belicosos son. Fíjate en las hormigas: son animales sociales y combaten exactamente igual que los seres humanos. 25

—¡Eh, Mickey ! —dijo Tony—. No vayas tan deprisa. Los hombres y las hormigas son ambos animales sociales pero de forma muy diferente.

—¿Te crees que no lo sé? —le contestó Mickey, quien estaba empezando a ponerse impaciente por las evasivas de Jill—. Las hormigas son sociales por instinto. Es algo natural para ellas. Pero la sociedad humana es algo que los seres humanos han construido por sí mismos. No es natural, es artificial. 30

—Mickey, no te entiendo —dijo Millie con cierto aire petulante—. Las personas pertenecen naturalmente a una familia o una tribu, eso 35

creo yo, por lo que también deben pertenecer naturalmente a una sociedad. ¿Cómo sería posible que ellos construyeran una sociedad como si estuvieran inventando algo?

La cabeza de Millie fue cayendo de forma cansada y casualmente  
5 logró encontrar un hombro sobre el que apoyarse. Mickey echó una ojeada hacia Tony y Millie y a continuación intentó poner su brazo alrededor de la cintura de Jill, pero ella se apartó con rapidez y decisión. Ahora le tocaba a Mickey suspirar. Sus pensamientos volvieron a fijarse en el tema de la discusión.

10 —Si se dejara que la gente se guiara por sus instintos —dijo—, no tardarían nada en matarse unos a otros. Pero son conscientes de que más les vale renunciar. Por eso se ponen de acuerdo para no luchar unos contra otros.

—La otra noche, en el pabellón de deportes —murmuró Millie—,  
15 fue como si volviéramos a la jungla durante unos minutos.

—Donde no existe gobierno, se impone la anarquía —dijo Mickey con un tono lúgubre.

—Vamos, Mickey. Eso es como decir que cuando no es de día es de noche —dijo Tony riéndose.

20 —Seguro. Es como decir que cuanto menos océano haya, habrá más tierra —añadió Jill riéndose también, para continuar algo más seria—. Sabes, Mickey; no puedo estar de acuerdo contigo en absoluto, pero no se por qué. Parece ser que quieres decir que somos como animales salvajes en la jungla y que todo lo que queremos  
25 hacer es luchar unos con otros. No puedo decirte por qué te equivocas, pero de todas formas sé que te equivocas.

Después de una breve pausa, Jill volvió a decir, con algo menos de seriedad:

30 —Bueno, ¿qué te parece si me acompañas paseando hasta mi casa?

Mickey se agarró a la barandilla, se puso de pie y se sacudió la trasera del pantalón. Después, moviendo su cabeza en dirección a Millie y Tony, le preguntó

—¿Qué pasa con ellos dos?

35 —¡Oh, ellos! —sonrió—. Déjalos solos. Les está yendo muy bien.

—No se puede decir lo mismo de nosotros —gruñó Mickey.

### III

Aunque a Fran y Suki les daba pena ver a Lisa tan abrumada y desanimada, se daban cuenta de que no podían decirle nada de Mark a no ser que fuera ella la que sacara la conversación. Pero Lisa seguía rumiando sus problemas consigo misma sin decir una palabra. Pocas veces sonreía y no había ninguna alegría en sus ojos grises. Incluso su pelo había perdido su brillo habitual y sus rizos caían lacios y sin gracia sobre sus hombros. 5

Por eso se sintieron algo animadas cuando la encontraron delante de una de las estanterías de la droguería, comparando las pretendidas ventajas de dos marcas de champú para el pelo. Lisa levantó la vista, no mostró ninguna sorpresa al verlas allí y comentó: 10

—Uno afirma que huele como el heno recién segado, pero ¿cómo voy a saber yo a qué huele el heno recién cortado? Este otro dice que me hará parecer «luminosa y seductora». ¡Muchas gracias! 15

—Uno te ofrece un aspecto natural, el otro te promete unos momentos de éxito social —dijo Fran riendo—. Ya ves, son dos cosas muy importantes en la publicidad: atractivo natural y atractivo social. 20

—¿Natural? ¿Social? ¿De qué estás hablando? —contestó Lisa mirando a Fran como si no acabara de entender su razonamiento.

Suki estaba mirando por el escaparate de la droguería y veía a los transeúntes que empezaban a abrir sus paraguas. Comentó entonces: 25

—Mira lo que están haciendo. Puede ser algo natural o social. Cuando la gente abre sus paraguas para protegerse de la lluvia, es algo natural. Pero si los abren porque está de moda, como cuando abren un parasol porque todo el mundo lo hace y queda bien, entonces es algo social. 30

Justo en aquel momento dos chicos que montaban en monopatín chocaron y Fran, que estaba mirando, dijo:

—Ese es otro ejemplo. Si chocaron porque no se vieron, puedes decir que se trata de un hecho natural. Pero si se vieron, y los dos intentaron que el otro cediera y al final chocaron porque calcularon mal, se trataría de un hecho social. 35

—Todavía no logro decidirme por ninguno de los dos, ni el natural ni el social —dijo Lisa, moviendo su cabeza como si no hubiera prestado mucha atención a los comentarios de sus amigas.

—¿Cuál escoger? —dijo Fran suavemente—. ¿Por qué no intentas quedarte con los dos?

Era una broma sin ninguna mala intención, pero la observación de Fran tenía un significado especial para Lisa, por lo que ésta retiró su vista y miró a otro lado. Suki se dio cuenta de que las palabras de Fran habían tenido un resultado inesperado, cogió a Lisa por el brazo y juntas se dirigieron hacia el mostrador. Suki y Fran pidieron un helado cada una, pero Lisa movió la cabeza y dijo que no le apetecía ninguno. Fran miró al dependiente y haciendo una indicación con la cabeza hacia donde se encontraba Lisa, dijo:

—Ponle un helado doble de chocolate. Tiene una cara como si fuera a derrumbarse de un momento a otro.

El dependiente miró a Lisa esperando una respuesta, pero no tuvo ganas siquiera de oponerse. Después de un rato Lisa dijo:

—No hay escapatoria. No la hay.

Sus dos acompañantes no sabían qué decir.

—No tenía suficiente con un chico para mí.

—¿Sólo te criticas a ti misma? —le preguntó Fran mientras la miraba atentamente.

—Exacto —dijo Lisa acentuadamente.

—¿De qué te echas la culpa?

—De lo que le ha ocurrido a Mark. Ahora, por mi culpa, tendrá antecedentes penales.

—No creo que sea tan grave todo esto —replicó Fran rápidamente—. Incluso si ese juez cree que Mark es culpable, el vandalismo no es una acción criminal. Y además, eso sería si damos por supuesto...

—Fran tiene razón —interrumpió Suki con fuerza—. Eso sería si damos por supuesto algo que nadie tiene derecho a dar por supuesto, que Mark es culpable de haber hecho algo mal.

El dependiente trajo dos copas de helado de vainilla y una de chocolate. Fran y Suki empezaron a tomar sus helados, pero Lisa dejó el suyo intacto. Al fin, Lisa comentó:

—Quizá yo no esté tan segura de todas esas cosas como lo estáis vosotras. Quizá no os supone ningún problema creer que alguien es inocente cuando todo indica que es culpable. Pero para mí sí es un problema. Inmediatamente imaginé que Mark había..., había cometido una estupidez o algo parecido. Y es por mi culpa. No, no lo neguéis, realmente es por mi culpa. 5

—Y por eso mismo te estás castigando y humillando —dijo Suki.

—Maldita sea, soy repugnante.

—Incluso si fue Mark —añadió Fran—, hay muchas otras cosas que pueden haber contribuido a que lo hiciera. ¿Qué pasa con el traslado de su familia? 10

Lisa estaba a punto de llorar y no pudo contestar. Su cuerpo tuvo una ligera sacudida y pareció como si se hubiera roto el trance por el que estaba pasando.

—Claro, se le juntó todo. Pero yo fui la última gota. Mark siempre ha sido muy crítico frente a la forma en que suceden las cosas... 15

Fran interrumpió a Lisa con un gesto de impaciencia, para volverse a continuación hacia Suki diciendo:

—Si pensamos que Mark está en un grave apuro, deberíamos hacer algo por él. ¿Dónde estabas el viernes por la noche cuando pasó todo eso? —le preguntó a Lisa, haciendo girar el taburete para poder mirarla a la cara. 20

—Fui al partido de baloncesto.

—¿Con Mark?

—No. 25

—¿Con Greg entonces?

—No, fui sola.

—Tú no sueles mostrar mucho interés por el baloncesto.

—Fui para encontrarme con Mark y poder hablarle. Pero no pude verle al principio, pues no estaba en las gradas. Luego, justo después de comenzar el partido, logré verle cuando se iba. 30

—¿Qué hiciste entonces?

—Me puse a seguirle, pero me sacaba bastante distancia. Pensé que podría estar caminando en dirección al Instituto. Luego, luego le perdí. 35

La voz de Lisa tembló y miró hacia otro lado.

- ¿Le perdiste? ¿Cómo es posible?  
—Me despisté. Eso es todo.  
—¿Pero cómo?  
—Me encontré con Greg —dijo Lisa levantándose.  
5 —¿Qué ocurrió? —preguntó Fran.  
—Yo..., yo no quiero hablar de eso —murmuró Lisa  
Fran se encogió de hombros y miró a Suki. Luego Suki dijo:  
—¿Qué opinas de ese juez y su deseo de sentarse en nuestra  
clase?  
10 —Imagina que podrá entender por qué existe el vandalismo, si  
puede llegar a entender lo que los jóvenes piensan de la sociedad  
—dijo Fran con un cierto tono burlón—. Pero se equivoca comple-  
tamente. Debería estudiar cómo aplasta la sociedad a los jóvenes, y  
no limitarse a cómo éstos intentan devolver los golpes recibidos.  
15 —Es un entrometido y un cotilla —asintió Suki en un tono serio.  
—Te apuesto algo a que cree que hay alguna relación entre lo  
que ocurrió en el Instituto y la forma que tenemos de hablar y de  
criticar las cosas en clase. Espera y verás. No sólo cogerá a Mark.  
Nos cogerá a *todos* nosotros —añadió Fran.  
20

#### IV

- ¡Te lo puedes imaginar! —exclamó el señor Stottlemeier—. ¡Mi  
25 primer sobrino, o sobrina, o lo que sea! Y Harry, tú tendrás otro  
primo. ¿Qué te parece?  
Harry esbozó una sonrisa, pero no dijo nada. Su padre siguió con  
el tema:  
—Lo que sí puede decirte es que le ha costado mucho tiempo a  
30 Margaret. Un par de años más y hubiera perdido cualquier oportuni-  
dad. Pero ahora ya verás cómo tiene tres o cuatro seguidos, uno  
cada año. Así es tu hermana.  
—¡Oh, cállate! —replicó la señora Stottlemeier, ruborizándose  
ligeramente. Cogió una servilleta amarilla de la mesa, limpió los cris-  
35 tales de sus gafas y siguió leyendo la carta, suspirando con alegría  
entre frase y frase: «Sería estupendo si pudieras hacerte cargo de las

cosas unos cuantos días cuando vuelva a casa del hospital. Hank es encantador, pero es realmente tan inútil para esas cosas. Desde luego, si tienen tiempo libre, podrías traerte también a Sam y Harry, pero ya sé lo ocupado que está siempre Sam y que Harry tendrá que ir probablemente al colegio.»

5

—¡Mamá! —interrumpió Harry—. Tenemos tres días de vacaciones a finales de la próxima semana. Es la Conferencia de la Asociación de Profesores. Eso quiere decir que dispongo de cinco días contando con el fin de semana. Si vas entonces, ¿no podría ir contigo? No perdería ningún día de clase.

10

La señora Stottlemeier se volvió y miró interrogativamente a su marido, que se limitó a arquear las cejas ligeramente sorprendido y siguió otra vez intentando desmontar la parte de atrás de su reloj con una navajita.

—Este condenado reloj siempre está retrasándose —comentó, como si la mirada no hubiera tenido nada que ver con él.

15

—¿No me dijiste el otro día que estabas a punto de tener unos días de vacaciones? —dijo la señora Stottlemeier de repente—. De hecho comentaste que podrían ser tres o cuatro, o quizá incluso cinco.

20

—Por lo que le concierne a Harry —dijo su marido mientras la miraba con una expresión ligeramente cansada—, no pongo ninguna objeción, pero ¿qué te hace suponer que el parto de Margaret va a coincidir con el calendario de los profesores? Por lo que se deduce de la carta, parece que queda por lo menos un mes para que me convierta en tío.

25

—¡Entonces, irás! —exclamó inmediatamente Harry—. ¡Y yo también podré ir si es a finales de la semana próxima! Iremos en avión, en tarifa familiar y os apuesto...

—Harry —dijo el señor Stottlemeier—, te estás haciendo muchas ilusiones y no van a salir nunca bien. Créeme, Margaret nunca fue puntual en ninguna actividad de su vida. Si dice que le queda un mes, serán dos o tres.

30

—Estoy en mi segundo año en el Instituto y todavía no he viajado en avión. ¿Te das cuenta?

35

—Sam, deja de burlarte del chico —dijo la señora Stottlemeier, y

siguió dirigiéndose a Harry—. No es probable, Harry, pero podemos hablar con una agencia de viajes y preguntar cuánto costaría, sólo en caso de que fuera necesario.

5 La suerte no le falló a Harry. Una mañana temprano de la semana siguiente tuvieron una llamada de Hank, y durante unas horas hubo unos frenéticos preparativos en la casa de los Stottlemeier. En poco tiempo estaban ya en el aeropuerto y, después de una espera que a Harry se le hizo eterna, subieron al avión.

10 Sentado junto a la ventanilla, Harry podría sentir cómo aumentaba su excitación cuando el avión maniobraba para ponerse en posición de despegue. A continuación, los motores comenzaron a hacer un ruido ensordecedor y el avión empezó a moverse. Harry se sintió aplastado contra el respaldo de su asiento. Fuera, el aeropuerto comenzó a alejarse por detrás del avión y aparecieron a la  
15 vista las casas y campos de los alrededores, extendiéndose hasta el horizonte. Pequeños cochecitos corrían por pequeñas cintas grises y un río perezoso serpenteaba entre dos hileras de colinas que dieron paso a una gran extensión de amplios y llanos cultivos. Harry estaba extasiado.

20 Pero según el avión seguía su ruta y el campo, que quedaba a seis mil metros de distancia, seguía siendo exactamente igual, Harry empezó a tomar conciencia de los otros pasajeros y de la tripulación. Uno de los pilotos salió de la cabina y Harry le miró con cierto temor y respeto.

25 —Te apuesto algo a que no resulta nada sencillo llegar a ser uno de esos —le dijo Harry a su padre.

—Bueno —contestó el señor Stottlemeier—, no se consigue ser piloto de aviación ganando un concurso de popularidad. Tienes que tener bastante experiencia y bastante destreza para manejar uno de  
30 esos enormes cacharros.

—Papá, ¿debería ser igual en todos los trabajos? Quiero decir como presidente y todos los demás, que en lugar de ser elegidos fueran seleccionados sólo entre aquellos candidatos que pudieran pasar unas pruebas bastantes fuertes?

35 —Mucho me temo que si no le dejaras meter baza a la gente en el asunto, esto dejaría de ser una sociedad democrática.

—Pero nosotros estuvimos hablando de eso en clase el otro día —dijo Harry después de haberse quedado un rato mirando por la ventanilla—. Y Fran dijo que una democracia no consiste en la regla de la mayoría, que existen derechos de las minorías.

—Continúa hasta el final —comentó el señor Stottlemeier, echándose para atrás—. Las democracias no son ninguna de las dos cosas. Eso son sólo procedimientos mediante los cuales nosotros verificamos si un país es una democracia. 5

—¿Procedimientos para verificar? ¡Oh! Ya sé, nosotros utilizamos la palabra «criterios». 10

—Cuando yo iba al Instituto —intervino la señora Stottlemeier— aprendimos que existen democracias que no tienen Constitución y que existen países que tienen una Constitución, pero que no son democracias.

—Eran tiempos —dijo el señor Stottlemeier— en los que sólo se elegía a los chicos para ser presidentes de la clase y sólo se elegía a chicas para ser secretaria-tesorera. 15

El avión empezó a deslizarse por encima de unas grandes y algodonosas masas de nubes. Harry las miraba fascinado. Después ya no podía verse nada por la ventanilla, excepto el interior de la nube en la que acababan de entrar. Después de un rato, Harry comentó: 20

—Por lo tanto, los dos procedimientos fundamentales para verificar si una sociedad es una democracia son la regla de la mayoría y los derechos de las minorías. ¿No es así?

—Son los principales, supongo —dijo el señor Stottlemeier—. En la medida en que se respeten los derechos individuales y de la minoría, puedes dejar que todo lo demás sea decidido por la mayoría. 25

—¿Todo lo demás? —repitió Harry.

Su padre le echó una mirada de soslayo, pero no dijo nada.

—El otro día en clase —continuó Harry— se planteó el problema de si la historia se repite a sí misma. Algunos chicos de la clase querían que votáramos para decidir si se repetía o no; ¿te lo puedes imaginar? Chico, ¿cómo se puede llegar a ser tan tonto? 30

—¿Quieres decidir que hay determinados problemas que es absurdo intentar resolver mediante el voto de la mayoría? 35

—Seguro que los hay —exclamó Harry algo acalorado—. No

corre ninguna prisa decidir si la historia se repite o no, entonces ¿por qué apresurarse a votarlo? Y en todo caso, ¿qué probaría el voto?

—Pero algunas veces —dijo su padre lentamente— es necesario tomar una decisión, porque se debe emprender alguna acción,  
5 incluso aunque no se disponga de la evidencia necesaria. Fíjate en las elecciones..., no puedes aplazarlas indefinidamente.

—Lo entiendo —dijo Harry—. No se trata de que votar esté bien o mal en sí mismo. Depende de las circunstancias, si no hace falta tomar una decisión, deberíamos seguir investigando, pero...

10 En ese momento, la voz de la azafata interrumpió los comentarios de Harry comunicando que el avión estaba a punto de aterrizar y que los pasajeros tenían que abrocharse los cinturones.

\* \* \*

15

Hank y Andy habían ido a recibirlos al aeropuerto. Andy era el hijo del primer matrimonio de Hank y tenía la misma edad que Harry. Habían pasado varios años desde la última vez que se habían visto y apenas podía recordarse el uno al otro.

20 Durante unos minutos, Hank trató de ocultar la sorpresa, pero al final, irradiando felicidad en su rostro, soltó que Margaret había tenido una niña justo la noche anterior y que las dos se encontraban muy bien. Al oírlo, la señora Stottlemeier, con una expresión de felicidad casi tan grande como la de Hank, le dio un caluroso apretón  
25 de manos.

—¿Cómo se va a llamar? —preguntó Harry.

—Maureen —replicó Hank—. La hemos llamado Maureen. Es el nombre de mi madre.

30 Harry había esperado que la casa en la que iba a pasar los siguientes días sería una casa amplia y confortable, pero le pareció bastante pequeña y con demasiada gente. A pesar de todo había una habitación de invitados para sus padres y él pudo utilizar la cama de arriba en la litera de la habitación de Andy, donde los dos, que rápidamente se habían hecho amigos, se quedaban hasta altas horas de  
35 la noche contándose cosas de sus colegios, sus amigos y lo que se podía hacer en sus barrios.

Lo que más le sorprendió a Harry de su primo fue lo firmemente convencido que estaba de muchas cosas. Le parecía a Harry que fuera cual fuera el tema de conversación, Andy tendría una sólida y firme opinión sobre él. La primera noche, Andy mencionó su intención de estudiar Derecho.

5

—Hay una chica en mi clase que quiere ser abogado —respondió Harry—. ¿Por qué quieres ser tu abogado?

—Los abogados son los únicos que pueden hacer algo contra la injusticia —respondió Andy—. De hecho en eso consiste la ley, la búsqueda de la justicia.

10

Harry, tumbado en la cama de arriba, estuvo dando vueltas durante un breve rato a lo que acaba de decir Andy y luego preguntó:

—¿Acaso es todo lo que hace la gente una búsqueda de algo?

—¡Desde luego! La Medicina es la búsqueda de la salud; la ciencia, de la verdad; el arte, de la belleza. Todo lo que puedas mencionar es algo imperfecto que está intentando alcanzar la perfección. Mira, lo admito, la ley es imperfecta. Pero si lográramos tener leyes perfectas, por fin tendríamos justicia. ¿No estás de acuerdo?

15

—Nunca lo había pensado de esa manera —dijo Harry mientras se rascaba la cabeza—. Quiero decir que hay mejores y peores formas de hacer las cosas. Hay dentistas mejores y peores, y también jugadores de tenis o buzos que pueden ser mejores o peores, pero no tienen ningún sentido para mí hablar del perfecto buzo.

20

—Pero, ¿no estás de acuerdo en que donde existen buenas leyes hay justicia?

25

Harry estuvo pensando en la pregunta de Andy durante un buen rato y Andy ya estaba pensando que no le iba a contestar; finalmente, Harry comentó:

—No, yo diría que en donde existe justicia, debe haber buenas leyes. Pero de ahí no se sigue que donde hay buenas leyes, también hay justicia.

30

—¿Por qué no? —preguntó Andy.

—Porque en una democracia, en la que las cosas se hacen votando, no puedes esperar alcanzar la perfección, por muy buenas que sean las leyes. Simplemente te dedicas a buscar intervenciones

35

políticas que te permitan avanzar con el menor daño posible para todos.

—Por eso es por lo que la gente no sabe cómo votar. Votan por lo que quieren, sea lo que sea. En consecuencia, ¿qué es lo que  
5 muestra una elección? ¿Tan sólo la suma total de lo que la gente quiso ese día?

—¿Qué debería mostrar una elección? —preguntó Harry.

—La gente no debería votar simplemente por lo que ellos quieren. ¡Deberían hacer lo que en el fondo de su corazón saben que  
10 está bien hacer! Deberían votar por lo que *deben* querer.

Ya era tarde y la voz de Andy revelaba cansancio. Pero Harry, mientras miraba al techo de la habitación que estaba a menos de medio metro de su nariz, protestó:

—Pero Andy, nadie va a vivir como debe vivir hasta que no sepa  
15 que todos los demás van a actuar de forma parecida.

—No tenemos elección —respondió Andy—. No importa cómo vivan los demás. Tenemos que vivir como debemos hacerlo, como está bien, incluso en un mundo en el que toda la gente esté viviendo justo al contrario.

20 —¿Y tú sabes cómo está bien vivir? —insistió en preguntar Harry.

—Desde luego que lo sé. Todos lo sabemos, lo que pasa es que no queremos admitirlo.

—Quizá algo no funciona bien en mí —murmuró Harry—, pero  
25 las cosas no me parecen tan claras.

Como no hubo ninguna respuesta por parte de Andy, Harry dedujo que se había quedado dormido.

\* \* \*

30

Mientras iba con los demás a la habitación de su tía Margaret en el hospital, Harry esperaba encontrarla en la cama con Maureen a su lado. Pero no era así; estaba sentada en una mecedora, dando de mamar a su hija. Sin embargo, los comentarios fueron tal y como  
35 suponía: «¿No es preciosa, querido?» «Tiene tu nariz, Margaret: y la barbilla es la de Hank.» «¡Qué ojos tan azules!» «¡Mira cómo me

agarra el dedo! Harry déjala que te coja el dedo y verás lo fuerte que es.» Harry encontró un taburete en un rincón de la habitación y se sentó intentando pasar lo más desapercibido posible.

—¡Vamos, entra! —le dijo Hank a Andy, que se había quedado en la puerta—. ¿Por qué te quedas ahí fuera? 5

Andy suspiró, pero no dijo nada.

—¡Andy! —dijo el padre, no muy alto pero algo impaciente.

—Ya te lo he dicho antes —contestó Andy como si le arrancaran las palabras—. Ya hay demasiada gente en el mundo.

Se dio la vuelta y salió corriendo por el pasillo. Hank fue a seguirlo, pero Margaret lo retuvo. Le dijo: «¡Déjame a mí!», le pasó la niña y salió al pasillo, moviéndose con alguna dificultad. 10

Encontró a Andy sentado en el rellano de una escalera de emergencia. Se limitaba a mirar al frente.

—Es la casa, ¿verdad? —le preguntó, pero él siguió mirando hacia los escalones de abajo sin decir nada—. Y crees que cuanto más cuidados nos preste Hank a Maureen y a mí, menos cuidado te prestará a ti, ¿no es cierto? 15

La miró directamente un momento y luego volvió a mirar al frente. 20

—Quiero estar solo. ¿No te importa?

—¡Andy, Andy! ¿Sabes lo que representa un recién nacido?

—¿Qué?

—Hank y yo... Durante toda nuestra vida, la sociedad ha trabajado en nosotros: nos ha moldeado, ha configurado nuestra mente, nos ha buscado el lugar adecuado y nos ha hecho aceptarlo. No creas que nosotros no te admiramos, que no admiramos esa forma de rechazar cómo funcionan las cosas y exigir que el mundo esté de acuerdo con tus ideales. 25

—Entonces, ¿qué es un recién nacido? —le preguntó, mientras la miraba algo sorprendido, pues era la primera vez que le hablaba de ese modo. 30

—¿No lo ves? Sería mucho más sencillo para la sociedad si cada niño naciera ya con un lavado de cerebro y condicionado. Pero en lugar de eso, los niños nacen llenos de impulsos saludables. Nacen listos para pensar y para pensar por sí mismos. Sin embargo, la 35

- sociedad no deja de intentar lavar el cerebro constantemente a todos los niños cuando van creciendo. Andy, deberías preocuparte por los recién nacidos, no por nosotros. ¿Qué podemos hacer nosotros? ¡Nuestras vidas ya están hechas! Pero un recién nacido tiene toda la vida por delante.
- 5       Se paró un momento, cerró los ojos y Andy pudo apreciar que estaba temblando. Sólo haciendo un gran esfuerzo pudo terminar de decir lo que estaba diciendo.
- 10       —No son las personas como tú las que deberían sentirse resentidas contra los niños que nacen, Andy. Es la gente que tiene miedo de las ideas frescas, imaginativas, la gente que odia todo lo que es diferente, original y libre. Andy, si hay alguien que represente una esperanza para ese mundo en el que te gustaría vivir, sin duda es Maureen.
- 15       Después de hablar un rato más volvieron a la habitación, donde encontraron a Harry, muy colorado, con Maureen en sus brazos. Levantó la vista, vio a Andy y le dijo:
- Chico, ¡qué fuerte es! Cuando se agarra de ti, te aprieta con ganas.
- 20       —Claro. ¿Por qué te extraña? Es mi hermana, ¿no es cierto?

### Capítulo III

**J**UEZ BERTOIA... —empezó a decir Fran, pero fue rápidamente interrumpida.

—Por favor, llámame Bart.

—No le puedo llamar así.

5

—¿Por qué?

—No llamamos a la señorita Williams por su nombre de pila.

—Eso es un asunto entre vosotros y ella. Además ella es vuestra profesora.

—¿Y?

10

—Y yo no soy vuestro profesor. No soy más que un miembro de la clase como los demás.

—Eso no puede ser así —señaló Tony—. Es mucho mayor que cualquiera de nosotros y ya ha ido a la escuela.

—Mira —contestó el juez—, ¿oíste hablar de ese chico? ¿Cómo se llamaba?... Tommy algo... ¿Tommy Spivey? ¿Lo recuerdas, doce años cuando empezó a ir a la Universidad?

15

—¡Oh, él! —dijo Fran suspirando—. Lo primero de todo, él era un caso especial.

—Y lo segundo —añadió Tony—, he oído que en muchas universidades se llama a los estudiantes por el apellido.

20

—Esa es la cuestión —contestó el juez—. Si los profesores de la Universidad llaman a todos los demás estudiantes por el apellido, ¿por qué tendrían que hacer una excepción con ese alumno y llamarle por su nombre? ¿Sólo porque era un poco más joven?

25

—Supongo que en las clases de la Universidad, para ser cohe-

rente, tendrían que llamarle señor Spivey —admitió Tony, aunque con reparos.

—Al margen de su edad.

—Supongo que sí.

5 —¿Entonces, por qué no se me puede tratar a mi igual que a todos los demás, al margen de la edad que tenga?

La clase permaneció en silencio hasta que Harry se decidió a hablar:

—No creo que se puedan comparar ambas situaciones.

10 —¿Por qué no? —preguntó el juez.

—Bien, no se le puede tratar como a todos los demás porque el caso de Mark todavía depende de usted.

—Soy consciente de eso —le dijo mirándole fijamente—. Pero he aprendido a evitar tomar decisiones apresuradas. Quiero investigar  
15 todo el área. Considero esos casos individuales de vandalismo tan sólo como síntomas de un problema más amplio.

—Entonces, ¿por qué está aquí? —le preguntó Fran.

—Estoy intentando averiguar qué es lo que ocurre, eso es todo. Cuanto más tiempo pasaba en el juzgado, más me daba cuenta de  
20 que había muchas cosas que no entendía. Me prometí a mí mismo que cuando me jubilara intentaría hacerlo mejor. Por eso estoy aquí. No sólo necesito una educación, necesito encontrar de qué va la educación.

—Pensé que estaba intentando saber algo sobre la sociedad —  
25 dijo Luther.

—Lo estoy, pero una de las formas de averiguar cómo funciona una sociedad es ver lo que les enseña a sus jóvenes sobre su manera de funcionar.

Bill empezó a decir algo, pero cambió de opinión y se calló. Fue  
30 Tim el que hizo una observación.

—Ha empezado demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde —dijo el juez encogiéndose de hombros.

—No, no lo decía en ese sentido —respondió inmediatamente  
35 Tim—. Quiero decir que no debía haber empezado en el Instituto. Debería retroceder hasta el principio. Todo empieza en preescolar.

—En la guardería —comentó en voz alta Jill.

—Cuando aprendes a pensar —gritó Millie.

—Antes, antes —dijo Suki riéndose—. Empieza cuando naces.

—Quizá antes del nacimiento —musitó la señorita Williams.

Mickey hizo un comentario a Jane sobre lo que acababa de decir 5  
la señorita Williams, comentario que provocó una carcajada de Jane,  
por lo que Sandy le preguntaba a Jane en voz muy baja: «¿Qué te ha  
dicho? ¿Qué te ha dicho?»

—Estoy aquí para aprender —dijo el juez—. No os pido que me  
tratéis de forma diferente a como tratáis a todo el mundo. Y prometo 10  
que no estaré más tiempo que el que haga falta.

Fran miró dubitativamente a Tony, María permaneció sentada  
muy tranquila, como si estuviera conteniendo la respiración, y Mark  
se retorció ligeramente en su asiento. Entonces Tony le dijo a Fran:

—¿Qué elección tenemos? 15

Fran asintió con la cabeza y miró al juez. No estaba sonriendo,  
pero todo lo que dijo fue:

—Muy bien, Bart. Es un trato.

Después de clase, Laura y Jill se quedaron un momento juntas en  
el pasillo. Laura esperó a que pasara un grupo de alumnos de pri- 20  
mero y le dijo procurando no levantar la voz:

—Hay algo que tengo que contarte. ¿Conoces a ese chico, Eddie,  
con el que estoy saliendo? Pues bien, me dijo ayer por la noche que  
el viernes del partido de baloncesto, a mitad del juego salió un  
momento al vestíbulo que hay junto al pabellón y por casualidad miró 25  
hacia el edificio del Instituto.

—¿Y entonces...?

—Pues que había una luz encendida. Y entonces vio a alguien  
que pasaba por delante de la ventana que estaba iluminada. Me dijo  
que lo había olvidado completamente, hasta que se acordó ayer. 30

—¿Y el chico que vio en la ventana era Mark? —preguntó Jill.

—Eso es lo bueno. No era un chico. Era una chica —contestó  
Laura lentamente.

## II

Jill, Millie y María salieron corriendo de los vestuarios de chicas del gimnasio, regateando a los que estaban jugando al baloncesto. En un extremo de la cancha encontraron una canasta que podían utilizar solas y durante un rato se turnaron tirando, mientras esperaban a que llegara el entrenador y reuniera al equipo. Pero el entrenador estaba enfrascado en una tarea aparentemente desesperada, acabar con una discusión entre dos chicas de primero que se chillaban lanzándose mutuamente amenazas muy violentas. Jill estaba muy entretenida con el ingenio de las chicas.

—¡Eh, escuchad! —les dijo a María y a Millie—. Nunca se repiten. Si una de las dos dice: «Te voy a romper la cara», la otra dice: «Te partiré la espalda.» Intercambian insultos como si se tratara de un juego. Lo importante es seguir diciendo algo nuevo cada vez.

Pero María y Millie apenas estaban prestando atención. María seguía intentando encestar y Millie la defendía, intentando impedir que encestara. Por muy grande que fuera la habilidad con la que María regateaba y fintaba, allí estaba siempre Millie con los brazos en alto impidiendo que tirara. Pero al final María consiguió lanzar y el balón entró limpiamente sin tocar el aro. Cada una se dejó caer agotada en los brazos de la otra y se abrazaron con entusiasmo. Después se sentaron las tres en el suelo con las piernas cruzadas.

—Dime, ¿qué pasa entre tú y Bill? —le preguntó Millie a María con una sonrisa algo burlona.

María se limitó a devolverle la sonrisa sin decir nada. Pero Jill se sumó a la conversación y pidió saberlo también.

—¡Venga, chica! ¿Qué pasa entre vosotros dos? Vamos, dínoslo. ¿Qué hay de verdad?

—Quedamos algunas veces para salir —dijo María con cautela.

—¿Cuántas? —preguntó Millie, haciendo un esfuerzo para que no se le notaran las ganas que tenía de saberlo—. ¡Dímelo!

—¿Quién cuenta esas cosas? —respondió María; pero al mismo tiempo empezó a contar con los dedos y después de un rato dudando y calculando—: ¡Ocho! Y cada una fue algo diferente a la anterior.

—¿Diferentes? ¿En qué sentido? —murmuró Jill con bastante mala intención—. ¿Igual que esos insultos eran diferentes?

María se dio cuenta de que sus amigas estaban intentando sonsacarle, pero en realidad no le importaba mucho por lo que dejó de contestar con evasivas.

5

—Bueno, las cuatro primeras veces no fuimos al cine y las otras cuatro sí.

—Tiene gracia —dijo Jill—. ¿Queríais ir los dos todas las veces?

—En realidad no —respondió María—. De hecho, siempre cambiaba algo. Algunas veces queríamos ir los dos y algunas veces quería ir sólo uno de nosotros. Y hubo ocasiones en las que ninguno de los dos quiso ir al cine.

10

Millie le pidió un lápiz y un papel a una chica que estaba por allí cerca.

—Tengo necesariamente que escribirlo —insistió—. Me suena a uno de esos extraños esquemas. De acuerdo, dime cómo fue.

15

—No sé a santo de qué viene todo esto —comentó María encogiéndose de hombros—, pero de acuerdo. En la primera cita, ninguno de los dos quería ir al cine, y nos fuimos a una bolera. En la segunda cita, él quería ir, pero yo no, y entonces terminamos en una heladería. La siguiente vez, como yo era la única que quería ir, nos pasamos un rato por una discoteca. La cuarta vez, los dos queríamos ir, pero encontramos a Laura y su novio, Eddie, y nos convencieron para ir a patinar —María se rió—. ¡Bill se pasó prácticamente todo el tiempo levantándose del suelo!

20

25

—De acuerdo. Ahora dime lo que pasó las otras cuatro veces —pidió Millie, mientras escribía a toda velocidad.

—¡Oh! Como te dije, todas las veces terminamos yendo al cine. Primero no queríamos ir ninguno de los dos; luego sólo quería ir él; luego sólo quería ir yo, y finalmente los dos queríamos.

30

—¡Vaya! —exclamó Millie—. Probasteis ocho veces, pero sólo la última vez tuvisteis éxito.

—¿Qué? —dijo María. Miró intrigada a Jill y luego otra vez a Millie.

—Quiero decir —siguió Millie riéndose— que sólo la octava vez que quedasteis hicisteis lo que queríais. Mira, te lo voy a mostrar

35

—pasó el papel a Jill y a María—. Veis. Es como en «las cuatro posibilidades». Pero esta vez, en lugar de cuatro, tenemos ocho.

Esto es lo que había escrito en el papel:

- |    |    |                            |                    |
|----|----|----------------------------|--------------------|
|    | 1. | Ninguno quería ir al cine. | No fueron al cine. |
| 5  | 2. | Sólo Bill quería ir.       | No fueron al cine. |
|    | 3. | Sólo quería ir María.      | No fueron al cine. |
|    | 4. | Los dos querían ir.        | No Fueron al cine. |
|    | 5. | Ninguno quería ir al cine. | Fueron al cine.    |
|    | 6. | Sólo Bill quería ir.       | Fueron al cine.    |
| 10 | 7. | Sólo quería ir María.      | Fueron al cine.    |
|    | 8. | Los dos querían ir.        | Fueron al cine.    |

—Millie tiene razón —dijo Jill—. Las ocho veces fue diferente, pero sólo la última vez conseguisteis lo que queríais.

- 15 —Todo esto no tiene sentido —dijo María a sus amigas, mientras sonreía y se estiraba cómodamente, pareciendo que estaba a punto de ronronear—. Estuvimos juntos todas las veces, ¿no?

### III

20

—Señorita Williams —dijo Sandy—, ya que llamamos al juez por su nombre, ¿qué le parece si la llamamos a usted por el suyo?

—Se llama Wendy —susurró María—. Ese es su nombre, Wendy.

- 25 —El Juez es un miembro de la clase y si quiere que le llaméis por su nombre, ése es su privilegio. Pero yo soy todavía vuestra profesora y prefiero que me llamen por mi apellido. En otro caso —se rio un poco nerviosamente—, me temo que perdería la poca autoridad que parece ser que tengo en este clase.

- 30 —De acuerdo, pero ¿hay que decir señora o señorita? —preguntó Millie.

—Podéis llamarme lo que soy: señorita.

—¡Oh, no! —exclamó Sandy con galantería—. Es usted un buen premio.

- 35 —¡Fíjate! —dijo Fran riéndose—. Ha ganado más de lo que ha perdido. Y esto me lleva a mi pregunta.

—¿Qué pregunta? —interrogó la señorita Williams.

—Bueno, hemos estado hablando, ya sabe, entre nosotros, y sabemos que ha planeado ya el resto del curso, pero queremos pedirle si sería posible hacer las cosas un poco diferentes.

—¿Como qué?

—Queremos saber qué es la sociedad... 5

—...y qué son las instituciones... —interrumpió Mickey.

—...y dónde termina una y comienzan las otras —añadió Randy.

—Pero, en cierto sentido, eso es de lo que ya trata el curso —insistió la señorita Williams.

—Seguro. En cierto sentido —asintió Fran, que podía darse cuenta de que Bart la miraba atentamente—. Pero quizá pudiéramos probar una manera distinta de hacerlo que fuera más práctica. 10

—¡Oh! —exclamó la señorita Williams con la cara resplandeciente—. Ya cojo lo que quieres decir; algo así como salidas y cosas parecidas. De hecho ya tenía previsto visitar el Ayuntamiento para captar lo que es la política en pleno funcionamiento. 15

—¿El Ayuntamiento? —gruñó Tony.

—Para daros un contacto de primera mano con las instituciones que forman la sociedad.

—Ya nos conocemos la escuela y nosotros —dijo Mark—. La escuela es una institución social. De hecho, apostarí que, en algún sentido, es *la* institución social. 20

—Y para proporcionaros un contacto con la economía como institución —continuó la señorita Williams—. He previsto visitar el Horizon Bank, la Vidco Transistor Corporation y el matadero. 25

—¡Chicos! ¡El matadero! —exclamó Randy.

—¡Puaf! —añadió Millie.

—Bueno..., señorita Williams —dijo un poco turbada Fran—. Creo que no era exactamente eso en lo que nosotras estábamos pensando. 30

—Pero necesitáis verlas; directamente, de primera mano —replicó, y esta vez era ella la que fruncía el ceño.

—Seguro, aunque todos nosotros ya hemos visto muchas cosas de esas en la televisión o en los periódicos —dijo Fran con una sonrisa algo forzada. Estaba comprobando que no iba a ser tan fácil conseguir que la profesora cambiara su programación. 35

- Creo que lo que Fran está diciendo —comentó Harry— es que lo que ocurre en un matadero, en un banco o una fábrica son cosas ya sabidas. Sabemos que están ahí y sabemos bastante bien lo que pasa dentro de ellas. Pero nunca hemos tenido la oportunidad de
- 5 sentarnos y discutir sobre todas esas cosas. ¿Entiende lo que quiero decir? Simplemente pensar en ello y tratar de poner todas las piezas juntas.
- ¿Vais a aprender algo sobre el mundo de ahí fuera simplemente sentándoos aquí dentro y pensando en él? —dijo Bart sonriendo.
- 10 —¿Por qué tenemos que sentarnos aquí dentro? ¿Por qué no podemos salir afuera y hablar con la gente? —le replicó Fran volviéndose hacia él.
- ¿Qué tipo de gente? —preguntó el juez.
- Comentaristas de televisión y gente parecida —dijo Millie.
- 15 —¡Quiá! ¿Qué sabrán ellos? —dijo Tony.
- Vayamos a Washington a ver cómo funciona el gobierno —sugirió Laura. Pero al ver las caras largas que tenía alrededor, añadió—: Está bien; fue una idea tonta, la retiro. Ni siquiera sabríamos por dónde empezar.
- 20 Hubo un largo silencio. Después de un rato, Suki movió la cabeza como si intentara despejarse y dijo:
- Me pregunto..., me pregunto si lo mejor que podríamos hacer no sería olvidarnos de convertirnos en periodistas aficionados intentando llegar a todo lo que está pasando en el mundo —se paró un
- 25 momento para buscar las palabras exactas—. En lugar de hablar superficialmente con extraños, ¿no sería mejor hablar en serio con las personas que conocemos?
- Repetiré la pregunta que ya hice antes —dijo Bart—. ¿Qué tipo de gente?
- 30 —Nuestra familia. Los padres de Tony, los padres de Harry, la madre de Lisa, la de Fran y mi padre —contestó Suki, inclinándose hacia delante con las manos agarradas en el frente de su mesa.
- Ha sido una gran idea, Suki —exclamó Tony—. Mira, podríamos visitar una familia cada semana hasta el final del curso.
- 35 —No, no podríamos —dijo Harry—. Nosotros somos muchos y no hay suficientes semanas.

—Además, me imagino a toda la clase apretujándose en nuestro pequeño piso —comentó María riéndose.

La señorita Williams parecía estar dudando; entonces comentó como si reflexionara en voz alta:

—Sería simplemente un desastre. Pero también puede funcionar. Si de hecho lo intentamos... Se me ocurre una idea. 5

—¿Cuál? —fue la pregunta general.

—Dividirnos en grupos. De esa forma será posible visitar diferentes familias en una misma semana. Y cada grupo puede informar al resto de la clase en las horas siguientes. 10

Se aceptó la propuesta y todos estuvieron de acuerdo en echar a suertes para formar tres grupos. Pero por falta de tiempo, se aplazó el sorteo hasta la semana siguiente, y durante ese tiempo se pensaron las diferentes maneras de comenzar las visitas.

—¿De quién será la primera casa que visitemos? —preguntó Tony—. ¿Hay voluntarios? 15

—Bueno —dijo Suki—. Ya que fui yo la que comenzó con todo esto, debo ofrecerme para invitar a uno de los grupos a venir a casa este viernes por la noche. Creo que mi padre realmente disfrutará con la visita. Desgraciadamente... 20

—¿Desgraciadamente? —Tony estaba seguro de que Suki intentaba echarse atrás.

—Mi padre está fuera, en un viaje de negocios. Estará fuera casi un mes. Pero están mi abuelo y mi abuela. Tendría que preguntarles a ellos si estarían de acuerdo, pero ¿estáis también de acuerdo vosotros, chicos? 25

—Será estupendo —exclamó Anne—. ¡Podremos hablar de su granja!

—¡Oh, cielos! —le susurró Laura a Mickey—. Me veo a mí misma preguntando qué hay de nuevo en el gallinero —sus ojos verdes centelleaban. 30

—No lo sé —Mickey hizo un gesto—. Te apuesto lo que quieras a que encuentras algo detrás del granero que te resultará muy interesante.

—Mickey, ahora ya sé a qué me recuerda tu mente —dijo Laura con una burlona severidad—. A un montón de estiércol. 35

—Maduro lentamente —señaló Mickey, mientras le sonreía afa-  
blemente—. Me asusta desarrollarme demasiado deprisa; podría des-  
lumbrar a la gente.

5

#### IV

Aunque llevaba puesto un grueso jersey, Mark tembló un poco al  
sentir la fría brisa de aquella tarde otoñal. Iba paseando por la calle  
10 Hurley, balanceando una rama corta que había cogido del suelo  
como si fuera un bate de béisbol. Lo golpeó varias veces contra un  
arce y luego lo hizo sonar a lo largo de una verja de hierro del patio  
de una iglesia. El chirriante ruido que producía le proporcionaba una  
satisfacción algo torva. A continuación pasó a golpear un nogal que  
15 había junto al banco. Si no hubiera estado tan enfrascado intentando  
romper el palo que llevaba, podría haber visto a alguien que conocía  
saliendo de la librería que había en la acera de enfrente. Sin darse  
cuenta se vieron al mismo tiempo y ninguno de los dos tuvo la posibi-  
lidad de rehuir el encuentro.

20 Lisa y él se miraron seriamente, pasando por la misma sensación  
de embarazo y sin poder decir una palabra. Por fin Lisa echó hacia  
atrás su cabeza y dijo:

—Creo que deberías saberlo: lo que había entre Greg y yo se ha  
terminado. Nunca más quiero volver a verlo.

25 —¿Y? —comentó Mark, poniendo mala cara—. Es algo entre  
vosotros dos. ¿Qué tiene que ver conmigo? Si todavía te gusta,  
deberías seguir saliendo con él.

Por un momento Lisa pareció sorprendida y confusa. Luego se  
encogió de hombros.

30 —Quizá tengas razón, pero por lo menos créeme cuando te digo  
que sé que algo ha terminado. Antes no fui lo suficientemente inteli-  
gente para darme cuenta de eso. Debería haber roto contigo antes  
de empezar a tontear con Greg, pero no lo hice. En vez de eso te  
hice daño de una forma que tú no merecías. No puedo decirte hasta  
35 qué punto lo siento.

—¿Quieres decir que hay formas en las que merecía ser dañado?

—Debería haberte dicho lo que pasaba cuando pensé que había terminado y lo hubiéramos dejado —Lisa se había puesto colorada ante la pregunta de Mark—. Te habría hecho daño, pero no te hubieras sentido engañado.

—De acuerdo. Ahora explícame por qué querías romper — 5  
continuó Mark sin cambiar su expresión de enfado.

—Faltaba algo —dijo Lisa con lentitud, mirando hacia el suelo—, pero no sé qué.

—Éramos amigos, más que amigos.

—¿Lo éramos? —dudó un poco—. Congeniábamos mucho, es 10  
cierto. Pero eso sólo nos hacía..., ¿qué? Supongo que compañeros.

—Camaradas —dijo Mark con cierto sarcasmo—. ¿Pero qué es lo que faltaba?

—Por favor, Mark —contestó ella. Sin darse cuenta había empezado a apoyar su mano en el brazo de él, pero se detuvo inmediatamente al darse cuenta de que podría ser mal entendida—. No puedo expresarlo en palabras. Cuando sea capaz, créeme, intentaré explicártelo. Pero mi madre se estará imaginando miles de cosas si no vuelvo a casa en seguida. 15

Ella se dio la vuelta para irse. pero él levantó la voz: 20

—¿Vas a ir al cumpleaños de Jill?

—Desde luego. ¿Tú no?

Mark asintió con la cabeza. Después dio un tremendo golpe al nogal. Tuvo la satisfacción de comprobar que el grueso palo que había estado balanceando como si fuera un bate de béisbol por fin se 25  
partido por la mitad.

\* \* \*

Al día siguiente, en clase, Lisa preguntó: 30

—Señorita Williams, existe algún tipo de relaciones sociales que sea básico?

—¿Básicas? —preguntó la señorita un poco sorprendida—. No estoy segura. ¿Qué te parecen las relaciones entre padres e hijos?

Lisa arrugó algo la nariz, para frotársela a continuación con el 35  
dorso de la mano.

- Bueno, de acuerdo. ¿Pero qué pasa con la amistad?
- Bueno, es un tipo de relación social, pero no estoy segura de que sea básica.
- ¿Y con las relaciones de negocios? —siguió sin desanimarse—.  
5 Son también algo que llamaríamos social, ¿no es cierto?
- Desde luego —respondió la profesora—. ¿Por qué.
- ¡Oh! Sólo estaba pensando. En los negocios la gente compra y vende cosas, ¿verdad? Al meterte en compras, te conviertes en un comprador, y al meterte en ventas, en un vendedor.
- 10 —Exacto. Es una transacción y hasta que no se produce la transacción no eres ni un comprador ni un vendedor.
- ¡Eh, espera! —exclamó Jill—. No tienes que meterte en una transacción para adquirir una nueva relación. Fíjate, mi hermana vive a miles de kilómetros de aquí y, sin embargo, en el momento en que  
15 tiene un hijo me convierto en una tía, incluso aunque yo no tuve nada que ver.
- Y piensa en todos mis antepasados y yo soy su descendiente —se rió Millie—. ¿Y qué es lo que he hecho yo?
- Eso es verdad, Millie —dijo Mickey—. Miles y miles de generaciones, y todas llevan hasta ti. Eso es lo que se llama «progreso»  
20 —Lisa, lo siento —dijo la señorita Williams, después de golpear en la mesa con los nudillos—; creo que nos estamos alejando de tu pregunta. ¿Qué es lo que preguntabas al principio?
- Buenos, veamos. En una transacción comercial, cada persona  
25 analiza con mucho cuidado las consecuencias de lo que hace cada uno. Como, por ejemplo, si tú me pagas cincuenta dólares, yo te vendo esta bicicleta. Mire lo que quiero decir: si tú haces esto por mí, entonces yo haré esto por ti. Es un acuerdo «si-entonces».
- Si haces un trato con alguien, haces un contrato, efectivamente  
30 se trata de un acuerdo condicional, y puedes utilizar un enunciado «si-entonces» para expresar algo que es condicional. Pero todavía no veo dónde nos quieres llevar.
- Creo que estoy intentando explicar que en la amistad tú no pones condiciones. Por tanto, no hay ningún «si-entonces» en la  
35 amistad.
- Vamos, Lisa, por favor —suplicó Tony—. Lo estás confun-

diendo todo. Estás confundiendo relaciones de razonamiento con relaciones sociales. Chica, ¿cuánta confusión puede caber en tu cabeza?

—Lo que quiero decir —continuó Lisa sin hacer caso del comentario de Tony— es que tú no le dices a un amigo: si haces esto por mí, yo haré esto por ti. Simplemente haces lo que quieres por tu amigo sin poner condiciones y sin esperar nada a cambio. Por eso digo que en la amistad no se aplica el «si-entonces».

—No sólo en la amistad —exclamó Jill, saliendo en apoyo de Lisa—. También pasa en las familias. No creo que mi padre o mi madre dijeran nunca, o me dijeran a mí: haré esto por ti sólo si tú haces esto otro por mí.

—¿A qué crees que se debe esto? —preguntó la señorita Williams.

—Supongo —dijo Jill— que en la familia y en la amistad hay confianza. Así de sencillo. Si las personas no confían las unas en las otras, deja de haber amistad o familia.

—Pero eso son sólo casos extremos —dijo Randy—. La sociedad no sólo consta de familias y amigos. Está hecha también de gobiernos, negocios, sindicatos, iglesias y todo tipo de cosas.

—¡Claro! —contestó Lisa—. Pero estás hablando de casos en los que la gente se junta porque les supone una ventaja, y en los que calculan esas ventajas y las intercambian con otras personas.

—¿Cómo denominarías esos acuerdos? —la interrumpió la señorita Williams.

—Los llamaría «asociaciones» —replicó Lisa—. Diría que si está formada por intercambios, o si todo el mundo se junta para conseguir alguna ventaja, como los trabajadores en un sindicato o los agricultores en una corporación, entonces tenemos una asociación.

—¿Y cómo llamarías a las otras? —preguntó Bill.

—Son comunidades —dijo Suki.

—Incluso si sólo hay dos miembros, como en la amistad? —preguntó Luther.

—¡Anda ya! —gruñó María—. No puedo aguantarlo. Mira, yo le digo a Mark: si tú pasas la aspiradora, yo limpio el polvo. Ahora bien, sin duda somos miembros de la misma familia. No creo que pueda

haber mayor proximidad que la de dos gemelos. Sin embargo, estamos realizando un intercambio de «si-entonces». Por tanto, Lisa, no se sostiene lo que dices.

Lisa no dijo nada, pero Fran señaló:

5 —Por el contrario, simplemente quiere decir que, en la medida en que tú haces un trato con Mark sobre lo que harás por él si hace algo por ti a cambio, en esa medida tu familia es una asociación más que una comunidad.

10 Mark miró fijamente a Lisa, que se puso colorada. Una multitud de pensamientos se le vinieron a la mente, pero prefirió no expresar ninguno. Y Mark no tenía nada que decir.

15 —Volviendo a lo que decía Lisa —comentó Harry—, ¿significa que nosotros llegamos a ser quienes somos al implicarnos en diversas relaciones sociales? Quiero decir, por ejemplo, que con relación a mis padres, yo soy un hijo. Con relación a mis profesores, soy un alumno. ¿Entendéis lo que quiero decir? Es como si hubiera una red de relaciones y yo fuera el centro de esa red, es decir, como las telarañas.

20 —Todos atentos, ha hablado Stottlemeier, el hombre araña —dijo Mickey.

—Me parece que tú estás en el centro de muchas redes, Harry —dijo Lisa, ignorando la broma de Mickey—. Algunas son comunidades y otras son asociaciones.

25 —Perdonad —interrumpió Sandy—. Todavía no veo la diferencia entre las dos. La gente siempre está buscando su propio beneficio, incluso en las comunidades. Incluso en las familias y entre los amigos. La razón por la que yo tengo amigos es porque me conviene tenerlos. Eso es todo.

30 —Eso es precisamente lo que estás olvidando —afirmó Suki enérgicamente—. En una comunidad, como, por ejemplo, los amigos o la familia, o en una clase en la que todos cooperan e investigan juntos, el bienestar del otro te importa tanto como el tuyo propio. En una asociación, por otra parte, suele ir primero tu propio beneficio. En una asociación tú cooperas con los demás porque te conviene y sacas provecho. En una comunidad, ni siquiera se plantea nunca  
35 quién se está beneficiando porque siempre tienes en cuenta el punto

de vista del otro. En una comunidad aceptas y comprendes a los demás y ellos te aceptan y comprenden a ti. Así de sencillo.

—En ese caso —dijo Mickey con cierta crudeza en el tono—, no existen las comunidades. Son tan sólo un mito que os habéis inventado.

5

Suki se encogió de hombros. Se hizo un silencio, roto por un comentario de Lisa:

—Si alguna vez me caso, tendrá que ser una comunidad. Y si no lo es, no estoy segura de que lo considerara un matrimonio real. En el mismo sentido —se paró un momento intentando no mirar a Mark—, creo que dos personas pueden ser compañeros, incluso compañeros constantes que se llevan muy bien, pero podría no ser todavía una amistad real.

10

—Pero sabes que los amigos y la familia son diferentes —dijo Fran—. Unos los escoges, pero no puedes escoger a los otros. Por tanto, algunas comunidades son voluntarias y otras son involuntarias.

15

—Eso es cierto —añadió Mickey—. Mis amigos son libres de aceptarme y yo soy libre de aceptarlos a ellos.

—¿Qué amigos? —dijo Sandy bromeando—. Te refieres a tus compañeros, ¿verdad?

20

\* \* \*

Jill le había dicho a su madre que quería una fiesta de cumpleaños al viejo estilo. No una de esas en la que todo el edificio vibra durante toda la noche como si fuera una discoteca, sino una en la que la gente se sienta alrededor de una mesa con una enorme tarta de cumpleaños. La señora Portos era más bien escéptica, y la verdad es que al final tuvo razón. Las compañeras de Jill se cansaron en seguida de estar sentadas alrededor de la mesa y al poco tiempo el sonido de discoteca se podía escuchar en todo el edificio.

25

30

Hacía bastante calor en el cuarto de estar y Lisa descubrió una pequeña terraza en la que había una silla y una pequeña y algo desvencijada mecedora. Se sentó en la mecedora y se quedó contemplando el oscuro cielo de la noche. Mark salió y se sentó en la silla de enfrente.

35

—¿Qué querías decir esta mañana? —preguntó Mark—. ¿Qué nunca fuimos ni siquiera amigos porque yo estaba pensando en lo que podría sacar de nuestra relación? Eso no es cierto y tú lo sabes.

—Mark, lo que dije no tienes que tomártelo en plan personal.  
5 Sólo pensaba en voz alta —respondió suavemente Lisa, pero se preguntaba si no tendría razón Mark y los comentarios que había hecho en clase se los dirigía a él.

Mark se quedó mirando los edificios que estaban al otro lado de la calle con una expresión de mal humor. Luego comentó:

10 —¿Recuerdas lo que decía Harry, que éramos como el nudo en el centro de todas las relaciones sociales que tenemos? Pues bien, he estado pensando en ello. ¿Sabes lo que significa perder de pronto todas las relaciones sociales que tienen algún sentido para ti? Es como si de repente no te quedara nada. Me refiero a que no puedo  
15 jugar en el equipo de baloncesto; la gente cree que soy un criminal o por lo menos un gamberro; mi familia se va a cambiar al otro extremo del país, y la única persona con la que en todo caso he estado manteniendo una relación muy personal va diciendo por ahí que sólo éramos compañeros. Cuando todas tus relaciones sociales  
20 se esfuman de esa manera (¿sabes a qué me refiero?), empiezas a preguntarte si realmente existes.

Lisa se inclinó hacia delante y le cogió las manos.

—Mark, no quiero que me interpretes mal. Estoy casi segura de que en lo que se refiere a nosotros no es posible dar marcha atrás.  
25 Pero eso no significa que las demás cosas no vayan a funcionar. Espera y ten calma. Ya verás cómo al final nadie te acusa y puedes volver a jugar en el equipo. Quizá no tengas que hacer absolutamente nada. Créeme, Mark, yo he pasado ratos igual de malos cuando mi padre murió y mi madre y yo discutíamos todo el tiempo  
30 y quería marcharme muy lejos. Pero al final volvió a funcionar, sobreviví. Y eso te pasará a ti —se levantó para volver al cuarto de estar, pero, cuando estaba en la puerta se volvió y le dijo—: Sé que suena un poco cursi, pero de veras podemos ser amigos.

Mark se esforzó desesperadamente por encontrar algo que res-  
35 ponder, pero permaneció mudo y por fin Lisa se volvió y se fue con sus compañeros que se encontraban en el cuarto de estar.

#### IV

Las amarillentas farolas de mercurio de la calle acaban de empezar a encenderse cuando Sandy, con Laura sentada en la barra delantera de su bici, dio un chirriante frenazo delante de la casa en la que vivía Laura. 5

—¡Qué tarde llego! —dijo Laura algo nerviosa—. Sandy, fuiste muy amable trayéndome en bicicleta. Pero me sentiría mucho mejor si te fueras inmediatamente.

Sandy pretendió aparentar que no le daba importancia, pero tuvo 10 que reconocer que también estaba algo nervioso. «No me pasará nada», dijo, pero sabía que donde vivía Lisa era el territorio de los Raiders y no les gustaría nada encontrarle a él por allí.

—Mi llave sirve para la puerta de atrás, yendo por el pasadizo —dijo Laura—. Pero no hay ningún problema. Tú vete. 15

Sin embargo, Sandy decidió ser galante. Llevando la bicicleta por el manillar a su lado, acompañó a Laura por el oscuro pasadizo y no se marchó hasta que no la vio segura dentro de la casa.

De repente alguien le agarró por la muñeca y le retorció el brazo por la espalda. Se le escapó la bicicleta de las manos y se cayó al 20 suelo. Sandy luchó por liberarse, pero su atacante se limitó a retorcerle un poco más el brazo. Los gritos de Sandy pidiendo ayuda no obtenían ninguna respuesta; era un barrio en el que los gritos no eran nada nuevo y normalmente pasaban desapercibidos por el ruido de las televisiones y las radios en las casas y por las sirenas en las 25 calles.

Por un momento Sandy fue capaz de echar un vistazo y ver a otra persona vigilando, cuya silueta se destacaba sobre el fondo de la calle. Luego le empujó hacia una escalera que llevaba al sótano. Le empujó con fuerza, con tanta fuerza que se tambaleó, perdió el equi- 30 librio en los escalones húmedos y resbaladizos y quedó tendido sobre el suelo de cemento.

Las dos personas permanecieron de pie unos momentos en las escaleras, mirando a Sandy con cierta satisfacción. El que había estado vigilando dijo: «Coge la bicicleta y vámonos de aquí en 35 seguida.» Por primera vez Sandy se dio cuenta de que era una chica

quien hablaba; llevaba una gorra con una gran visera y una cazadora vaquera. Ella cogió al chico por el brazo y le retuvo al ver un coche de policía justo al otro lado de la calle.

—Podemos esperar cómodamente —comentó su amigo. Los dos  
5 se sentaron en el primer escalón mientras que Sandy estaba sentado abajo del todo, tocándose el hombro dolorido.

—He visto bicicletas mejores, Link —dijo la chica, cuyo nombre, según escuchó Sandy poco después, era Casey.

—Yo también —contestó Link—. Podremos conseguir unos cuan-  
10 tos canutos a cambio.

Sandy les miró, frunció el ceño y dijo con cierta tristeza:

—¡Eh, tíos! Esa es mi bicicleta —para sus adentros pensó: «Estos desgraciados están totalmente seguros de que voy a aceptar las reglas de juego y no voy a delatarles.»

15 —Era tu bicicleta —le contestó Casey con tranquilidad, ajustándose un poco más la gorra.

Era pequeña y delgada. Pero Link era mucho más grande. Sandy sabía que podía escapar por el sótano, pero no quería abandonar su bicicleta.

20 —Yo la *compré* —protestó Sandy.

—¡Qué pena! —dijo Link con una sonrisa irónica—. Además, esta es nuestra zona.

Casey miró otra vez hacia afuera, a la calle, se mostró muy tranquila y se acomodó de nuevo junto a su compañero.

25 —Sólo porque tú tienes dinero y nosotros no —comentó—, no es razón suficiente para que tú puedas montar en bicicleta por ahí y nosotros no podamos.

—Trabajé para conseguir ese dinero —dijo Sandy indignado.

—Nosotros trabajamos para conseguir tu bicicleta —contestó  
30 Link.

—Robar no es un trabajo —replicó Sandy.

—¡Ah! —dijo Casey con malicia—. No digas robar. Nosotros nunca robamos; simplemente nos limitamos a liberar mercancía. De hecho somos como Robin Hood: robamos a los ricos y se lo entra-  
35 gamos a los pobres.

—Es decir, a nosotros —añadió Link riéndose.

—Naturalmente no pensáis que os puedan coger —dijo Sandy, intentando otro camino.

—No entra en nuestros planes —repondieron los dos a un tiempo.

—Aun así y todo, es un delito —insistió Sandy. Empezaba a preguntarse qué otros argumentos podría encontrar. 5

—Un delito —dijo Link. Su voz era tranquila. Luego añadió, con algo de ironía que no le pasó desapercibida a Sandy—: ¿Qué es un delito?

—¡Vamos! —contestó Sandy con algo de impaciencia—. Sabes de sobra a qué me refiero. Infringir la ley. 10

—¿Los delitos están mal? —le preguntó Casey con una inocencia fingida—. ¿Por qué?

—¡Van contra las leyes!

—¿Hay alguna ley que prohíba infringir la ley? 15

Sandy era consciente de que le estaban tomando el pelo y empezaba a sentirse realmente enfadado.

—¡Eso es estúpido! ¡Claro que no!

—Entonces no hay ningún problema —concluyó Casey

—¡La ley es la ley! —fue todo lo que pudo decir Sandy, que estaba furioso. 20

—Las leyes se han hecho para incumplirlas —contestó ella.

—Deja, nunca lo va a entender —le dijo Link a Casey. Y continuó, dirigiéndose a Sandy—. Mira, mientras haya leyes, habrá delitos. Si no quieres que haya delitos, quita las leyes. Eso es lo único que servirá. 25

Sandy se quedó pensando, pero no ofreció ninguna respuesta. Casey se levantó, se fue por el pasadizo y volvió a sentarse. Link buscó algo encima de un contenedor de basura que estaba junto a él. Era un ramo de flores que alguien había tirado. Incluso en la semioscuridad era evidente que estaban marchitas y estropeadas, pero cogió una y la puso en la trabilla del hombro de la cazadora de Casey. Ella le sonrió y le dio las gracias con un movimiento de su cabeza. 30

—¡Sigue siendo mi bicicleta! —dijo Sandy, a quien no había impresionado la muestra de afecto—. El hecho de que constante- 35

mente se cometan crímenes no significa que éstos estén bien.

—¿Bien? —se rió Link—. ¿Quién ha dicho algo sobre lo que está bien? Se trata tan sólo de algo que no se puede evitar, como ponerse enfermo o morir. No resulta agradable, pero es normal.

5     —¿Es normal el crimen? —preguntó Sandy, levantando las cejas con una mezcla de asombro e indignación.

      —Pues claro —siguió hablando Link—. Como el dolor. El dolor es normal, ¿no? Si te aprietas mucho el cinturón, te hace daño, ¿verdad? Y cuanto más lo aflojas, menos daño te hace. Desde luego  
10    podrías probar a no llevar ningún cinturón.

Sandy se movió con dificultad en el suelo. No estaba muy seguro de adónde quería ir a parar Link, por lo que quiso seguir la conversación.

      —Entonces, cuando se hacen las leyes, ¿es para que haya problemas? Eso no tiene sentido.

15    —Supón que vives en un lugar en el que todo el mundo es muy rígido y estricto —dijo Casey, sonriendo indulgentemente a Sandy—. Te meterán en la cárcel prácticamente por nada, por vestirme de forma diferente o por ponerle mala cara a la poli. Pero en un lugar en  
20    el que sucede todo lo contrario, donde hay una auténtica relajación, sabes que puedes matar sin que te pase nada.

      —¡Eh! —dijo Sandy, intentando mantener la voz firme—. Si dejáis aquí la bicicleta podréis salir por el pasadizo hasta la calle y los polis no os molestarán.

25    —¿Por qué habrían de molestarnos? —preguntó Link—. Es nuestra bicicleta.

      —Tengo el recibo de la tienda donde la compré —protestó Sandy.

30    Casey soltó una carcajada y después, imitando burlonamente el tono de voz de Sandy, dijo:

      —Tiene el recibo de la tienda donde la compró.

Sandy estaba decidido a no perder los nervios. Apretó los dientes para evitar decir algo de lo que tendría que arrepentirse más tarde. Muy despacio dijo:

35    —Os burláis de las leyes, pero son las leyes las que mantienen unido un país.

—En eso te equivocas —exclamó Link—. No son las leyes las que mantienen unido al país; somos los que quebrantamos las leyes. Si no existiéramos, la sociedad tendría que inventarnos,

—Eso es una estupidez —fue todo lo que pudo decir Sandy, que no salía de su asombro.

5

—De acuerdo —replicó Link bastante tranquilo—. Pero aquí estás tú, gruñendo y refunfuñando por tu bicicleta, como un perro por su hueso. Si estuvieran aquí tu familia y tus amigos, también nos ladrarían. Y si vinieran los polis, ellos harían algo más que ladrar; nos morderían. Entonces, ¿qué es lo que os mantiene unidos a todos vosotros? ¡Nosotros! Mira, tío, sin nosotros, vosotros os romperíais en pedazos.

10

—La sociedad debe organizarse contra el crimen... —empezó a decir Sandy.

—...y el crimen tiene que organizarse contra la sociedad —le interrumpió Casey.

15

—¿Quieres decir que es como si fuera una guerra entre la sociedad y los criminales? ¿Se trata sólo de ver quién tiene más fuerza?

—Por fin empiezas a enterarte —dijo Link con una ligera sonrisa.

—¿Pero qué pasa con los tribunales? —objetó Sandy—. Los tribunales no toman partido; son imparciales y objetivos.

20

—El trabajo de los tribunales es aplicar la ley —dijo Casey—. ¿No está claro de parte de quién están? Nunca están de parte de los que quebrantamos la ley. ¿Cómo iban a estarlo?

—Hay otra forma de verlo —protestó Sandy que no se había quedado satisfecho—. Hay cosas que están bien y cosas que están mal. Y los que hacen las cosas bien se protegen a sí mismos contra los que las hacen mal. Eso es todo.

25

—Seguro, seguro —dijo Link—. Por eso seguiremos gruñéndoles y ellos seguirán gruñéndonos. ¡Vaya sociedad!

30

—¡Vaya sociedad! —replicó como un eco Casey.

—Pero ¿cuál es la alternativa? —les respondió Sandy.

—Si las cosas fueran algo más justas para empezar... —intentó responderle Link.

—¿Justas?

35

—Ya sabes, si no hubiera tantas desigualdades —dijo Casey.

—¿Qué?

—No sería tan necesario que la gente fuera por ahí discutiendo todo el rato y tomando partido —dijo Casey, echando la cabeza hacia atrás en actitud desafiante.

5       —No me habéis convencido lo más mínimo —respondió Sandy—. Mirad, cuando un jugador comete una falta en un partido de baloncesto y el árbitro no lo señala, escucharéis los gritos de todos los espectadores que llenan las gradas. Todo el mundo se indigna y chilla porque, si los árbitros no hacen cumplir las reglas, es como si no  
10       se jugara el partido. Hay que imponer las reglas, incluso aunque no tengan gran importancia.

—Entonces, cuando te quitamos la bicicleta, tú crees que estamos intentando cargarnos el juego.

—Eso es.

15       —¿Pero por qué lo hacemos? ¿Porque no queremos ver a todos los demás jugando?

—No —dijo Sandy, mirando fijamente a Casey, que seguía de pie en la puerta con las manos en los bolsillos—. Es porque queréis entrar en el juego y no sabéis hacerlo de otra manera. Está claro.

20       Estaba empezando a hacer algo de frío. Link se levantó y rodeó a Casey con su brazo por la cintura.

—Vámonos —dijo—. Se van a quedar parados ahí fuera toda la noche.

—Sí, vámonos —dijo ella—. Pero por sitios diferentes.

25       Un poco después, Sandy subió lentamente las escaleras y recuperó su bicicleta.

## CAPITULO IV

**A**L DIA siguiente Sandy les contó a sus compañeros lo del robo de la bicicleta.

—Me habría lanzado sobre él —dijo Randy indignado—. Le habría dado una buena paliza.

—Yo también pensé en eso —dijo Sandy con calma—. Pero, en primer lugar, supuse que no serían tan tontos como para hacer algo así sin llevar algún tipo de arma, aunque sólo fuera una barra o algo parecido. En segundo lugar, me pregunté a mí mismo si mi bicicleta merecía que me arriesgara a una pelea. 5

—Pero no se puede consentir que la gente vaya por ahí haciendo lo que le da la gana —insistió Randy—. Tiene que haber un gobierno. ¡Tiene que haber leyes! 10

Bart intentó no intervenir, pero no fue capaz. Hizo varios gestos con su mano derecha levantada, agitándola sucesivamente y por fin preguntó: 15

—¿Estás diciendo entonces que el gobierno está para conseguir que las personas no se peguen entre sí?

—¡Pues claro! —respondió Randy—. ¿Acaso podría ser de otro modo?

—El gobierno tiene dos funciones —dijo Tim—. Conservar la paz dentro y luchar contra otros países. Esas son las dos únicas cosas que tiene que hacer. 20

—La policía y el ejército —dijo Mickey.

Ahora era Mark el que no podía permanecer callado:

—¡Eh, tíos! ¡Estáis locos! Esas no son las únicas cosas que tiene 25

que hacer un gobierno, el impedir que la gente se pegue y el defendernos de los agresores extranjeros.

—De acuerdo. Demuéstranos que estamos equivocados —le dijo Randy mientras le miraba fríamente.

5 Mark le devolvió la mirada, pero no pudo decir nada. Apartó la vista de Randy para comprobar si el resto de la clase podría ayudarle. Por fin Lisa dijo despacio, sin mirar a Mark:

—Sé cómo se puede probar que una afirmación es falsa, pero no sé cómo podría aplicarse a este caso.

10 —De todas formas dínoslo —le dijo amablemente la señorita Williams—. No le va a molestar a nadie.

—Bien —continuó Lisa, esforzándose para encontrar las palabras adecuadas—, si alguien intenta convencerme de que Harding fue mejor presidente que Washington, todo lo que tengo que decirle es  
15 que no es así, si yo creo que es cierto que Washington fue mejor presidente que Harding. Porque, si una de esas afirmaciones es verdadera, la otra *tiene que ser falsa*.

—¡Eh! —dijo Bart sin dirigirse a nadie en concreto—. ¡Ella tiene razón! ¡Tiene toda la razón!

20 —Vale, Lisa —dijo Tony—. Pero, como tú misma dices, ¿cómo se aplica a este caso?

—Dejadme intentarlo —dijo Harry—. Mirad, Randy está diciendo que la afirmación «lo único que tiene que hacer el gobierno es mantener la paz» es verdadera. Y Mark dice que es falsa. Lisa mantiene  
25 que será falsa o verdadera dependiendo de lo que estemos dando por supuesto. Si es lo contrario de lo que estamos asumiendo y si nuestras suposiciones son verdaderas, entonces es falso.

—¿Pero qué estamos asumiendo? —preguntó Millie—. Me está dando vueltas la cabeza.

30 —¡Ya lo tengo! —exclamó Mark—. Primero os diré lo que está dando por supuesto Randy. Está asumiendo dos cosas: en primer lugar, que la gente siempre quiere pelearse; segundo, que sólo la fuerza del gobierno puede impedirlo. Si admitimos esos dos supuestos, se sigue que lo único que tiene que hacer el gobierno es mante-  
35 ner la paz.

—No —dijo Tony—, hay un tercer supuesto que has olvidado:

que lo único importante es la paz. Si tu asumes las *tres* cosas, entonces se sigue que Randy tiene razón.

—¡Ahí está la cuestión! —dijo Mark casi gritando—. ¡Eso es! Lo que yo mantengo es que si partes de tres supuestos *contrarios*, la afirmación de Randy sería completamente falsa.

5

—¿Pero cuáles serían los supuestos de los que tú partes, Mark? —preguntó Suki.

—Lo primero que voy a decirte es que la gente no quiere *por naturaleza* luchar: la gente *aprende* a ir por ahí con un palo en la mano. En segundo lugar, puedes estar segura de que si queremos que la gente no esté luchando todo el rato, la fuerza no es la respuesta. Es necesario educar a las personas de otra manera. No es algo que vayas a resolver por la fuerza; sólo se podrá resolver con una forma adecuada de educar a los niños.

10

—¿Pero qué pasa con el tercer supuesto de Tony? —preguntó María.

15

—Déjame contestar a mí —dijo Tony—. Yo diría que la paz *no* es lo más importante de todo. Porque puedes tener una sociedad en la que hay ley y orden, pero quizás no sea un lugar en la que la gente se comporte de forma justa y se sienta libre. Pero si tienes una sociedad en la que todo el mundo es justo y todos se sienten libres, entonces se sigue naturalmente que en esa sociedad la gente será pacífica.

20

—Resumiendo —dijo Mickey fríamente—. Lo que importa es si aceptamos vuestras suposiciones o las nuestras.

25

—Eso es —dijo Tony—. Pues creo que son supuestos fundamentales. No creo que haya otros más básicos por debajo de esos. Por lo tanto, si vamos a seguir una asignatura de ciencias sociales que tenga algún sentido, éstas son las cosas de las que deberíamos hablar.

Después de la clase, Tony y Millie estaban mirando por la ventana, dando la espalda a sus compañeros. El brazo de Millie estaba alrededor de la cintura de Tony y el brazo de Tony se apoyaba en el hombro de Millie. Lisa se levantó y se situó detrás de ellos tranquilamente hasta que Tony se volvió y la miró algo perplejo.

30

—Tony —dijo Lisa—. Me gustaría darte las gracias por la ayuda que me prestaste.

35

—Bah —se limitó a decir Tony—. Mark y Harry también echaron una mano.

—Bueno, con ellos es diferente. No tengo que darle las gracias a Harry. Y supongo que, por lo que respecta a Mark, te estoy dando  
5 las gracias por él tanto como por mi misma.

Como Lisa y Tony no se habían llevado nunca demasiado bien y solían ser bastante cáusticos el uno con el otro, semejante muestra de gratitud por parte de Lisa le pareció a Tony absolutamente inusual. Incluso pensó que podría estar tomándole el pelo, pero ella  
10 estaba muy seria y no sonreía.

—¡Oh, sí! Una cosa más —continuó Lisa—. Lo que dije de Harding y Washington: si una afirmación era verdadera, entonces era cierto que la otra afirmación era falsa, ¿no es así?

Tony asintió con la cabeza y lo mismo hizo Millie.  
15 —Pero cuando estábamos hablando de si la afirmación de Randy era cierta o no lo era, dijiste que dependía de los supuestos de los que hubiera partido.

—Dije que la conclusión de Randy se seguiría naturalmente de sus supuestos previos, pero no se seguiría si aceptáramos los de  
20 Mark.

—De acuerdo —dijo Lisa—. Lo único que quiero que me digas ahora es que quieres decir con eso de que «se seguiría naturalmente». Quieres decir que no es algo tan claro como en el caso de las oraciones de las que yo hablaba antes, ¿no es cierto?

25 —Ya veo a donde quieres ir a parar —dijo Tony con una breve sonrisa—. Claro, cuando dije «se sigue naturalmente» no me refería a algo tan estricto como lo que tu habías dicho. Todo lo que quería decir es que, dados los supuestos de Randy, su conclusión era creíble y, dados los supuestos de Mark, también su conclusión era  
30 creíble.

—Ser creíble y ser cierto no es lo mismo —añadió Millie.

—Creo que es muy importante que descubramos cómo mostrar que las suposiciones de Mark son correctas —dijo Lisa mirando a Tony—. No puedo decirte hasta qué punto es importante.

35 —Lo descubriremos —dijo Millie cogiendo a Lisa por la cintura y poniéndola a su lado. Después añadió dirigiéndose a Tony—. Sim-

plemente con que las personas se amaran unas a otras, todo sería tan sencillo.

Lisa se quedó contemplando durante un momento la cara radiante de Millie. A continuación añadió:

—Cuando se trata sólo de dos personas, seguro que las cosas son bastante más fáciles. Pero cuanto más gente está implicada, más complicadas se vuelven las cosas. Tienes que tener leyes, policías, políticos, una administración burocrática, y todo ese tipo de cosas. Supongo que por lo que se refiere a la sociedad, no es suficiente con el amor. 5 10

—¿Acaso alguna vez ha habido una sola cosa que fuera suficiente? —preguntó Tony.

15

## II

Mark y Fran estaban enfrascados en una conversación de pie en la acera cuando la señorita Williams, llevando con dificultad en sus brazos un montón de libros y papeles, salió por la puerta principal del Instituto y se dirigió hacia su coche. Un mechón de pelo le tapaba los ojos y al final tuvo que dejar todos los libros y papeles en el capó del coche para peinarse el pelo un poco. Fran observó que la profesora estaba muy cansada y le preguntó: 20

—No le dejan mucho tiempo para descansar entre clase y clase, ¿verdad? 25

—¡Oh! Me voy acostumbrando poco a poco —respondió la señorita Williams mientras buscaba las llaves en su bolso—. En realidad no puedo quejarme.

—Esas sesiones a última hora de la tarde... —comentó Fran—. Seguro que para usted serán más pesadas que para nadie. 30

—Bueno; si conseguimos que no sean más de una o dos a la semana, no será tan malo. Me temo que va a significar más trabajos para corregir de los que había pensado al principio del curso.

Mark se encogió de hombros, pero antes de que pudiera decir nada apareció el señor Swing. La señorita Williams no había hecho 35

ningún progreso en su búsqueda de las llaves y el director le preguntó con amabilidad:

—¿Hay algo que yo pueda hacer por usted?

En aquel momento encontró por fin sus llaves. A continuación,  
5 como si tuviera muchas más ganas de hablar de los problemas del instituto que de los suyos propios, dijo:

—Estábamos hablando precisamente de las visitas a las casas que van a hacer en la clase. Les explicaba que eso significa que tendría que haber algunos trabajos extras en compensación del tiempo de  
10 clase que vamos a perder.

—Eso está muy bien —dijo el señor Swing—. De hecho estaba pensando mencionarlo en mi próxima columna para el periódico del instituto.

—Desde el despacho del Director —dijo Fran en un tono  
15 diplomático

—Ahora que están ustedes tres aquí, es una buena oportunidad para preguntarles lo que opinan de esas visitas. ¿Cuál piensan que es el objetivo de todo eso?

—Tal como yo lo veo, es interesante —dijo Mark, quien hasta ese  
20 momento había estado moviendo la tierra con su pie y mirando al suelo, pero que ahora había levantado la vista—. No tiene mucho sentido leer un montón de datos y hechos en un libro si no tenemos la oportunidad de valorarlos de alguna manera. Pero es como decíamos en clase el otro día: para valorar algo, necesitamos criterios.

—Pasa lo mismo con las salidas —dijo Fran—. Podemos ir a visitar una catedral o la Bolsa, o una central de energía nuclear, pero  
25 ¿cómo podemos juzgar lo que vemos?

—De acuerdo —dijo el señor Swing—. Pero, ¿cómo van a ayudarnos esas visitas?

—Me parece que si quieres juzgar lo que está haciendo una persona, primero tienes que averiguar lo que está *intentando* hacer —dijo Mark, mirando de frente por primera vez al director—. Entonces, ¿por qué no puede ser lo mismo con la sociedad? ¿Cómo vamos a poder pensar en lo que está haciendo la sociedad si no  
35 sabemos antes lo que está intentando conseguir?

—Pero Mark —dijo el señor Swing—, ¿qué te hace pensar que no

puedes conocer los objetivos de la sociedad en clase? ¿No te hablan los libros de texto de eso?

—Me gustaría responder a mí —dijo Fran—. Si los libros de texto en efecto nos hablan de todo eso, es como si fueran cosas que se dan por sabidas. Igual que la forma de recitar el juramento a la bandera en el servicio militar; la gente lo dice de memoria, pero no tienen la menor idea de lo que significan las palabras que están pronunciando. 5

—Bien, pero ¿por qué no podéis discutir de esas cuestiones en la clase entre vosotros? Teniendo a la señorita Williams para dirigir la discusión, ¿no sería ya suficiente? 10

—Señor Swing —dijo Fran—, ninguno de nosotros en la clase tenemos suficiente conocimiento del mundo. Necesitamos hablar con gente que ha tenido mucha más experiencia que nosotros. Creo que, en nuestra clase, palabras como «libertad» y «justicia» suenan completamente vacías. Pero sé que mis padres se las toman en serio y le apuesto lo que sea a que lo mismo pasa con los padres de Mark. De hecho le apuesto que las personas que mejor pueden hablar de lo que es importante son aquellas que intentan vivir de acuerdo con ello y quizás no sean las personas que han escrito libros intentando explicarlo. 15 20

—No creo que sea muy útil contraponer los libros y las personas de ese tipo —dijo el señor Swing en un tono suave—. Las dos pueden ser fuentes valiosas de información.

—Pero esa es la cuestión...¡No sólo necesitamos información! —exclamó Fran—. Para poder pensar por nosotros mismos, necesitamos saber lo que piensan otras personas. 25

Ahora le tocó a la señorita Williams mirar de frente al señor Swing.

—Creo que tienen razón. A no ser que los jóvenes logren entender los ideales que la sociedad está intentando alcanzar, ¿cómo van a saber si las instituciones funcionan bien o mal? 30

—¿No sería preferible descubrir cómo funcionan las instituciones sin lanzarse a valorarlas? —replicó el señor Swing.

—¡No sirve! ¡No sirve! —dijo Mark con mucho énfasis—. Queremos comprender cómo hacen las cosas las personas en esta sociedad, o de hecho en cualquier sociedad. Pero no nos basta con 35

que nos *digan* cómo funciona; queremos *pensar* en lo que está pasando. Queremos saber las razones que tiene la sociedad para hacer lo que hace y para hacerlo de la manera en que lo hace.

—Me atrevo a pensar que tiene materia suficiente para su columna después de esta conversación —comentó la señorita Williams mientras miraba al señor Swing con una amable sonrisa.

—Haré lo que se pueda, como suelen decir ellos —contestó él muy serio.

10

### III

Antes de que se sacaran las papeletas para decidir quiénes iban en cada grupo, Mark pasó por algunos momentos de ansiedad pensando en las posibles agrupaciones que podrían salir. Su interés inicial era salir en el mismo grupo que Bart (al que María algunas veces llamaba «Superpoli»). Pero Mark suponía que, si él y Bart *tuvieran* que ir en el mismo grupo, sería estupendo que estuvieran aquellos compañeros que, en su opinión, no se intimidarían ante el juez en caso necesario. Estaba pensando en particular en Fran, Tony y Harry.

Sin embargo el resultado no tuvo nada que ver con sus planes. Bart comunicó antes de que se sacaran las papeletas que él se creía con derecho a participar en el grupo que prefiriera. Aunque eso parecía incoherente con sus anteriores afirmaciones en las que había pedido ser tratado como cualquier otro miembro de la clase, nadie se atrevió a hacerle frente. Al final, estos fueron los resultados:

*Grupo 1:* Harry, Suki, Mickey, Sandy, Anne, Jane.

*Grupo 2:* Jill, Tim, Tony, Mark, Millie, María.

30 *Grupo 3:* Luther, Bill, Fran, Laura, Lisa, Randy.

Fue entonces cuando los miembros de la clase estuvieron de acuerdo en hablar con sus familias acerca de la posibilidad de invitar a un grupo a tener una charla alguna tarde a última hora. La señorita Williams prometió, al igual que Bart, que estaría presente en todas las reuniones. Se puso un calendario en el tablón de anuncios. También estuvieron de acuerdo en que, después de cada reunión, el

grupo informaría al resto de la clase al día siguiente, para que así pudieran tener en cuenta todas las ideas que habían surgido en la reunión.

En la clase de ciencias sociales del día siguiente, Mickey siguió exponiendo su idea de que la sociedad sólo se podría mantener unida si se castigaba a los malhechores haciéndoles sufrir. Suki y Anne siguieron manteniendo que Mickey estaba equivocado, pero encontraban bastante difícil argumentar una posición alternativa. Después de un rato, Anne dijo:

—¿Después de todo, por qué tenemos que pensar en las leyes como si fueran reglas? ¿Por qué no podemos pensarlas como algo diferente, por ejemplo como prescripciones? Un doctor no te dice cómo tienes que vivir, si eres realmente una persona sana, pero, si estás enfermo, te da una receta y te prescribe una medicina. Si ésta funciona, recuperas la salud.

—Eso es cierto —dijo Suki—. ¿Por qué tenemos que pensar siempre que las leyes pretenden castigar? ¿Por qué no podemos pensar que lo que buscan es remediar o curar?

—¡Eh, Anne! —exclamó Jane—. ¿Qué es eso de «un doctor»? ¿Por qué no una doctora?

—¡Eso, Anne! —añadió Fran—. ¿Hay algún motivo por el cual nosotras no podamos ser doctoras también?

La discusión se desvió completamente en ese momento, con Randy manteniendo que los hombres servían mucho mejor para la profesión de médico. Parecía que se había abandonado el tema inicial de discusión, lo que mantiene unida a la sociedad y los objetivos que buscan las leyes. Pero esos temas volvieron a salir en la reuniones que hubo a continuación.

Los primeros que estuvieron de acuerdo en invitar a un grupo fueron los Warfield, y los abuelos de Suki acordaron reunirse un día después. Mientras el grupo estaba reunido en el cuarto de estar de los Warfield, la madre de Luther iba y venía a la cocina. Estaban también en la reunión Marty, el hermano mayor de Luther, y Wilda, la novia de Marty.

—He oído decir que es usted un juez —le dijo Marty a Bart.

—Solía serlo, pero ya no. Me he retirado.

—Supongo que no es sencillo ser un juez —comentó Marty después de haber mirado de reojo a Bart.

—¿En el tribunal de menores? ¡Puedes estar seguro!

—Sí, tiene que ser duro —reconoció Marty—. A un lado tiene  
5 que tener la ley y al otro esos padres y niños metidos en un buen follón.

Bill alzó la cabeza y miró fijamente a Luther, pero no dijo nada. Bart se limitó a contestar:

—Si quieres ser un buen juez, tienes que respetar las dos partes.

10 —¿Pero no había dicho que la ley representa a la sociedad? —preguntó Wilda, que se había inclinado hacia delante y miraba fijamente a Bart—. Entonces, cuando se trata de un caso en el que la sociedad está enfrentada a un individuo, ¿no están siempre los jueces de parte de la sociedad?

15 Luther se rió, pero nadie más lo hizo; a continuación le dijo a Wilda:

—¡Eh, vamos! No presiones a Bart de esa forma. No está buscando pelea.

20 —Mira, Wilda —dijo Bart—, si supiera la contestación a esa pregunta, no estaría aquí ahora. Estaría sentado en una hamaca en cualquier playa, disfrutando de mi jubilación. Pero estoy realmente perplejo. Hace unos treinta años, cuando comencé a ejercer de juez, conocía todas las respuestas. Ahora empiezo a cuestionarme si acaso conozco las preguntas.

25 —Pero Wilda tiene razón —comentó Bill—. La ley está siempre de parte de la sociedad. Tiene que ser así. Incluso cuando una sentencia está a favor de un individuo, es porque eso favorece a toda la sociedad.

30 —Para mí —comentó Randy—, la sociedad ha hecho las leyes para impedir que se cometan crímenes.

Fran había estado dando la espalda a Randy mientras contemplaba uno de los cuadros de Luther que la Sra. Warfield había colgado en el cuarto de estar. Pero en ese momento se dió la vuelta y dijo a Randy frunciendo el ceño:

35 —¿Y por qué la gente comete crímenes?

—La gente comete crímenes porque tiene instintos criminales

—le contestó rápidamente Randy—. Todos los tenemos. Pero algunas personas tienen más que otras.

A Fran le había sentado muy mal el comentario de Randy, pero un nuevo pensamiento pasó por su cabeza dejándola algo preocupada, por lo que, cuando se decidió a hablar otra vez, en su voz había más curiosidad que enfado:

—No logro saber cuál es la verdadera razón de que condenemos a los criminales. ¿Es porque no nos gustan las personas que cometen crímenes o se debe a que llamamos crimen lo que hacen las personas que no nos gustan?

—No te esfuerces que no vas a conseguir liarme —le dijo Randy, haciendo un gesto con la mano como para indicarle que lo dejara en paz.

Fran no se molestó en insistir; se dio la vuelta otra vez y siguió mirando el cuadro de Luther. Sin embargo, Laura había estado siguiendo la conversación con interés y quiso continuar:

—Creo que entiendo lo que Fran quiere decir, Randy. Deja que lo intente. Digamos que hay leyes que nos prohíben hacer determinadas cosas. ¿Se hicieron esas leyes porque estaba mal hacer esas cosas, o hacer esas cosas está mal simplemente porque lo prohíben esas leyes?

La señorita Warfield se arregló la falda con cuidado, le pasó por encima la mano como si la estuviera alisando y limpiando y dijo en un tono tranquilo y firme:

—No se trata de lo uno o lo otro. Algunas veces es de una manera y algunas veces es de la otra. Existen leyes contra el asesinato, porque el asesinato está totalmente mal. Pero tengo que admitir que muchas veces hay cosas que no perjudican lo más mínimo y que están prohibidas.

—Entonces, ¿esa es la respuesta? —dijo Laura—. ¿Que algunas cosas están prohibidas porque se considera que están mal y que algunas cosas se considera que están mal porque están prohibidas?

—Pues claro, Laura —dijo Luther—. Lo que creo que está diciéndome mi madre es que no todo lo que está mal está prohibido por una ley y que no todo lo que está prohibido por la ley está mal.

—Por la misma razón —dijo Lisa—, no todo lo que está bien es

valorado por la sociedad, ni todo lo que es valorado por la sociedad está bien.

—¿Insinúas, por tanto, que las leyes no son perfectas? —preguntó Bart.

5 —Supongo que les queda un largo camino para llegar a serlo— comentó Fran sin llegar a volverse

—¡Un largo camino! —repitió Wilda— ¡Mucho más largo de lo que mucha gente se cree!

10

#### IV

Suki había preparado bastante bien a sus abuelos. Consiguieron que Kio se fuera a la cama pronto y no se sintieron incómodos por ser el centro de atención de la conversación. Anne no paró de hacer-  
15 les preguntas sobre la granja y los abuelos de Suki respondieron brevemente, pero con amabilidad, a todas las preguntas.

—¿Quién lleva la granja cuando no están ustedes allí? —preguntó Anne.

20 —Dos personas contratadas —contestó el abuelo de Suki, frunciendo los labios—. Me atrevo a decir que la están llevando, pero no te puedo decir si lo están haciendo bien o mal.

—Estoy seguro de que hay un montón de trabajo en una granja —comentó Mickey.

25 —Mi tío trabaja en una cadena de montaje de una fábrica de coches y se pasa todo el día haciendo lo mismo —dijo Sandy—. De vez en cuando, simplemente para hacer las cosas un poco más interesantes, da un poco más de velocidad a la cadena y monta las piezas que le corresponden a toda velocidad. Después vuelve a poner  
30 una velocidad normal y se toma el tiempo adecuado para cada operación

—No puede ser muy interesante —comentó pausadamente la abuela de Suki.

35 —No se trata de eso —dijo Mickey—. Se trata de hacer posible una producción en grandes cantidades.

—Eso es cierto —añadió Bart—. Sólo existe una forma de pro-

ducir muchas cosas de una manera eficaz: asegurándose de que cada persona es un especialista y poniéndoles a trabajar a todos juntos. A eso se le llama la «división del trabajo».

—¡División del trabajo! ¡Diablos! —gruñó el abuelo—. En una granja todo el mundo tiene que ser capaz de hacer de todo, desde arreglar tractores y clasificar los huevos hasta arar y cosechar. Pero cuando una persona sólo sabe hacer una cosa, una cosa nada más..., bueno, lo más que puedo decir es que será como como una pieza del engranaje de la máquina. 5

—Los médicos pueden hacer de todo... En medicina, claro —dijo Jane. 10

—También ellos se especializan más cada vez más —comentó Sandy.

—Cuanto más se especializan las personas —observó la abuela de Suki—, más necesidad tienen de grandes empresas y grandes gobiernos para organizar y coordinar lo que hacen. Si la gente aprendiera a ser responsables de sí mismos, si aprendieran a depender de ellos mismos, no necesitarían, por tanto, un gobierno que les cuidara. 15

—Me temo que esos tiempos se han ido para siempre —dijo Bart, y la abuela se limitó a emitir un gruñido. 20

—Estoy algo confusa —dijo Anne—. Cuando todo el mundo depende de sí mismo y es autónomo, ¿qué es lo que mantiene unida a la sociedad?

—Existen organizaciones —dijo la señorita Williams—, como las empresas y los sindicatos. Y existen instituciones, como las escuelas, las iglesias y el mismo gobierno. 25

—¿Pero cómo consiguen las organizaciones y las instituciones que las personas hagan lo que quieren que hagan? —insistió Anne.

—Pueden establecer reglas para sus miembros —dijo Linda. 30

—Y algunas pueden poner leyes —añadió Mickey.

—¡Ah, la ley! —exclamó Bart—. ¡Ahí está la ley!

—¡Vaya, la ley! —comentó la abuela—. ¡Podemos hablar ya de lo que mantiene a una sociedad unida!

—¿Se puede saber a qué te refieres? —le preguntó su esposo con un tono algo rudo. 35

Ella le miró, sus ojos brillaban detrás de los cristales de sus gafas.  
A continuación le dijo:

—Piensa en todas esas familias que no se mantienen unidas por el amor, sino por la ley.

5     —Es la ley la que hace cumplir los contratos —comentó Mickey—. Es la que hace posible los negocios.

—Y es la ley la que pone a los ladrones entre rejas —dijo Sandy—. La que proporciona una vida mejor a todos los que obedecen la ley.

10     Bart emitió un murmullo imperceptible que sonó como si hubiera dicho «Amén»

—Hay demasiadas leyes —dijo el abuelo de Suki, mirando directamente a Anne—. Si se educara bien a la gente y trabajara duro en todas las cosas diferentes que un hombre puede hacer en este mundo, no se meterían en problemas y no serían necesarias todas esas leyes que intentan convertir a la gente en personas honestas.

—Tiene que haber leyes —objetó Mickey—. Pues si fuera de otra manera, no habría ninguna razón para castigar a los que actúan mal.

20     —¡Pero Mickey! —dijo Jane—. Precisamente el otro día decías que sólo están mal las cosas que van en contra de la ley. Sin embargo, ahora nos sales con que las leyes sólo se hacen cuando es necesario impedir que la gente haga las cosas mal. No lo entiendo.

—Es bastante sencillo —dijo Mickey sonriendo pacientemente a Jane—. Soy una persona incoherente. La vida es así más interesante.

25     —Existen leyes y leyes —dijo la abuela de Suki.

Su esposo parecía un poco molesto, pero no dijo nada. Fue Harry el que intervino a continuación.

—¿Quiere decir que existen dos tipos de leyes?

30     —Desde luego —dijo la abuela mirando fijamente a Harry.

—¿Y la gente que quebranta los dos tipos de leyes merece ser castigada?

—¡Oh! Yo no dije eso... —le contestó sonriendo.

35     —Entonces —intervino rápidamente Suki—, ¿hay un tipo de leyes que exige un castigo y otro tipo que no lo exige?

—Cada uno de ellos mantiene unida a la sociedad a su estilo

—respondió, pero pudo darse cuenta por la cara que ponían todos que su comentario les había dejado bastante confusos, por lo que continuó—. Hay leyes que castigan y leyes que reparan.

—¿Pero cuál es una y cuál la otra? —quiso saber Sandy—. Mire; supongamos que un chico le roba la bicicleta a otro chico. Supon- 5  
gamos también que es detenido y enviado a un reformatorio durante unos meses. ¿Vale? Entonces, ¿no es la misma ley la que le mete en la cárcel y la que devuelve la bicicleta a su dueño? ¿No es la ley que castiga al criminal la misma ley que devuelve las cosas a la víctima?

Jane movió la cabeza y, aunque pudo darse cuenta de que Bart 10  
quería hablar, no dejó de decir lo que tenía en la cabeza:

—¿No te das cuenta, Sandy, de que hay dos tipos de leyes porque hay dos tipos diferentes de propósitos?

—¿Cuáles?

—Bueno, el propósito que se tiene al imponer ciertas leyes es 15  
conseguir que la gente que las quebranta se sienta mal.

—¿Sentirse mal? —preguntó Sandy.

—Hacerles sufrir. La idea es que ellos han hecho daño a la sociedad al quebrantar las leyes de la sociedad. Por tanto, ahora les toca a ellos recibir el daño, para quedar en paz. 20

—Una especie de ojo por ojo.

—Exacto —respondió Jane—. Pero no se trata sólo de quedar en paz. La idea es que la única manera de que ellos se den cuenta de lo que han hecho, es que lo pasen realmente mal.

—Todas las leyes son así —soltó el abuelo de Suki. 25

—No, no lo son —le objetó su mujer en tono amable pero enérgico—. Hay otras leyes, leyes que reparan y restituyen.

—¿Reparan el qué?

—Reparan el daño hecho devolviendo lo robado a su legítimo dueño —contestó Sandy. 30

—No, eso es sólo una parte —dijo Suki, que se había parado un momento antes de hablar, poniendo su mano en los labios—. Creo que lo que quiere decir mi abuela es que, al reparar, hacemos que las cosas vuelvan a ser como eran.

—Nada puede volver a ser como era; no se puede hacer que las 35  
cosas vuelvan a su situación inicial —dijo el abuelo en tono cortante.

—Ya me doy cuenta de ello —dijo su esposa—. No se puede volver atrás. Ya me doy cuenta. ¿Pero te acuerdas del accidente que tuviste aquí mismo, en la calle? El que se produjo en el cruce. Tú y los otros conductores os hablasteis amablemente, os disteis todos  
5 los datos sobre el coche, el seguro, y todo eso, pues sabíais perfectamente que a la compañía de seguros no le importaba quién había tenido la culpa. Pero puedo acordarme de la época en la que los dos os hubierais amenazado con demandaros y llevaros a la cárcel por haber «quebrantado la ley».

10 —Tienes razón —dijo el abuelo sonriendo—. Quizás los dos habíamos tenido la culpa; quizás ninguno de los dos. Pero lo importante era arreglar las cosas de tal manera que los dos pudiéramos continuar con lo que estábamos haciendo antes del accidente. Supongo que en este caso es como tu dices: la ley no pretendía hacernos  
15 sufrir, sino sólo reparar las cosas para que volvieran a ser como antes.

—Es igual cuando estás jugando al baloncesto —dijo Harry—. Cuando alguien infringe el reglamento, por ejemplo, pisando la raya exterior. Es seguro que le van a pitar la falta, pero nadie pretende  
20 castigarle. Se trata tan sólo de que el juego pueda seguir normalmente.

—Es un procedimiento más civilizado... —empezó a decir Anne.

—¡Vaya chorrada! —interrumpió Mickey enseguida—. Es posible que existan algunos casos como ese, pero la sociedad se rompería si  
25 *todas* sus leyes fueran como esas.

—¿Por qué? —preguntó Suki.

—Porque los gobiernos se basan en la fuerza, ese es el porqué. Y ya que la tienen, tienen que usarla.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Suki.

30 —Para darles su merecido a los que quebrantan la ley, ese es el porqué.

—¿Por qué? —esta vez fue Anne la que preguntó.

—Porque —contestó Mickey en un tono exasperado —sólo el gobierno está autorizado a utilizar la violencia. El gobierno tiene el  
35 monopolio sobre la violencia. No tenemos derecho a defendernos por nosotros mismos cuando hay policía: se supone que ellos están

ahí para hacerlo por nosotros. Y es así como tiene que ser y toda esa charla sobre «leyes que reparan» no tiene ningún sentido. No me cuentas en qué consiste la civilización; la civilización se basa en la fuerza. Deja a un lado la fuerza que está detrás de las leyes en una sociedad y no tendrás sociedad. Y ahí se acaba todo.

5

Nadie dijo nada durante unos momentos. Después, la abuela de Suki comentó:

—Por mí puede ser así, pero nunca nadie me convencerá de que el mundo es ahora como podría y debería ser. Quizás el momento en el que estamos ahora no sea más que una última etapa de barbarie y tengo que admitir que algunas leyes disuaden a los criminales de cometer crímenes. Pero puedo mirar hacia delante y conservar la esperanza de que se conseguirán acuerdos mejores que los que tenemos ahora. Y hablando de acuerdos mejores, ¿quién quiere beber algo?

10

15

—¡Todos de acuerdo! —exclamó Mickey; pero, como era de esperar, fue Bart el que indicó a todos el camino hacia la mesa en la que estaban las bebidas.

20

## V

—Lisa —dijo Fran —vas a tener que decirnos todo lo que sabes.

—¿Sobre lo que pasó en el instituto? —preguntó Lisa mientras, poniéndose a la defensiva, miraba a Fran; al comprender que se trataba de eso continuó—. Simplemente, no puedo.

25

—¿Y por qué no? ¡Tú puedes ayudar a averiguar quién es inocente!

—¿Y convertirme en una chivata? No contéis conmigo. Debe haber otro procedimiento. Además, todo lo que hago está mal. Lo mejor es que no haga nada.

30

—De veras que tienes complejo de culpabilidad, ¿no es cierto? —dijo Fran

—No lo dudes. Porque sea quien sea el que lo ha hecho, sigo sinténdome responsable.

35

—La última vez que hablé contigo, pensabas que lo había hecho

Mark —dijo Fran incisivamente—. Ahora parece ser que no estás tan segura. ¿Por qué no? ¿Qué ha ocurrido?

Lisa guardó silencio.

—¿Te has enterado de algo respecto a Greg?

5 Lisa se dejó caer en una de las sillas que había en el vestíbulo al lado de la biblioteca. Fran se sentó a su lado y se dirigió a ella esta vez con más amabilidad.

—Dime, Lisa, ¿qué pasó?

10 —No pasó nada —dijo Lisa en un tono inexpresivo—. Se trata de algo que recordé. Un libro de un tal Stritz sobre historia de Estados Unidos —gimoteó ligeramente y se pasó los nudillos por la nariz.

—¿Y? —preguntó Fran—. ¿Dónde lo viste?

15 —Lo vi sólo un instante, en el estante de arriba del armario de Greg. Me pasó desapercibido en aquel momento y él cerró el armario a toda velocidad. Pero luego, ayer, me acordé de pronto dónde había visto el mismo libro antes. Es uno de los que Mark había sacado de la biblioteca para hacer su trabajo.

Fran puso sus brazos alrededor de Lisa y la abrazó. A continuación exclamó:

20 —¡Ya está! ¡Eso es! ¡Greg debe haberse sentido tan celoso de Mark que le quitó los libros y los ocultó en su armario sólo para conseguir que Mark tuviera problemas en el instituto!

25 —Lo sé —respondió Lisa totalmente abatida—. Ya he pensado en todo eso. Y mucho me temo que es verdad. Nunca pensé que Greg le haría algo semejante a nadie. Y todo por mí... ¡Oh, es todo tan horrible!

30 —Eso lo aclara todo —dijo Fran—. Debe haberse imaginado que todo el mundo esperaría que Mark haría alguna estupidez. Por eso, cuando vio a Mark deambulando alrededor del instituto, debió tener un momento de inspiración. ¿Por qué no desordenar unas cuantas clases y dejar que todos sacaran la conclusión de que había sido Mark? ¡Oh, Lisa! ¡Esto es maravilloso! ¡Ahora ya no podrán echarle la culpa a Mark!

Lisa seguía con el rostro apesadumbrado.

35 —Lisa, ¿qué pasa contigo? —preguntó Fran.

—El hecho de que Greg intentara crearle problemas a Mark con

los libros prestados no prueba que fuera Greg el que hizo los destrozos en el instituto.

—No lo *prueba* —respondió Fran—, pero ten por seguro que no le va a prestar ninguna ayuda a su situación —se levantó y tiró de Lisa para ayudarla a levantarse—. Vamos, Lisa. Vayamos a ver a Bart. 5

—No lo entiendes... —dijo Lisa sin levantarse de su asiento—. ¿No te das cuenta? Greg puede *probar* que no fue él.

—¿Cómo? —gritó Fran, que no podía ocultar la impresión y el desánimo. 10

—Me lo dijo él mismo cuando se lo pregunté. Dijo «Lisa, ¿no te acuerdas? Estabamos sentados en la parte de atrás del gimnasio y te pregunté que hora era. Y me dijiste que eran las 9:30. ¿No es cierto?». Tengo que admitirlo Fran. Esa era la hora.

—¿Y qué? —preguntó Fran algo sorprendida. 15

—¡Y qué! —respondió Lisa—. Cuando la policía estaba examinando los daños, se dieron cuenta de que el reloj del vestíbulo se había roto. Y se había parado exactamente a las 9:30. Por lo tanto no pudo haber sido Greg.

—¡Y tú eres su coartada! —dijo Fran desconsolada. 20

## Capítulo V

**E**L REDUCIDO grupo de personas iba caminando, cruzando calle tras calle en dirección a la casa de Anne Torgerson. Bart y la señorita Williams iban delante, y él sistemáticamente la cogía por el hombro cada vez que iban a cruzar una calle. Detrás iban Mickey, Suki y Harry y a corta distancia seguían Jane y Sandy. Cuando llegaron a la verja de hierro que rodeaba la casa de los Torgerson, Bart comenzaba a encontrarse cansado y le faltaban un poco el aire.

El jardín de la entrada estaba oscuro y unos grandes arbustos se alineaban a lo largo del camino que llevaba desde la acera hasta la puerta. La casa, por lo que se podía ver en la oscuridad de la noche, era antigua, con una barandilla que la rodeaba desde la parte frontal hasta hacia los dos lados.

Cuando iban por el camino, Jane y Sandy se retrasaron para fijarse en la enorme puerta de hierro forjado. Sandy comentó que a su padre, que era herrero, le hubiera encantado hacer una puerta tan bella y tan sólida como esa. Justo en ese momento surgieron dos figuras de la oscuridad, como si hubieran estado siguiéndoles por la acera a no mucha distancia. Eran un chico y una chica.

—¡Qué hay! —dijo el chico dirigiéndose a Sandy.

Sandy reconoció la voz de Link. Y enseguida se dió cuenta de que la chica con el pelo recogido debajo de una gorra con una enorme visera era Casey. Ella le saludó también, dudando un poco lo que debía hacer.

—¿Quiénes son tus amigos, Sandy? —preguntó Jane.

—¡Ah! ¡Claro! —contestó Sandy algo sorprendido por la inesperada pregunta de Jane—. Este es Link y esa de ahí es Jane.

Los recién conocidos se saludaron mutuamente con la cabeza sin decir nada. Después Link, indicando la casa con la cabeza, les preguntó si iban a entrar. Sandy respondió afirmativamente. 5

—¿Qué vais a hacer ahí dentro? —preguntó Casey en un tono que no parecía muy amenazador y que sonaba a pura curiosidad.

—Hablar —respondió Sandy.

—¿Hablar? ¿De qué? A nosotros nos gusta hablar.

—De todo tipo de cosas. Es nuestra clase de ciencias sociales. 10  
Hablamos de la sociedad y de la ley, de cosas como esas.

Mientras decía eso, Sandy se imaginaba que sería suficiente para que se marcharan. Sin embargo, al mismo tiempo se daba cuenta de que no les tenía miedo y de que no podía evitar que en cierto sentido le cayeran bien. 15

—¡Oh, la Ley! —exclamó Casey—. ¡Me gusta el tema! ¿Podemos ir con vosotros?

—¿Por qué no? —dijo Link como si la pregunta hubiera sido dirigida a él y no a Sandy.

—Espérate a que se lo pregunte a los demás. 20

—¿Quiénes son? —quiso saber Link.

—Algunos compañeros de clase y la señorita Williams, que es nuestra profesora. También está Bart. Es un juez jubilado. Su nombre completo es Bertoia.

—¡Eh, el juez Bertoia! ¡Lo conocemos! —exclamó Casey — 25  
Bueno, en realidad no, es decir, no personalmente. Pero conocemos algunas personas que lo conocen muy bien.

Los comentarios de Casey no sirvieron para disipar los recelos de Sandy. Entre tanto los demás miembros del grupo estaban esperando en el porche a que Sandy y Jane terminaran la conversación 30  
con aquellos extraños. Sandy se acercó andando ligero a los escalones del porche y se dirigió a la señorita Williams:

—Se trata de unos chicos que conozco. Me preguntan si estaría bien que entraran con nosotros.

La señorita Williams pareció dudarlo y Mickey mostró su disgusto diciendo: 35

—No necesitamos a nadie que nos acompañe.

—¡Muy bien! —dijo la señorita Williams levantando las manos—. Cuantos más seamos, más interesante. Supongo.

«Una frase genial», pensó Sandy mientras se daba la vuelta y les  
5 hacía una seña con la mano para que se acercaran al grupo.

Bart hizo sonar el timbre del puerta que produjo un ruido similar a unas campanas. Casi inmediatamente se abrió la puerta y allí estaban los señores Torgerson que les recibieron con una sonrisa muy amistosa. Los padres de Anne condujeron al grupo hacia el cuarto  
10 de estar, donde les presentaron al hermano del señor Torgerson. Spencer Torgerson parecía bastante mayor que el padre de Anne. Se sentó en un gran sillón, sobre cuyo brazo se apoyaba un bastón.

Se produjo un ligero follón mientras la gente buscaba un asiento o se sentaba en el suelo, delante de la chimenea que estaba apagada.  
15 En la cocina, que estaba separada del cuarto de estar por una pesada puerta batiente, se podía oír la voz de la señora Torgerson que decía: «Anne, querida, ven a ayudarme con esta bandeja». Link y Casey se quedaron un rato parados contemplando la colección de esculturas de cristal, la colección de mariposas del señor Torgerson  
20 y la colección de cuadros de la señora Torgerson, incluido un retrato de Anne. Link se quedó fascinado ante el retrato, en el que Anne estaba sentada de tal manera que la parte superior de su cuerpo aparecía vuelta en sentido opuesto al resto del cuerpo.

—Mira —le dijo en voz muy baja a Casey, señalando al mismo  
25 tiempo a Anne—. Es ella. Y está retorcida como.., como la llama de una vela.

Miraron un rato más el cuadro y luego Casey le cogió de la mano y pasaron a mirar la colección de pistolas antiguas de duelo del tío de Anne. Nada más terminar de distribuir Anne unos vasos de refrescos  
30 a los miembros más jóvenes del grupo, entró su madre con una bandeja con vasos de vino. Link y Casey habían terminado por acomodarse en la chimenea apagada y daban pequeños sorbos a sus refrescos, aunque todavía estaban más pendientes de la habitación que de la conversación.

35 —Anne —susurró Jane—, sé que el nombre de tu tío es Spencer, ¿pero cuál es el nombre de tu padre?

—Geoffrey —contestó Anne con una ligera sonrisa—. Y el nombre de su padre fue Randolph.

—Es una tradición familiar —comentó el tío de Anne, que estaba sentado a su lado y no había podido evitar escuchar la conversación—. En cada generación el hijo mayor tiene que llamarse Spencer o Randolph. Se van alternando. 5

—¿Tenéis tradiciones familiares? —exclamó Jane.

—Desde luego —respondió Anne—. ¿No las tiene todo el mundo?

—Tenéis tradiciones familiares... ¡Vaya! —dijo Mickey —¿Hasta cuándo se remontan? 10

—Yo diría que bastante lejos —comentó Spencer Torgerson en un tono cariñoso—. Pero cuando se trata de tradiciones, tampoco importa demasiado, ¿no es cierto?

—Las tradiciones no son más que acuerdos muy antiguos —añadió el padre de Anne—. Una vez que se han fijado, simplemente se mantienen y todo lo que tenemos que hacer es seguirlas. 15

De pronto, Casey se dio cuenta de que todavía llevaba puesta la gorra. Se la quitó inmediatamente y una gran melena castaña cayó sobre sus hombros enmarcando su larga y estrecha cara, con sus finos labios y sus ojos inquisitivos y nerviosos. 20

—Las tradiciones establecen un vínculo entre las generaciones —dijo la madre de Anne mientras ponía su mano sobre el hombro de su hija (Suki pensó que las palabras de los Torgerson estaban moduladas de distintas maneras. Pronunciaban cada oración como si fuera una melodía)—. En una sociedad en la que la gente permanece 25  
unida, las personas saben cómo hacer las cosas juntos de la misma manera. Así es como las tradiciones nos unen a nuestros antepasados.

—La música es la misma generación tras generación —añadió Spencer Torgerson mostrando con una sonrisa su aprobación por lo que había dicho su cuñada—. Sólo cambian los intérpretes y las interpretaciones. 30

Bart casi había terminado su vaso y la señora Torgerson lo volvió a llenar enseguida. Entonces dijo con energía:

—No puedo estar más de acuerdo. Todos tenemos nuestros deberes y nuestras responsabilidades. 35

—Nosotros tenemos unos deberes respecto a nuestros hijos —afirmó el padre de Anne utilizando su estilo peculiar de hablar como un hombre de negocios— y ellos tienen unos deberes respecto a nosotros. Es un intercambio. Mutuo, recíproco..., sabéis lo que  
5 quiero decir.

—Los padres cuidan a sus hijos cuando los hijos son demasiado pequeños para cuidarse por sí mismos —dijo Spencer Torgerson— y los niños cuidan a sus padre cuando son demasiado mayores para cuidarse por sí mismos. Fijaos en mí. Nunca me casé, nunca tuve  
10 hijos y ahora nadie se siente responsable de mí. Tengo bastante suerte con un hermano y una cuñada tan buenos.

La señora Torgerson sonrió y Bart le hizo un gesto mostrando su aprobación. Harry, como si hubiera estado pensando en los comentarios que acababan de hacer, dijo:

15 —Sabéis. No siempre es así, ¿verdad? Quiero decir... ¿no hay ocasiones en las que alguien hace algo por ti y sin embargo tú no tienes ninguna obligación de hacer nada por él, sino por una persona totalmente diferente?

—Harry —dijo la señorita Williams—, si no nos das algún  
20 ejemplo, no podremos tener la menor idea de a qué te estás refiriendo.

—De acuerdo. Tomemos la educación. Se supone que los adultos tienen que preocuparse de que los niños reciban una educación. Pero, ¿qué se supone que deben hacer los niños a cambio? ¿Educar  
25 a sus padres?

—Harry, tienes toda la razón —dijo la señora Torgerson—. Le estoy agradecida a mis padres por la educación que me proporcionaron y creo que la mejor forma de mostrarles mi agradecimiento es preocuparme por la educación de Anne.

30 —¡Eh! —dijo Anne—. Pasa lo mismo con los nombres de mi padre y mi abuelo: sus nombres van alternando. Por tanto, algunos deberes no son recíprocos; tan sólo van alternándose de una generación a la siguiente.

—¿Es necesario que sean siempre los adultos los que den la educación y los niños los que la reciban? —se preguntó Suki en voz  
35 alta—. ¿No podrían descubrir las cosas juntos?

—Si eso fuera así —dijo la señora Torgerson frunciendo el ceño— no necesitaríamos escuelas.

—En cualquier parte en la que se produzca educación —sonó débilmente la voz de Casey que procedía del otro extremo de la habitación—, ahí hay educación. Y eso puede ocurrir en cualquier parte. 5

La señora Torgerson captó la mirada de su cuñado que estaba frente a ella y dijo con una sonrisa:

—¡Qué raro es en estos días ver jóvenes excitados por grandes y nobles ideales! ¿No es cierto, Spencer? 10

«¡Hummm!», fue todo lo que dijo Spencer Torgerson. Pero Fran, que estaba de pie junto a la chimenea, se dio la vuelta, miró al tío de Anne un momento y luego preguntó:

—No se qué decirle. Pero ¿no es todavía más raro encontrar a personas mayores excitadas por grandes y nobles emociones? 15  
—Como la señora Torgerson prefirió no responder, Fran continuó—. En todo caso supongo que todos nosotros podríamos hacerlo mejor.

Durante unos segundos nadie dijo nada. Entonces intervino Link.

—¡Vaya charla acerca de esta generación debiendo a aquella generación y de cómo todo es mutuo! ¿Qué pasa cuando nadie considera que te deba lo más mínimo? 20

—La sociedad te debe una educación —dijo muy serio Spencer Torgerson—; no te debe un medio de vida. Pero estoy seguro de que cuando termines en el Instituto, encontrarás todas las oportunidades que quieras. 25

—Yo he terminado con el instituto y no encuentro ninguna oportunidad —dijo Link, con una voz que no era fuerte pero sí cortante.

—¿Que tú has terminado con el instituto? —preguntó el padre de Anne algo sorprendido—. ¿Pero tú no formabas parte de la clase? 30

—¡Qué va! Simplemente pensamos que podríamos unirnos al grupo. ¿No es uno de los derechos de los que se han largado del colegio el poder volver en cualquier momento?

—Pero yo creía... —empezó a decir el padre de Anne, y mientras tanto dirigía una mirada a la señorita Williams, entre la perplejidad y el reproche. 35

- Son nuestros invitados —contestó suavemente la señorita Williams. —Pensamos que no les importaría.
- Pero son unos holgazanes —dijo el señor Torgerson que parecía seguir algo perturbado. Luego se dirigió a Casey y Link—.
- 5 ¿Dónde vivís?
- Al otro lado de la ciudad.
- ¿Pero dónde? ¿Con vuestras familia?
- No tenemos familia —dijo Link.
- Entonces, ¿dónde vivís?
- 10 —Donde podemos.
- ¿Y de qué vivís?
- Cogemos algunas cosas —dijo Link—. Pero lo menos posible. No nos gusta hacerlo más de lo necesario.
- ¿Robáis?
- 15 Link pareció muy ofendido, pero se contuvo y una pequeña sonrisa se dibujó en la boca de Casey. Luego dijo con algo de malicia:
- Sabe... Para nosotros todo el mundo nos ha quitado algo, por eso ¿qué importa si nosotros les quitamos un poco a ellos? Como usted decía antes, es mutuo.
- 20 —Deberíais terminar vuestros estudios —dijo la señora Torgerson.
- ¿Qué estudios? —respondió amargamente Casey—. Aquello sólo era una estupidez.
- Terminaréis entre rejas —dijo la señora Torgerson.
- 25 —Los polis nos acosan bastante —asintió Link—. Pero por ahora vamos teniendo suerte. Es gracioso, la mayor parte de los chicos que conozco no creen que vayan a ir a la cárcel por quitar alguna cosa a alguien.
- La mayor parte de los delincuentes juveniles no recibe ningún
- 30 castigo, ni siquiera cuando les cogen —dijo Bart—. La ley no tiene que ser severa, pero al final tiene que ser coherente. Es necesario que a los jóvenes les queden claras de forma rápida y contundente las consecuencias inevitables de cometer crímenes. Deberían comprender que el castigo sigue al crimen tan necesariamente como una
- 35 conclusión se sigue de dos premisas.
- No entiendo por qué los que abandonan el colegio tienen que

terminar como delincuentes —protestó Mickey—. Siempre está la asistencia social y los fondos de desempleo.

—¡Asistencia social! ¡Puaf! —dijo Link—. Mira, si tuviera un trabajo, ni siquiera pensaría en quitarle algo a alguien.

—Entonces, ¿por qué no buscas un empleo? —preguntó la señora Torgerson. 5

—¡Vamos! Debe estar bromeando —ahora Link estaba furioso e indignado—. Si busco un trabajo en un taller de coches, me ponen una prueba escrita que *saben* que no puedo hacer bien, pero no hace falta lápiz y papel para arreglar un coche. O me piden un título. 10  
¡Y *saben* de sobra que no lo tengo! Quería ser auxiliar electricista. ¡Pueden creerse que me pidieron *credenciales*! ¿No se dan cuenta? Primero hacen el sistema de tal manera que sólo la gente de orden obtenga credenciales y luego, como no tienes credenciales, no consigues ni las oportunidades ni los empleos. 15

—Es como si a alguien le metieran la cabeza debajo del agua y luego le castigaran por ahogarse —dijo Casey.

Una vez más se hizo un silencio en la habitación. Casey y Link se pusieron de pie.

—Tenemos que irnos —dijo Link—. Sólo queríamos entrar y echar una ojeada. Eso es todo. 20

—Gracias por el refresco —añadió Casey—. Tenía mucha sed.

La señora Torgerson se levantó, les acompañó hasta la puerta y le dio la mano a Casey. Jane y Sandy se unieron a Link y Casey en el porche y les acompañaron hasta el camino que llevaba a la calle 25

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Suki—. Dijisteis cosas que necesitábamos oír..

—... lo que no significa que estemos de acuerdo lo más mínimo con lo que dijisteis —añadió Sandy.

—Ya sé que nos hemos colado en vuestra reunión —dijo Casey dirigiéndose a Suki—. Pero si el instituto hubiera sido así... ya sabéis, discutiendo ideas, no lo habiéramos dejado. ¿Crees que si volvéis a tener una reunión como ésta podremos volver a meternos? 30

Suki miró interrogativamente a Sandy, que se limitó a encogerse de hombros y dijo a Link y Casey con una sonrisa: 35

—Vamos, tío. Ahora que ya sé de dónde venís vosotros dos, no

me preocupáis nada de nada. Pues claro; volvamos a reunirnos en otra ocasión. Sólo tenéis que mantener vuestras manos lejos de mi bicicleta.

5

## II

María cogió el teléfono y gritó: «¡Mark, es para ti! ¡Es Fran!». Mark se puso al teléfono y masculló una especie de «¿Sí?»

10 —Las últimas noticias no son buenas —dijo Fran, cuya voz sonaba preocupada—. Cuando se supo que los libros habían aparecido en el armario de Grer, él te acusó de intentar implicarle poniendo los libros allí.

—Eso es una estupidez —protestó Mark—. Nadie le creerá.

15 —Bueno, todavía no lo has oído todo. Es cierto que lo de los libros no es grave. Pero ahora él afirma que te vio destrozando las cosas en el Instituto aquella noche. Afirma que no lo dijo antes por lo que habría podido pensar Lisa si él hubiera hecho esa acusación.

—¡Eso es una calumnia! —dijo Mark.

20 —Puede ser, pero ahora hay un testigo en contra de ti y la policía te cogió en el lugar del crimen. Por tanto, tu situación no ha mejorado nada; más bien acaba de empeorar.

—Bien; ¿y qué pasa con él? ¿No andaba rondando por allí aquella noche? También *puede* haber sido él.

25 —Seguro. Pero el tiene una coartada. La poli supone que el daño se hizo hacia las 9:30, pues a esa hora se rompió el reloj de la pared. Pero Lisa admite que a las 9:30 ella estaba con Greg. ¿Cómo vas a resolver ese problema?

30 —No le creo —dijo Mark después de haber reflexionado unos instantes—. Mira, podría haber ocurrido así: para conseguir una coartada, Greg volvió al edificio y puso las manecillas del reloj a las 9:30, pues sabía que era la hora a la que había estado con Lisa.

—Quizás ocurrió así —dijo Fran titubeando.

35 —Pues claro que fue así —afirmó Mark—. Lo que pasa es que carezco de pruebas de que fuera así.

—Hay algo más, Mark. El hecho de que Greg esté deseando

verte metido en problemas es una prueba de lo celoso que está de ti. Pero eso no prueba que sea él quien destruyó el instituto. Quizás tú lo creas, pero vas a tener difícil probarlo.

Mark se quedó callado. Entonces Fran le preguntó:

—¿Hay algo que no nos hayas dicho?

5

—No.

—¿Estás encubriendo a alguien?

—No.

—¿Lo hiciste tú?

—No —dijo con una cierta dosis de amargura—. La gente va diciendo que yo estaba colocado. Creen que yo lo hice —luego entonó, imitando una canción—: Cuando estás colocado, no puedes recordar lo que pasó.

10

—De acuerdo —dijo Fran—. ¿Qué es lo que tenemos? No creemos que tú seas culpable, pero los hechos te señalan. Creemos que Greg puede haberlo hecho, pero los hechos no le señalan. Y creo que la idea de que pueda haber sido Lisa es ridícula.

15

—¿Y si hubiera sido otra persona? —preguntó Mark

—Claro que es posible. Hay montones de personas que disfrutarían haciendo eso en un instituto. ¿Pero por dónde empezamos a buscarlas?

20

—Creo que deberíamos empezar hablando con Sandy.

### III

25

Lisa y la señorita Williams se encontraron en la sección de congelados del supermercado.

—¿Haces la compra de la familia? —preguntó la señorita Williams.

—Los jueves mi madre me deja una lista de cosas que hay que comprar —contestó Lisa con tristeza—. No vuelve a casa del trabajo hasta las 5:30. Pero en realidad no me importa. Es una ocasión para salir de casa.

30

—Yo hago la compra para mí sola —dijo la señorita Williams—. No es que importe mucho. La verdad es que no como gran cosa.

35

Algo en su manera de hablar provocó que Lisa la mirara con más

- atención. «Tiene el mismo aspecto de siempre», pensó Lisa, fijándose en su pelo moreno recogido con una cinta, las gafas de concha, el jersey de lana y la falda estrecha y los zapatos de ante. De repente, Lisa sintió que estaba muy bien hablar con la señorita Williams,
- 5 incluso confiar en ella si fuera preciso.
- señorita Williams, lamento no prestar mucha atención estos días en clase. Mi cabeza anda algo despistada últimamente.
- Todo el mundo sabe lo de tú, Mark y Greg. Se resolverá solo con el tiempo.
- 10 —Pero es todo tan desagradable —comentó Lisa, como sin prestar mucha atención a lo que decía y leyendo la etiqueta de un yogurt—. Desprecio a Greg, y él lo sabe. Y han ocurrido demasiadas cosas para que todo vuelva a ir bien con Mark alguna vez. ¡Oh, Señor! ¡Cómo puedo haberme metido en este lío!
- 15 —Es gracioso —dijo la señorita Williams hablando casi para sí misma—. Eso es lo que me estaba diciendo a mí misma justo cuando nos encontramos.
- Se refiere...
- La señorita Williams se paró un momento para limpiar sus gafas.
- 20 Cuando terminó, dirigió la vista a Lisa. Era la primera vez que Lisa se fijaba en sus ojos; no eran precisamente bonitos, pero eran vivaces e inteligentes. Volvió a ponerse las gafas y pareció que de nuevo se ponía una máscara.
- Nada está saliendo como había pensado —comentó la señorita Williams con una mirada algo apenada—. Me pasé el verano programando mis clases y la clase de sociales se ha convertido en algo de locos. Cada día que pasa me entero menos de lo que está pasando.
- ¿No le gusta cómo van las cosas?
- 30 —No dije eso —contestó la señorita Williams intentando poner una sonrisa—. En realidad en cierto sentido es estimulante. Pero no tiene nada que ver con la forma en que me enseñaron a enseñar. Si no hubiera sido por el señor Swing y Bart, nunca me hubiera atrevido a autorizarlo.
- 35 —El señor Swing le ha dado ánimos... —comenzó Lisa.
- ¡Oh, me ha animado!

Lisa tuvo un destello de intuición. Le preguntó con cierto descaro:

—¿A hacer qué?

—A crecer. A madurar. A ser más aventurera —contestó la profesora, poniendo ahora algo más de cuidado en lo que decía.

5

Lisa la miró fijamente y no pudo evitar el esbozar una sonrisa. Entonces la señorita Williams dijo:

—Debe ser algo obvio para todo el mundo, pero preferiría hacerlo sin ese tipo de atención.

—¿Y Bart?

10

—No saques conclusiones precipitadas sobre Bart. Es un perfecto caballero. Pero está obsesionado. Quiere hablar de la sociedad y la educación y cosas semejantes noche y día. ¡No puedo librarme de él!

—¿Y que pasa con usted? —preguntó Lisa después de pensar para sus adentros: «Es inútil pararse aquí... Mejor llegar hasta el final».

15

—¡Oh, yo! —dijo la señorita Williams riéndose y sin darse por ofendida—. Sólo soy una profesora. En estos momentos eso es lo único en lo que pienso. Realmente podría hacerlo bien, si la gente me dejara. Pero de algún modo, la manera en que me enseñaron a enseñar ya no parece correcta y ya no estoy segura de lo que debería estar haciendo.

20

—Parece que le cae bien a los chicos; eso es importante. Y le gustan las ideas; eso es importante.

25

—Parece que le caigo bien a los chicos —repitió la profesora sin prestar mucha atención a lo que decía—. Sí, claro. Pero sería mejor que le cayera bien a la gente. Ves, ese es uno de mis problemas. Soy incapaz de establecer una diferencia entre los chicos y los adultos. Quizás porque no haya ninguna diferencia. Quizá los adultos son simplemente personas que han empleado más tiempo que los demás dándole vueltas a problemas para los que no hay respuestas.

30

Lisa puso una botella de leche en el carro de la compra. Le hubiera gustado hablar algo más con la señorita Williams, pero ésta le dijo:

35

—Tengo que volver a corregir los ejercicios. Espero que no hayas

dado demasiada importancia a todas las grandes revelaciones sobre mi apasionante vida personal.

Lisa se limitó a sonreír y no dijo nada. Sabía perfectamente que se pasaría el resto de la tarde pensando que había ganado una amiga.

## Capítulo VI

**M**ARK SUBIÓ rápidamente saltando los escalones de dos en dos y al llegar se tendió jadeando en un sillón —¿Dónde has estado? —le dijo María en tono de queja—. La cena lleva lista más de media hora.

Mark no hizo caso a la pregunta, se puso de pie y amagó unos golpes a su hermana, que se le quedó mirando sin seguirle la broma, con las manos en las caderas. Luego siguió hasta la cocina donde saludó a sus padres con un breve: «¿Qué hay de nuevo?» y al mismo tiempo intentaba impedir que María, con algo de mala idea, le sacara la camisa. 5 10

—¿Qué hay de nuevo contigo? —le respondió la señora Jahorski de buen humor—. Ve a lavarte.

Mark asintió, se metió en el cuarto de baño y salió poco después.

—Mark —dijo María exasperada—, ¿por qué tiene que quedarse toda la suciedad en la toalla? ¿Nunca has oído hablar del agua y el jabón? 15

Por fin ella se relajó un poco y esbozó una sonrisa cuando él le hizo una mueca desde el otro extremo de la mesa.

—Y bien, mamá —dijo mientras atacaba el puré de patatas—. ¿Les explicaste por fin cómo se lleva un negocio? 20

—Más o menos —le contestó riéndose—. Tuvimos una reunión de ejecutivos, sentados alrededor de una gran mesa en la Sala de Juntas. Cuando preguntaron si había algún tema nuevo, propuse reconsiderar el traslado.

—¡Bien hecho! —dijo Mark—. ¿Cómo lo aceptaron? 25

- Como esperaba, ni siquiera lo discutieron. Se limitaron a darle un carpetazo.
- ¿Darle un carpetazo? —preguntó María algo perpleja—. ¿Qué significa eso?
- 5     —Es una forma de no tratar un tema— dijo el señor Jahorski—. No quisieron decir ni que sí ni que no.
- ¿Como cuando te pedimos algo y nos dices «Ya veremos»?
- Exactamente —contestó su padre riéndose.
- ¿También le dan el carpetazo a vuestras sugerencias en la
- 10   Biblioteca?
- Me temo que yo no suelo hacer sugerencias sobre el futuro de la Biblioteca —contestó el señor Jahorski después de intercambiar una mirada con su esposa.
- ¿Por qué no?
- 15   —Porque yo no ocupo un puesto que permita hacer eso.
- ¿Qué puesto ocupas tú?
- ¡Vamos, María! —dijo Mark—. ¿No lo sabes «todo»? Mamá es una ejecutiva y papá es.., papá es..
- ¡Lo ves! —respondió María— ¡Qué listo eres! Tienes menos
- 20   idea que yo. Además, ¿Tienes que hablar siempre con la boca llena?
- ¡Papá! ¿Te importaría decirle que me deje en paz?
- Supongo que la mejor palabra sería «administrativo» —dijo el señor Jahorski mirando cariñosamente a María—. Suena mejor que «oficinista».
- 25   —¿Y cuál es la diferencia entre un administrativo y un ejecutivo?
- quiso saber María.
- Los ejecutivos toman decisiones; los administrativos las llevan a la práctica —le contestó Mark rápidamente.
- En la práctica —añadió la señora Jahorski, que parecía divertida con la conversación—, más bien los ejecutivos son los que no consiguen tomar las decisiones que hacen falta y los administrativos son los que no consiguen llevar a la práctica las decisiones que se han tomado —se quedó pensando en lo que había dicho, con el tenedor levantado, y continuó—. Bueno, creo que se trata de una
- 30   caricatura, pero quizás haya algo de cierto.
- 35   —Mamá —dijo Mark—, yo no me refería necesariamente a lo que

ocurre en la práctica. Quería decir idealmente. Idealmente, los ejecutivos toman decisiones. Idealmente, los administrativos las llevan a la práctica.

—¡Ha sido una explicación idealmente ideal! —comentó María mientras le sacaba la lengua a Mark que hizo un gesto de dolor. 5

—Se supone que los ejecutivos defienden aquello en lo que creen —dijo Mark—. Tienen que estar listos para tomar una decisión sobre cualquier tema.

Su padre le ofreció la bandeja con el pan, pero no cogió nada. Después le preguntó: 10

—¿Y un administrativo?

—Tiene unas normas que debe cumplir —le contestó Mark—. Puede ser cajero de un banco, o jefe de departamento de una oficina de Correos. Siempre habrá normas que le digan exactamente lo que debe hacer. Hay un libro que sigue o un código, y siempre hay un jefe por encima de él al que puede dirigirse. 15

—¡Ummm! —musitó la madre de Mark—. Entonces, díme: ¿Son los administrativos imparciales?

—¡Desde luego!

—¿Y son los ejecutivos parciales? 20

—¡Vamos, mamá! Sólo estás jugando con las palabras. Pero te diría que sí en el sentido de que los ejecutivos tienen su propio punto de vista y ven las cosas desde ese punto de vista y están dispuestos a luchar por lo que creen que es correcto. Pero un administrativo se tiene que limitar a hacer su trabajo sin preguntar nunca por qué. 25

Hubo una pausa que Mark aprovechó para rebañar lo que le quedaba de salsa con un trozo de pan.

—Mark —dijo María—, si los administrativos no preguntan por qué, si no plantean ninguna cuestión, ¿se debe a que eso forma parte de su trabajo o es algo que no hacen porque temen perder su empleo? 30

—Creo que tienes razón —aceptó Mark—. Creo que estoy confundiendo lo que es verdadero en la práctica con lo que es ideal.

—Sigamos un poco más con el tema —dijo el señor Jahorski—. ¿Estás diciendo que los administrativos no creen en nada o que se espera que actúen como si no creyeran en nada? 35

Mark quiso responder, pero fue María la que se adelantó.

—¡Déjame a mí! Un administrativo tiene que creer en el sistema en el que está trabajando. Y si cree en el sistema, acepta todas su normas y reglas.

5       —¡Eso es lo que está mal en el sistema! —replicó Mark acaloradamente—. Los cambios nunca vendrán de abajo, sólo pueden venir desde arriba.

10       —Mark —le explicó su hermana con paciencia—, si estuvieras en el ejército, simplemente como cabo o sargento, ¿cómo ibas a poder cambiarlo? Pasa lo mismo si trabajas en una multinacional o en un ministerio, o en un..., una biblioteca escolar. Desde luego, si no te gustan las decisiones que se toman, siempre puedes escribir una carta a los periódicos quejándote.

      —¡Oh, claro! —dijo Mark sarcásticamente.

15       —Mark —dijo la señora Jahorski—, en la práctica hay muchos administrativos que ponen en cuestión las decisiones que se toman y hay ejecutivos que no están muy seguros de lo que creen. Pero creo que sea cual sea la posición que uno ocupe, tenemos que ser capaces de pensar en lo que estamos haciendo. Nunca me convencerán  
20       los que trazan una línea y dicen que a un lado de la línea están todos los que piensan en lo que se debe hacer y en el otro lado los que no tienen que pensar en nada.

      —En realidad, —añadió María, que había estado escuchando a su madre con gran atención —Mark no quería decir que algunas perso-  
25       nas piensan y otras no. Quizás lo que quería decir es que se espera que los administrativos piensen, pero no que piensen por sí mismos.

      —¿Te pasa algo? —dijo Mark—. ¡Estás pensando de verdad!

30       —Todo lo que intento decir —siguió María sin prestar atención al sarcasmo de su hermano —es que quizás se podría animar a los administrativos a que piensaran por sí mismos y quizás se podría animar a los ejecutivos a pensar un poco más en lugar de decir ense-  
      guida lo que creen.

      —¡Muy bien! —dijo el señor Jahorski—. Cuando hablas así, es mejor incluso que el postre.

## II

—Steve —dijo la señora O'Mara—, por favor no te pongas demasiado cómodo en el cuarto de estar. Los compañeros de Laura están a punto de llegar y todavía no sé con seguridad quién vendrá con ellos. 5

—¡No te pongas muy cómodo! —gruñó el marido—. Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Portarme como el recepcionista de un hotel? ¿Abrirles la puerta? ¿Acaso no tiene uno derecho a estar cansado después de un día corriendo de un extremo a otro de la ciudad? 10

—Papá, ¿por qué hablas siempre haciendo preguntas? —preguntó Mary.

—También lo haces tú —se rió Laura—. No se puede negar que eres hija de tu padre. 15

—Lo que me lleva a otra pregunta —dijo el señor O'Mara, acomodándose en la mecedora de tal forma que los pies quedaran a la altura de la cabeza—. ¿Qué es eso que me ha dicho tu madre sobre una excursión tuya en moto con Trini Rodríguez? —levantó su mano, con la palma dirigida hacia Laura—. Ya sé lo que me vas a decir: estás al final del bachillerato y puedes ir a donde quieres y hacer lo que quieres. Bien, pues todo lo que tengo que decir es que no puedes, al menos mientras vivas aquí. Lo ves, ahora no estoy haciendo preguntas; ahora te estoy diciendo algo. 20

—¿Qué hay de malo en que vaya en moto? —preguntó Mary irritada. 25

—Es peligroso, eso es lo que tiene de malo —replicó el padre—. Especialmente con ese loco de Trini.

—Steve —dijo la señora O'Mara algo agobiada—. ¿Es necesario que discutamos eso ahora? La gente ya está llegando. 30

—La gente debe aceptarme como soy. Quieren venir a verme a mi casa, tienen que tomarme como me encuentren. No pienso disimular por nadie.

—Papá —dijo Laura—, va a venir mi profesora de ciencias sociales y va a venir ese juez del que te hablé, Bertoia, ¿te acuerdas? Pero sobre todo, van a venir mis amigos. Si tú y Mary vais a discutir de 35

algo, haced el favor de dejarlo para luego, cuando ellos se hayan marchado.

—Vuelve a explicarme a qué vienen todas esas personas —dijo su padre, que no parecía conmovido por la petición anterior—. ¿No te importa?

—¡Papá! —se lamentó Laura—. Os lo pedía a mamá y a ti, y tú mismo dijiste que estabas de acuerdo. Por eso les invité.

—¿Y qué es lo que quieren preguntarme?

—No creo que ellos quieran preguntarte nada. Estamos en la clase de ciencias sociales de la señorita Williams y hemos pensado que podríamos aprender más de la sociedad si hablábamos con nuestras familias que si intentábamos estudiarlo nosotros solos en los libros. ¡Oh, papá! —y ahora estaba a punto de llorar —¿Por qué tiene que ser todo tan difícil?

—Pero bueno, ¿acaso soy yo el que hace las cosas difíciles? Estoy sentado aquí, en mi propia casa, sin meterme con nadie, y tengo una hija que va por ahí como una loca en moto y otra que me trae a casa un montón de gente de su instituto para que les entretenga. Pues si tú quieres que les entretenga, muy bien. Pero no voy a portarme de forma diferente a como me porto siempre. No creo que sea la primera vez que ven a un padre metiendo en cintura a sus hijas.

Sonó el timbre de la puerta y entraron los compañeros de Laura, seguidos por la señorita Williams y Bart. Apenas se habían terminado las presentaciones, el señor O'Mara comentó, como se temía Laura, lo difícil que era ser padre en estos días.

—¡Ah! —dijo Bart—. Le podría contar algunos casos...

—No es raro que los miembros de la misma familia vean las cosas de forma diferente —interrumpió la señorita Williams.

—¿Cuáles son las cosas fundamentales que ellos ven de distinta manera? —preguntó Fran con una chispa de malicia en su mirada.

—Yo te lo puedo decir —comentó Lisa—. Hay tres cosas en las que mi madre y yo *nunca* estamos de acuerdo: lo que creo, lo que hago y los amigos que tengo.

—¡Muy bien! —exclamó el señor O'Mara mientras daba una palmada en el brazo del sillón—. Eso es exactamente lo que siempre le estamos diciendo a Mary y Laura. Hasta que los niños son mayores,

los padres tienen derecho a decirles lo que deben creer, lo que tienen que hacer y quiénes pueden ser sus amigos.

—No tan rápido, Steve —dijo su esposa cogiéndole la mano—. Hay una alguna diferencia entre lo que decimos y lo que hacemos. —Siguió, dirigiéndose esta vez al grupo—. Verán, no les decimos a nuestras hijas quiénes tienen que ser sus amigos. Pero hay algunas personas que no nos parecen bien; por eso les decimos quiénes no pueden ser sus amigos. Del mismo modo, les decimos en qué no deben creer y lo que no deben hacer. Se dan cuenta de que Steve ladra mucho, pero muerde poco.

—¿Lo que quiere decir —preguntó Fran, dirigiendo una mirada cortante a la señora O'Mara— es que sus hijas pueden proponer lo que les gusta y ustedes tienen derecho a vetar lo que no les gusta?

—Supongo que más o menos es eso.

—¿No debería ser al contrario? —preguntó Bill—. ¿No deberían los padres decir cómo creen que sus hijos deberían vivir y luego dejar que los hijos muestren su desacuerdo si hay algo que no les gusta?

—Pero eso les dejaría a los hijos el derecho de veto en lugar de dejárselo a los padres y eso no estaría bien —dijo Randy.

—Es absurdo aplicar términos como «derecho de veto» a las relaciones familiares —dijo Lisa, rompiendo un prolongado silencio que se había producido en la reunión—. Después de todo, las relaciones entre los padres y los hijos no tienen nada que ver con las relaciones entre el presidente y el congreso.

—Lisa tiene razón —comentó Luther—. Estas cosas de las que estamos hablando como si fueran muy sencillas, en realidad son muy complicadas. Fijaos en el tema de los amigos. Si a mi madre no le gustara alguno de mis amigos, me explicaría por qué y yo le daría las razones que tengo para que sea mi amigo, y después discutiríamos sobre el tema para intentar averiguar quién tiene razones mejores.

La mecedora del señor O'Mara se echó hacia atrás produciendo un fuerte chasquido. El señor O'Mara miró a Luther frunciendo el ceño y dijo:

—¡Así hablan exactamente Laura y Mary! ¡Parece que no se enteran de que los padres tienen la responsabilidad de educar a sus

- hijos correctamente! ¡Precisamente porque los niños no son responsables y los padres sí lo son, los niños deben hacer lo que se les dice!
- Pero quizás no les falta del todo la razón —dijo Bart, levantando las manos en un gesto pacificador—. Quizás deberíamos trazar una línea. Y en otro lado de la línea, en ciertos temas, los niños podrían tener alguna autoridad.
- ¿Cómo funcionaría eso? —preguntó Bill—. No puedo imaginarlo. ¿De qué temas está hablando?
- Bueno. Cojamos la distinción que ha hecho Lisa entre lo que cree y lo que hace. Entonces, ¿por qué no trazar una línea entre esas dos cosas y decir que los chicos pueden *creer* lo que quieran, pero tienen que *hacer* lo que los padres les digan? —Bart echó una mirada a su alrededor y luego añadió algo más—. Me doy cuenta de que no he dejado satisfecho a nadie.
- Pues claro —dijo Fran—. La manera de poner las cosas deja los mismos problemas que antes.
- ¿Como cuáles? —la desafió Bart.
- Bueno, cojamos eso de lo que yo creo. Fíjese; en la medida en que me afecta, eso se divide en dos cosas: tener pensamientos y expresarlos. Ahora bien, expresarlos es algo que yo *hago*, según usted, ¿no es cierto
- Antes de contestarte, ¿no podrías decirme algo más?
- Claro. Lo que estoy diciendo es lo siguiente: ¡Quiero poder pensar por mí misma! Pero también quiero poder decir lo que pienso. Por tanto, no me parecería bien que hubiera algunos temas en los que pudiera creer libremente pero no pudiera decir lo que creía.
- ¿Por qué piensas que hay una relación tan estrecha entre lo que se piensa y lo que se expresa?
- ¿Estrecha? Creo que son *invisibles* —exclamó Fran.
- In-*di*-visibles —murmuró la señorita Williams.
- Eso es, indivisibles. Perdón por el error. Pero es eso lo que yo diría a su pregunta. En una sociedad no puedes tener libertad de pensamiento si no tienes libertad de expresión, porque si la gente no puede expresar lo que piensa, antes o después dejarán de pensar.
- Si no puedes guardar tus pensamientos en tu cabeza sin ir sol-

tándoselos a todo el mundo —observó el señor O'Mara—, quizás no merecía la pena pensar en ellos desde el principio.

—Papá —dijo Laura—, ¡déjala terminar!

—Estáis en vuestra casa —dijo el señor O'Mara mirando a Fran.

—No importa —dijo Fran—. En segundo lugar, no podemos tener libertad de expresión si no tenemos libertad de pensamiento. 5

—¡Anda ya! —exclamó Randy —¡Eso eso totalmente absurdo! ¿Quién ha oído hablar alguna vez de tener libertad de expresión sin tener libertad de pensamiento!

—Podría ocurrir —respondió Fran—. Podría ocurrir perfectamente. Te podrían educar para no pensar por tí mismo. Y cuando fueras un adulto sólo pensarías lo que se te dijera que pensaras. Por tanto, en una sociedad de ese tipo no habría ningún problema con dejarte libertad de expresión, porque nunca dirías nada en contra de lo establecido oficialmente. 10 15

—*Ha habido sociedades de ese tipo* —afirmó la señorita Williams.

—Todavía las hay —añadió Lisa mirando a Fran con admiración.

—Bart, ¿no están reconocidas la libertad de pensamiento y expresión en la Constitución? —preguntó Bill.

—En general, sí. Sin embargo hay algunas áreas confusas. Muchas veces la gente hace cosas muy peculiares, como quemar una bandera o formar un piquete de huelga, y se discute acaloradamente si esos casos están protegidos por la Primera Enmienda. 20

—¿Y cree que la Primera Enmienda está basada en buenas razones? 25

—Razones muy buenas —respondió Bart.

—¿Y qué pasa con la Constitución? ¿Hay buenas razones en su favor?

—Excelentes. ¿Pero a dónde quieres ir a parar?

—¡Oh! —contestó Bill—. Sólo estaba pensando en lo que Luther había dicho antes sobre las razones. Cuando recurrimos a una autoridad, como la Constitución, es porque sabemos que está respaldada por buenas razones. ¿Pero eso no es también verdadero en el caso de los padres? Generalmente cuentan con buenas razones, pero quizás no lo sepan. Se trata sólo de encontrarlas. 30 35

—Dime otra vez cómo te llamas —dijo el señor O'Mara.

—Bill Beck.

—¡Por fin hay alguien en esta habitación que dice algo que tiene sentido!

5 —¡Vamos, papá! —dijo Laura, echándole una mirada—. Lo único que necesitas para ser feliz es encontrar una persona que esté de acuerdo contigo.

### III

10

La pequeña delegación formada por Fran, Mark y Sandy se bajó del autobús y subió las escaleras de mármol que conducían al Juzgado.

15 —¿Estás segura de que tenemos una cita a las 4:30? —le preguntó Mark a Fran. Le había preguntado ya varias veces, pero ella se dió cuenta de que estaba nervioso.

—Ya te enseñé antes el papel en el que lo había escrito. Y llegamos bastante pronto: nos quedan más de quince minutos.

20 Entraron en los Juzgados y se quedaron muy juntos en el centro de la rotonda. Se sintieron pequeños e insignificantes debajo de la enorme cúpula de mármol. Los suelos de piedra pulimentada y las grandes columnas de granito aumentaban el aspecto impresionante de la rotonda, en medio de la cual había una imponente estatua de la Justicia, con los ojos vendados y sujetando la balanza por delante.

25 —Nunca entendí por qué está vendada —comentó Fran—. Me esperaba ver al Amor ciego, ¿pero por qué la Justicia?

—Creo que es para mostrar que es imparcial —dijo Sandy—. Sólo presta atención a lo que se merece cada caso. En lo que a la justicia concierne, cualquier otra diferencia no se tiene en cuenta.

30 —Si no puedes saber cuáles son las diferencias, ¿cómo vas a saber si esas diferencias son relevantes? Chico, me da la sensación de que si hay algún sitio en el que es necesario tenerlo todo en cuenta, ese sitio es la administración de justicia.

35 Por fin encontraron los ascensores y una de las ascensoristas les dijo dónde estaba el despacho del juez Bertoia. Cuando llegaron a la 7ª planta, les dijo qué puerta del pasillo era la del despacho.

Era un pasillo largo y sinuoso. En algunos sitios había también rampas que subían y bajaban. Al ir avanzando pasaron por delante de algunas salas. Las puertas tenían cristales a través de los cuales pudieron echar una ojeada y ver los juicios que se estaban celebrando en algunas de las salas. En una vieron un hombre sentado en el primer banco con las manos esposadas. En otra vieron cómo unos policías separaban a un niño de su familia, mientras tanto el niño como su familia lloraban intentando que no les separaran. En otra más vieron al juez, con su toga negra, levantándose para abandonar la sala y a todo el mundo de pie. A cada sala que veían, Fran, Mark y Sandy se ponían más solemnes. 5 10

Al final llegaron al despacho del juez, en cuya puerta sólo estaba el número 743. Una secretaria que estaba en una primera habitación, les condujo al despacho de dentro donde se encontraba Bart. Se sentaron enfrente de él, algo incómodos sin saber cómo empezar. Sin embargo, Fran logró superar su inhibición y empezó a decir: «Juez...» 15

—Para vosotros soy Bart en la clase —dijo Bart sin dejar que terminara—. No veo por qué va a ser diferente aquí.

—De acuerdo —dijo Fran, sintiéndose un poco más relajada—. Lo que queremos que sepa es que hemos estado haciendo algunas investigaciones en el caso de Mark porque creemos que es inocente y queremos que no se le eche la culpa de nada. Por eso, hemos pensado que, si nos dice cómo van sus averiguaciones, nos gustaría compartir con usted lo que nosotros sabemos. 20 25

—¿Cómo van mis averiguaciones? —les contestó Bart riéndose y echándose un poco hacia delante—. No he hecho ninguna averiguación. Por lo que se refiere al caso de Mark, no sé mucho más de lo que sabía cuando se me asignó el caso. En cierto sentido, me parece que he aprendido un montón de cosas, pero nada sobre el caso. Pero me ha parecido entender que habéis descubierto algo que yo debería saber. 30

—Me gustaría poder decir que tenemos pruebas que exculpan a Mark o pruebas de que fue otra persona —dijo Fran—. Pero en realidad no las tenemos. 35

—Bien; parece entonces que no tenemos muchas cosas que

decirnos. Por lo tanto, me imagino que lo que queréis saber es lo que le puede pasar a Mark.

—No, espere un minuto —protestó Sandy—. No vayamos tan deprisa. No vinimos aquí para saber lo que le van a hacer a Mark.  
5 Vinimos para saber si hay alguna manera de ayudar a Mark a librarse de todo esto.

—Muy bien —dijo Bart—. Dadme al menos alguna idea de lo que estáis buscando.

—De acuerdo —contestó Sandy—. Denos una lista con las  
10 fechas y lugares de todos los casos de vandalismo que se han producido en el último año.

—Eso es fácil. Justamente tengo aquí un informe que contiene precisamente esos datos.

Bart abrió un cajón de la mesa y sacó una gruesa carpeta de la  
15 que extrajo unos papeles. Se los pasó a Sandy que los leyo con atención, mientras Fran los leía por encima de un hombro y Mark por encima del otro hombro.

—No nos dice nada —comentó Mark, finalmente, algo desanimado.

20 —Sólo unos cuantos asaltos —añadió Sandy que parecía también deprimido.

Pero Fran sacudió un poco la cabeza y siguió analizando los papeles que Sandy había tirado encima de la mesa de Bart. Después comentó:

25 —Esas fechas... Así no me dicen nada. ¿Puede prestarme un calendario, Bart?

Bart sacó un calendario que llevaba en su billetera. Fran comparó cuidadosamente cada fecha del informe con las fechas del calendario, anotando al lado de cada informe policial el día de la semana en  
30 el que se había cometido el delito. Después levantó la vista hacia Bart y dijo lentamente:

—Quizás sea una tontería. Quizás no signifique nada en absoluto. Pero tiene nueve informes de actos de vandalismo y siete de ellos se han cometido en viernes en los últimos doce meses. Y de esos siete,  
35 seis se han cometido en colegios.

—De acuerdo —dijo Bart—. ¿Qué piensas entonces?

—Pienso que debe haber alguien que tiene la costumbre de asaltar los colegios los viernes por la noche.

—¡Tienes razón! —exclamó Sandy con entusiasmo—. Si es así, ¿qué pasa con la teoría sobre los motivos de Mark? La gente anda diciendo que Mark debió perder la cabeza de pronto. Pero lo que acabamos de ver muestra que quienquiera que entrase en la escuela esa noche, tenía la costumbre de asaltar los viernes por la noche. 5

—Interesante —dijo Bart acariciándose la barbilla—. Es sugerente. Desde luego podría tratarse tan sólo de una coincidencia. Pero si vuestra hipótesis es correcta, probablemente estemos frente a alguien con un antiguo y profundo resentimiento contra los colegios. 10 ¿Dónde podremos hallar una persona así?

—Sandy —dijo Fran con una sonrisa—, realmente parece un trabajo hecho a tu medida.

## Capítulo VII

**L**A TIENDA del padre de Mickey se encontraba en un barrio formado en su mayor parte por oficinas e industrias. Allí no vivía mucha gente, a pesar de que algunos de los antiguos edificios de almacén habían sido convertidos en estudios o apartamentos. Pero la calle en la que se encontraba la tienda era una calle con bastante animación y una mirada a los escaparates que se alineaban a lo largo de las aceras hacía ver que muy pocas de aquellas tiendas tenían poca ocupación.

Adosada a la puerta de la tienda había una campana de un estilo anticuado, puesta de tal forma que, cuando Mickey y sus amigos entraron, un agradable ding-dong anunció su llegada. Echaron una ojeada por la pequeña habitación que ocupaba todo el espacio de la tienda; estaba dividida irregularmente en cuatro partes. En la parte de enfrente había libros usados y discos. En la parte de atrás, a la derecha, unos cuantos percheros grandes en los que colgaban vaqueros y otras prendas de trabajo, mientras que a la izquierda había un pequeño mostrador con alimentos dietéticos para tomar. El negocio solía disminuir según se acercaba la hora de cerrar y por eso encontraron al padre de Mickey solo detrás del mostrador.

Mickey les había explicado a sus amigos que pasarían primero por la tienda para charlar un rato con su padre, que no podría asistir a la reunión en el apartamento a causa de una cita de negocios que tenía a última hora de la tarde. Había ocho taburetes en el mostrador, justo para la señorita Williams, Bart y los seis estudiantes. Después de las presentaciones, el padre de Mickey sirvió a cada uno

udios o  
nda era una  
que se

unos yogures helados «al estilo de la casa», justo como Mickey dijo que haría. Pero a Mickey no le parecía demasiado bien lo del yogur, por lo que exclamó:

—¡Eh, papá!, ¿qué te parece si me pones una leche batida?

—¡Cómo no! —replicó su padre sonriente—. ¿Cómo la quieres? 5  
Con germen de trigo o con semillas de soja?

—Vamos, papá —gruñó Mickey—. ¿No tienes nada que sea para personas que no están obsesionadas por la salud?

—¿Qué te parece si le añado levadura de fermentar? ¿Y si utilizo leche de cabra? ¡Re-al-men-te sa-bro-so! 10

Los amigos de Mickey seguían el diálogo con aire divertido. Mickey aceptó el yogur helado mientras que su padre limpiaba el mostrador con un trapo húmedo.

—¿Cómo te fue en la escuela hoy? —preguntó el señor Minkowski, esperando comenzar así la conversación. 15

—No muy bien, pero los compañeros que fueron el otro día a casa de Laura han estado discutiendo sobre lo que se debería permitir a los niños que hicieran.

—¡Ah! ¡Estuvieron discutiendo sobre la libertad!

—Supongo. 20

—Libertad, estoy segura que podrás escucharla aquí en muchos discos de rock —dijo Jane.

—¡Uf! —dijo Mickey en tono de burla—. ¡Cantantes de rock! ¿Qué sabrán ellos?

—¿Qué sabe nadie? —murmuró la señorita Williams—. Nunca nos lo tomamos suficientemente en serio como para hablar de ella y sacar algo en claro. 25

—Mickey, ¿serías capaz de preparar unos vasos de leche batida? —dijo el señor Minkowski, mientras se apretaba un poco más el lazo del delantal. 30

—¿Estás hablando en broma? —preguntó Mickey mientras se estiraba un poco. A continuación, dirigiéndose a sus amigos, dijo—: ¿También para ellos?

—Desde luego. Un vaso de leche batida para todo el que diga su propia definición de la libertad, y que no repita lo que otros han dicho. ¡Paga la casa! ¡Barra libre! 35

- Eso le da ventaja al primero que hable! —comentó Harry con una medio sonrisa.
- ¡Muy bien! —replicó Anne—. Entonces yo seré la primera. Lo que yo digo es que ser libre consiste en ser capaz de expresarte por ti mismo. Deme la leche con chocolate.
- 5 —¡El siguiente! —dijo el señor Minkowski, y se puso a continuación a preparar la leche batida con chocolate.
- Tú eres libre —dijo Jane— cuando puedes vivir de tal manera que nadie se meta contigo. Fresa.
- 10 —Eres libre —afirmó Sandy— cuando tienes todo lo que necesitas y no tienes nada que temer. Chocolate, por favor.
- Me toca a mí —dijo Mickey—. Lo que yo quiero decir es que sólo soy libre si puedo hacer lo que quiero hacer —y rápidamente añadió—: Piña.
- 15 Bart carraspeó y, cuando todo el mundo se volvió hacia él esperando su definición, dijo:
- No puedes ser libre en un mundo que no es libre. Ser libre significa vivir en un mundo regido por la ley. Frambuesa.
- Sólo hay libertad donde tú puedes intervenir en la elaboración de las leyes que rigen tu vida y donde las leyes tienen sentido —comentó Harry—. Chocolate con avellana, señor Minkowski.
- 20 —No sólo las leyes tienen que tener sentido —objetó la señorita Williams—. *Todas* las instituciones bajo las cuales vivimos deberían tener sentido. *Y* deberíamos ser capaces de hacerlas responsables de lo que hacen. Sólo entonces seremos libres. Vainilla.
- 25 —Para mí es más difícil, pues soy la última —dijo Suki riéndose—. Me temo que no quede ninguna buena definición que no se haya dicho ya. Probaré con ésta: eres libre cuando puedes hacer lo que crees que es mejor. *Y* qué os parece, mmm..., veamos, una leche batida con café.
- 30 —En seguida está la leche con café —dijo el padre de Mickey—. Desde luego, habéis avanzado un poco.
- Señor Minkowski, todavía no le hemos escuchado a usted —dijo Suki—. ¿Cuál sería su definición de la libertad?
- 35 Después de mirarla durante un momento por encima de sus gafas, le contestó:

—Necesito por lo menos seis pares de manos para preparar todas estas leches batidas y todavía pretendes que te defina la libertad al mismo tiempo.

—Vamos, papá —le aduló Mickey—, tú puedes hacerlo. Siempre me dices que puedes rascarte el estómago, darte palmadas en la cabeza y mover las orejas al mismo tiempo. 5

—Muy bien. No me gusta que nadie me dé órdenes y no me gusta dar órdenes a nadie. Todo lo que quiero es ser mi propio jefe. Esa sería mi definición de libertad: ser tu propio jefe.

—Mickey, ¿te importaría que volviéremos a hablar de tu definición? —preguntó Jane—. Dijiste que eres libre sólo si puedes hacer lo que tú quieres hacer. Pero imagínate que fueras un ladrón que estuviera en la cárcel y que tuvieras miedo de salir cuando se cumpliera tu sentencia, pues la banda estaba esperándote. Pero el guardián te diría que tenías que irte. ¿Serías libre? 10 15

—Desde luego que no —contestó Mickey—. No estaba haciendo lo que quería hacer.

—Por otra parte —contestó Jane—, imagínate que el guardián te dijera que podías quedarte en la cárcel todo el tiempo que quisieras. ¿Serías libre entonces? 20

—Completamente —insistió Mickey.

—Por tanto, hay gente en la cárcel que es libre y gente por la calle que no lo es, ¿no es cierto? —dijo con indignación—. ¡Eso es ridículo!

—¡Ah! —respondió Mickey con un aire de modestia—. No siempre tengo razón, pero tienes que admitir que soy una persona fascinante. No, no digas nada. Odio la insinceridad. 25

—Eh, chicos, parad —dijo Harry—. Estáis en dos niveles diferentes. Hasta ahora hemos hablado de la libertad *en la sociedad*. Se trataba de saber hasta dónde puede llegar la sociedad en el control de las personas individuales. Pero Mickey habla de algo distinto. Habla de si las personas están o no están *determinadas*, ya sabéis, de si las cosas *tienen* que suceder como suceden. Esa es una clase diferente de libertad y hay que discutirla de otra forma. 30

—Harry tiene razón —dijo el señor Minkowski. 35

—Muy bien —dijo Jane—, y más todavía, eso nos da cuatro

posibilidades. Mirad, podemos ser libres o determinados, en el sentido en que habla Mickey, y podemos tener o no tener libertad política, en el sentido en que habla Harry. Por lo que a mí respecta, digo que estamos determinados y que no tenemos libertad política.

5 —Yo no digo que estamos determinados, pero que la sociedad nos permite libertad política —respondió Anne rápidamente.

—Dejadme participar en este juego —se rió Suki—. Yo digo que no estamos determinados y no tenemos libertad en la sociedad.

—Y mi opinión... —comenzó a hablar Sandy.

10 —Oh, chico. Te apuesto lo que quieras a que será una sorpresa —le interrumpió Jane.

—... no estamos determinados y tenemos libertad política —continuó Sandy sin inmutarse.

15 —¡Vaya juego más tonto! —exclamó Mickey—. Puedes tomar dos ideas cualesquiera y combinarlas de cuatro formas diferentes, pero ¿de qué se trata?

—Vamos, Mickey —dijo Jane—. Sólo estamos intentando que tú te mantengas como una persona honesta.

20 Mickey apuró los restos de leche batida que le quedaban en el vaso y a continuación se dio una palmada en la frente mientras decía:

—Todo el que es una persona profunda tiene que soportar muchas dificultades e incomprensiones en este mundo. Todos los demás quieren que sea tan superficial como ellos. No es fácil ser profundo. Pero, vamos, mejor nos largamos. Mi madre nos está  
25 esperando.

\* \* \*

30 El apartamento en el que vivían Mickey y su familia estaba en una casa situada a no mucha distancia de la tienda y en un cuarto piso. El edificio había sido anteriormente un almacén, pero hacía unos años que lo habían renovado parcialmente y algunas zonas las habían convertido en apartamentos. El apartamento de los Minkowski servía también como estudio para la madre de Mickey. Había una amplia  
35 claraboya, algo que Sandy no había visto nunca. Y había también algunos caballetes justo debajo de la claraboya, con cuadros en dife-

rentes etapas de ejecución (aunque Jane le susurró a Harry que ella era incapaz de distinguir los que estaban terminados y los que acababan de ser empezados).

Los visitantes se dieron cuenta a continuación de otra cosa. Excepto dos habitaciones cerradas a ambos lados, el apartamento era simplemente una sola gran habitación. Aparentemente la sala original de almacenaje no había sido renovada para convertirla en un apartamento normal. Pero el suelo había sido dividido por medio de anchas rayas pintadas, formando cuatro áreas diferentes. Una tenía la cocina y un rincón en el que había una especie de amplio sofá hecho de sacos de harina rellenos de goma espuma. La segunda zona era la de Mickey, con una parte pequeña e íntima para dormir. El resto pertenecía a los padres, pero en una mitad estaba el banco de carpintero del señor Minkowski en el que se dedicaba a hacer figuras de ajedrez en marfil y nogal. La otra mitad, evidentemente, era el estudio de la señora Minkowski. Sus límites estaban pintados con rayas rojas; las del señor Minkowski eran verdes; las de Mickey, amarillas, y las que correspondían al área común eran azules. Anne, dede luego, estaba impresionada con el estudio.

—¡Nunca nos dijiste que tu madre era una artista profesional! —le dijo a Mickey con un tono de reproche—. Mi madre también pinta, pero sólo es una aficionada.

—¿A qué viene que te molestes? —le respondió Mickey encogiéndose de hombros.

En ese momento su madre le llamó desde la otra esquina del apartamento y le dijo:

—Michael, ¿te importaría, por favor, alejar a tu gato de mis cuadros? No sé por qué le gusta tanto la paleta, pero siempre está enredando y poniéndolo todo patas arriba.

—¡Michael! —exclamó Sandy con asombro—. Todos nosotros le llamamos Mickey.

Se acomodaron en todos los sitios en los que uno podía sentarse en la zona próxima a la cocina, y la señora Minkowski comentó, dirigiéndose a Mickey:

—Supongo que os habréis parado en la tienda de tu padre cuando veníais para aquí, como habíamos quedado.

—Claro —respondió Mickey—. Estuvimos hablando un rato y luego vinimos directamente para aquí.

—¿De qué hablasteis?

Mickey le explicó que habían estado discutiendo sobre la libertad  
5 y les pidió a los demás que repitieran sus definiciones. La señora Minkowski les escuchó con atención y luego dijo:

—Todas suenan muy bien. Si hubiera alguna forma de ponerlas todas juntas, ésa sería mi definición.

—Señora Minkowski —dijo Bart—, no es que pretenda cambiar  
10 de tema, pero tengo una gran curiosidad para saber lo que significan las líneas del suelo. ¿Podría decirme por qué están ahí?

—Bien —contestó riéndose—; cuando nos mudamos a vivir aquí, al principio parecía que estábamos metiéndonos siempre en el camino de los demás. Y lamento tener que reconocer que todos los  
15 miembros de esta familia tenemos un temperamento fuerte, por lo que eran frecuentes las disputas, normalmente sin ningún motivo. Al final nos decidimos por pintar las líneas y separar zonas. Cuando mi marido o Michael están en sus propias zonas, son los reyes allí. Cuando yo estoy en mi zona, yo pongo las reglas. Pero en el área  
20 común todos somos iguales.

—No creo que yo fuera capaz de vivir con semejantes disposiciones —dijo Bart, mientras movía lenta y gravemente su cabeza de un lado a otro.

—Yo tampoco —añadió Harry.

25 Pero Anne y Jane dijeron que a ellas sí les gustaría tener algo parecido, pero que estaban seguras de que sus padres nunca aceptarían. La señorita Williams, que no dejaba de parecer seria y preocupada a pesar de estar sentada en los sacos de harina, dijo:

30 —Mickey, tú dijiste esta tarde que eras libre sólo si podías hacer las cosas que querías hacer. ¿Podrías explicarnos eso mejor?

—Es bien fácil —respondió Mickey con voz agradable—. Todo el mundo tiene cosas que quiere, ¿no es cierto? Todo el mundo tiene deseos, ¿verdad? Pues bien, sólo aquellas personas que pueden *cumplir* sus deseos son libres. Por ejemplo, dos de nosotros tienen  
35 sed, Sandy y yo. Y supongamos que yo soy el único que puede conseguir algo de beber. Entonces yo soy el único que es libre.

—¿La libertad es para ti solamente cuestión de hacer lo que te apetece?

—¡Desde luego! Yo no soy libre de querer o no querer. No puedo escoger, por ejemplo, *no tener sed* o *no tener hambre*. Pero si tengo sed, sólo soy libre si puedo conseguir algo para beber.

5

—¡Qué tozudo eres, Mickey! —interrumpió Jane—. Pero lo que dices y lo que haces son dos cosas diferentes. Porque la verdad es que la única vez que tú eres libre es cuando estás en este piso, en la parte que está pintada de amarillo.

Por un momento Mickey pareció aturdido. Un instante después volvía a aparecer el Mickey airoso de siempre, y en un tono confidencial dijo:

10

—Déjame que sea el primero en reconocerlo, Jane. No estás *completamente* equivocada. Quizá sólo un poco, pero no del todo. En todo caso, tratándose de ti, eso está bastante mejor que lo normal.

15

—Michael —dijo la señora Nikowski con una voz tan grave que sonó casi como un gruñido.

—Está bien, *está bien* —respondió Mickey rápidamente, y continuó dirigiéndose a Jane—. ¿Qué te parece si me dices lo que significa para ti la línea amarilla?

20

—Es como una valla —dijo Jane—. Aquí está separando una familia y un miembro de la familia. Pero existe también una valla, o una línea, entre la sociedad y cada miembro individual de esa sociedad.

25

—¿Por tanto, la sociedad impone las reglas en su lado de la línea y cada individuo las impone en su lado? —preguntó Bart.

—Mientras tú no hagas daño a otra persona, eres tú el que te pones las normas —respondió Jane.

La señorita Williams, con los ojos semicerrados, había estado mirando a Jane atentamente. Entonces se levantó, fijó la vista en Jane y comentó:

30

—Me pregunto si podríamos aclarar lo que estás diciendo. ¿Te importa?

Jane se quedó algo perpleja y permaneció en silencio, por lo que la señorita Williams continuó:

35

—Tomemos la línea que divide el piso en dos partes. Imaginaos ahora que la señora Mikowski, Bart y yo permanecemos en un lado y somos la «sociedad». Los demás sois los «individuos».

Aumentaron las miradas de perplejidad, pero el juego fue rápidamente llevado a la práctica. Sandy preguntó:

—¿Qué hacemos ahora?

—Cada uno de vosotros, por turno, va haciendo algo. Nosotros, desde esta zona, responderemos. Cruzaremos la línea o no la cruzaremos. Sólo vamos a probar cómo funciona, ¿de acuerdo?

10 —Me parece muy bien —exclamó Mickey—. ¡Quiero ser el primero!

Inmediatamente rodeó con sus brazos a Jane y la abrazó. Jane le miró con aire tolerante y le dijo:

—¡Michael, querido, qué impetuoso eres siempre!

15 La señora Minkowski fue la primera que habló:

—Teniendo en cuenta las circunstancias, no debemos cruzar la línea. Si los dos queréis ser amigos, nos parece bien.

La señorita Williams y Bart asintieron con la cabeza.

20 —Me toca a mí —casi gritó Jane—. ¡Quítame las manos de encima, mono asqueroso! —y mientras gritaba, simulaba como si la estuvieran pegando y estuviera chillando.

—¡Aparta tus manos de esa pobre chica indefensa, Minkowski! —exclamó Bart, provocando la risa en casi todos ellos—. En un caso como éste, la sociedad tiene que intervenir. Si haces daño a tu vecino, o incluso si planeas hacerle daño, debemos intervenir.

25 —Todo el mundo estuvo de acuerdo. Suki pidió ser la siguiente y se sentó en el suelo tranquilamente, con los ojos cerrados.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la señora Minkowski.

—Estoy pensando en cosas peligrosas.

30 —¡Ah! —dijo la señorita Williams—. Eso no es cuestión nuestra.

Inmediatamente Ann se puso cabeza abajo, y cuando la preguntaron lo que estaba haciendo, contestó:

—Simplemente estoy siendo diferente. Eso es todo.

35 —Tampoco es asunto nuestro —dijo Bart—. Tú puedes ser todo lo poco corriente que quieras. Siempre que no hagas daño a otras personas, no eres un problema que nos incumba.

—Me toca a mí —dijo Harry—. Estoy a favor de cambiar el mundo y todo el mundo tiene que hacer algo para conseguirlo.

—¡Ah, ya lo entiendo! —dijo Bart—. Quieres ver si respetamos tu libertad de opinión, ¿no es así?

—Exacto —dijo Harry.

5

—Normalmente te contestaría que *totalmente* —comenzó a hablar Bart de forma dubitativa.

—Pero yo soy un menor de edad y le parece ver un problema en ello, ¿no es cierto? —le dijo Harry.

—Es cierto.

10

Hubo un prolongado silencio que rompió la señorita Williams diciendo:

—Sandy, ¿qué haces tú?

Sandy se sentó acariciándose la barbilla, sumido en profundos pensamientos. Luego simuló coger una botella de algo, desenroscar el tapón y beberse todo el contenido. A continuación se levantó, fue dando tumbos por toda la habitación y se volvió a sentar, con la cabeza entre las rodillas. Nadie dijo nada desde la zona de la sociedad. La madre de Mickey parecía estar totalmente perturbada, y por fin habló:

15

20

—Tenemos que intervenir no sólo cuando tú pones en peligro a los demás, sino cuando te pones en peligro a ti mismo. Digo que no cabe duda, y que deberíamos cruzar la línea y quitarte la botella.

Mickey miró al suelo y no dijo nada, pero Jane dijo:

—No estoy de acuerdo. Se nos debe permitir cometer nuestros propios errores. No podéis estar siempre alrededor nuestro intentando protegernos. Si intentáis que no nos hagamos daño, nunca seremos capaces de tener aventuras, o de asumir riesgos, o de hacer algo nuevo o diferente, sólo porque vosotros pensáis que puede ser peligroso para nosotros.

25

30

—Lo lamento, pero no lo veo del mismo modo de ninguna manera —replicó la señora Minkowski—. Si fuerais adultos, estaría de acuerdo contigo; pero no lo sois. Somos responsables de vosotros hasta que seáis lo suficientemente mayores como para ser responsables vosotros solos.

35

Sin embargo, fuera lo que fuera lo que Jane pensara o intentara

decir, permaneció en silencio, sentada con los labios apretados, mirando fijamente a Bart, la señorita Williams y la señora Minkowski.

—Anda, vamos —dijo Bart—, es sólo un juego y ha sucedido que ha salido un tema espinoso. No nos lo tomemos demasiado en serio.

5 Podemos hablar un pocco más de ese tema en otro momento.

—Nada de eso, Bart —dijo Sandy—. Reconozcámoslo, hablaremos de eso el resto de nuestra vida. Por eso está bien, ¿no es verdad?

10 En aquel momento se abrió la puerta y entró el padre de Mickey, llevando una gran bolsa de papel. Se acercó a una mesa y sacó un recipiente.

—Helados hechos con leche de cabra. ¿Alguien quiere? —preguntó amablemente.

15 —¡Beeee! —dijo Mickey, imitando el sonido de la cabra lo mejor que pudo—. Chicos, si sigo comiendo cosas de éstas, voy a empezar a echar de menos la comida enlatada.

## II

20

—Sandy —dijo Fran—, eres nuestra única esperanza.

Sandy miró a Fran y Mark con una evidente falta de curiosidad.

—Esperanza, ¿para qué?

25 —Eres el único que conoce a Link y Casey lo suficiente, y sabes también donde viven —contestó Mark.

—¿Y...?

—Pues que ellos conocen a mucha gente que quizás hayan oído hablar del asalto al instituto. ¿No podrías por lo menos preguntarles?

30 —No os prometo nada. Podría ser gracioso. ¿Qué pasaría si ellos estuvieran implicados? De todas formas me pasaré por allí esta tarde a última hora

35 Aquella tarde Sandy se metió entre el gentío que se apiñaba en las aceras entre los puestos. Unas barreras al final de cada manzana impedían el paso de los coches y los comerciantes podían mostrar sus mercancías en cestos y barriles en la calle. Había incluso carritos empujados por hombres que ofrecían a voces dulces, perritos calien-

tes, helados y pastas. El olor de las castañas asadas llenaba el aire. Sandy se paró un momento para contemplar a unas personas que estaban mirando ropa de segunda mano que colgaba de unos percheros colocados a la puerta de una tienda. Otros revolvían unas cajas llenas de gorras de jugador de bolos. Al lado había una librería que tenía expuestos al aire libre mesas llenas de libros usados, pero nadie parecía prestar mucha atención a los libros. Un grupo se agolpaba en un pequeño trozo de acera donde estaba un hombre exhibiendo dos monitos de juguete que se movían frenéticamente, se quitaban mecánicamente los gorritos y agitaban sus colas de un lado a otro como si fueran gatos furiosos. 5 10

Luego Sandy avistó por fin a Casey y Link. Tenían una mesa de juego desvencijada en la que habían puesto un trozo de hule. En la valla de un solar que había detrás de ellos habían colgado una rueda muy grande con números. A Casey le tocaba hacer girar la rueda mientras que Link hacía el papel del animador. La gente tenía que poner monedas en uno de los número del hule y entonces Casey hacía girar la rueda. Algunas veces los que apostaban ganaban, pero la mayor parte de las veces era Link el que se quedaba con el dinero. Se estaba haciendo ya de noche y Casey quería irse, diciendo que ya habían hecho bastante ese día. Link se rió, dobló el hule y la mesa de juego y descolgó la rueda. Al ver a Sandy dijo: 15 20

—¿Qué haces tú por aquí?

—Estoy echando una ojeada —dijo Sandy con algo de precaución. 25

—¿Te apetece compartir una pizza con nosotros? —le preguntó Link—. Tenemos un montón de pasta esta noche, para variar.

—¿Qué os parece ir a ese sitio de ahí enfrente y llevarnos una pizza a casa? —dijo Casey al ver que Sandy estaba de acuerdo—. Estoy harta de comérmela en la acera. ¡Eh, Link! ¡La quiero de salami! En realidad, no te lo creerás, pero Link podría llegar a ser un gran cocinero. Ese es nuestro mayor deseo, tener un restaurante propio algún día. 30

La casa resultó ser una habitación en una edificio abandonado. Link había conseguido energía eléctrica enganchando un cable al anuncio de una tienda de bebidas en el portal de al lado. Y todas las 35

veces que habían cortado el agua, Link había conseguido de alguna manera volver a tenerla.

—¿Os ponéis todos los días en la calle con la ruleta? —preguntó Sandy mientras Link encendía la única bombilla que colgaba encima del fregadero.

—¡Qué va! —dijo Link mientras abría la caja de la pizza—. Algunas tardes jugamos a las cartas, otras utilizamos los cubiletes.

—¡Cubiletes! —exclamó Sandy—. ¿Hacéis trampas?

—Hacemos trampas con todo —dijo Casey cortante—. Con la ruleta, las cartas, los cubiletes... Los llamamos los tres pequeños cambios.

—Bueno —comentó Sandy, estirándose en la única silla de la habitación y saboreando su pizza—. A la gente le gusta jugar; así es la naturaleza humana.

—No hay nada que se pueda llamar naturaleza humana —afirmó Casey bruscamente.

Sandy no olvidaba el motivo de su visita. Se dio cuenta de que le estaban metiendo en una discusión, pero consiguió permanecer callado. Sin embargo, ni Link ni Casey tenían intención de abandonar el tema.

—¿Tú qué opinas, Sandy? —dijo Link con un poco de guasa en el tono de su voz—. ¿Crees que la gente es competitiva por naturaleza?

—¡Tienes toda la razón! —soltó Sandy, que ya no pudo permanecer callado por más tiempo—. Querer competir es algo completamente natural.

—Claro que es completamente natural querer competir —dijo Casey, que seguía utilizando un tono algo cortante—. Pero también es completamente natural el querer cooperar. Tenemos tendencias naturales para hacer las dos cosas, y no hay nada malo en ninguna de ellas. Pero es ahí donde se produce el Gran Cambio.

—¿El gran cambio? —preguntó Sandy algo sorprendido.

—Así es como nosotros lo llamamos —dijo Link riéndose, nada más terminar de comerse un trozo de pizza—. Sucede en todas las sociedades. Si tienen instituciones en las que se valora la cooperación, pretenden que se debe a que la gente es cooperativa *de naci-*

miento. Y si tienen instituciones competitivas, pretenden decir que se debe a que la gente es competitiva *de nacimiento*

—Pero eso tiene sentido —exclamó Sandy—. Las sociedades ajustan sus instituciones para que coincidan con la naturaleza humana.

5

—Claro, eso es lo que la gente *pretende* hacer y así no tienen que cambiar las cosas para mejorarlas —dijo Link, cuya voz había adquirido un tono más amargo—. Pero *de hecho*, aunque todo el mundo nace con las mismas tendencias, algunas tendencias se castigan y otras se premian. Por eso los niños que nacen en familias de pueblos cazadores terminan siendo más agresivos y los que nacen en familias campesinas terminan siendo pacíficos.

10

—Y a los chicos se les enseña a ser agresivos y a las chicas se les enseña a ser dóciles —añadió Casey—. Ten por seguro que todos ellos han nacido con las mismas tendencias, pero la sociedad potencia unas y consigue que desaparezcan otras.

15

Link terminó de engullir el último trozo de pizza que tenía. Después comentó:

—En ambos casos, la sociedad achaca los resultados a la naturaleza humana, nunca a sí misma. Pero el hecho es que las instituciones sociales no son como son a causa de la naturaleza humana. Más bien es al contrario: los seres humanos son como son porque así les hacen las instituciones sociales en las que viven.

20

—Ese es el Gran Cambio —dijo Casey—. Ves, nosotros hacemos tan sólo tres pequeños cambios. La verdad es que sólo somos unos aficionados.

25

—¡Anda ya! —protestó Sandy—. Estáis exagerando. Fijaos en lo que acabáis de decir. Estáis totalmente equivocados. Las chicas son *por naturaleza* menos agresivas que los chicos.

—¿Qué te apuestas? —le desafió Casey.

30

—¡Vamos, Sandy! —dijo Link—. Por fin te hemos picado. Por un momento hemos llegado a creer que estabas asustado o algo por el estilo.

Sandy hizo una ligera mueca, suponiendo que sería un buen momento para explicarles por qué necesitaba su ayuda. Le miraban con curiosidad mientras les explicaba su misión.

35

—No tenemos nada que ver con Mark —dijo Link—. Pero puedo decirte que...

—¡Para! —exclamó Casey, dando un ligero golpe en la rodilla de Link—. Iremos contigo a hablar con ese juez. Pero sólo si antes le  
5 explicas cuál es el trato.

—¿Cuál es el trato? —preguntó Sandy algo sorprendido.

—Un trabajo —dijo Casey—. Si es posible, que sean dos; pero por lo menos queremos uno.

Una sonrisa de agradecimiento apareció en el rostró de Sandy, le  
10 ofreció la mano a Link y se la estrechó.

—Lo más que puedo hacer es pedírselo —dijo.

Sandy se quedó algo pensativo, preguntándose si aquello era el cuarto pequeño cambio o el segundo gran cambio.

## Capítulo VIII

**E**N SU segunda visita al despacho de Bart, la delegación la formaban Fran, Mark, Sandy, Lisa, Link y Casey. Fran fue directamente al grano y dijo:

—Hemos estado poniendo todas las piezas juntas y creemos que ya podemos decirle cómo ocurrió. ¿Qué te parece si empiezas tú, Lisa? 5

—Lo primero que quiero que sepa —le dijo Lisa a Bart— es que podría haber hablado antes, pero estaba todo tan liado en mi cabeza que ni siquiera era capaz de saber lo que había ocurrido. Fui tan tonta que no me di cuenta de lo celoso que estaba Greg; sin embargo, no me sentía cómoda con él. Pero déjeme contarle lo de aquel viernes por la noche. Esperaba encontrarme con Mark en el partido de baloncesto, pero no estaba muy segura de si iría ya que le habían prohibido jugar. Yo sabía que, siempre que no tenía nada que hacer a última hora de la tarde, salía a correr más o menos una hora. 10 15

»Bueno, vi que se iba de la grada nada más empezar el partido, pero antes de que pudiera alcanzarle, se había marchado y había desaparecido. Cuando salí fuera del gimnasio, le vi que cruzaba la pista de atletismo corriendo en dirección al Instituto. Entonces le seguí, pero de pronto encontré a Greg que me cortaba el paso. Nos quedamos en medio de la pista de atletismo, e insistió en hablarme. Más aún, aunque entonces no me di cuenta de nada, no paró de moverse de tal forma que siempre estaba dando la espalda al gimnasio y yo siempre daba la espalda al Instituto. Luego, de repente, fue como si hubiera visto algo, como si alguien le hubiera dado una señal, y se marchó corriendo. 20 25

»En ese momento estaba tan confusa que no supe qué hacer. Era la primera vez que Greg había hecho algo que no me inspiraba confianza. Estaba desesperada intentando encontrar a Mark. Tenía el presentimiento de que algo raro estaba sucediendo, pero no tenía ni  
5 idea de qué podría ser. Como había visto a Mark corriendo en dirección al Instituto, me imaginé que debía empezar a buscarle por allí. Lo primero que noté al llegar al Instituto fue que estaban encendidas algunas luces. Quizás las había visto encendidas antes, pero no había prestado atención. En todo caso, estaba mirando las ventanas ilumi-  
10 nadas cuando de pronto vi a Mark que andaba en una de las clases. Fui corriendo a la puerta principal y fue entonces cuando me di cuenta de que la habían roto y evidentemente pude ver todos los destrozos al entrar.

»Atravesé corriendo el vestíbulo buscando a Mark, pero no pude  
15 encontrarlo. Tenía miedo de llamarle en voz alta. Entonces escuché de pronto un coche que se acercaba. Me asomé a una ventana y vi que era el coche de la policía. Pude oír cómo subían las escaleras y me escondí en unos servicios. Luego pude escuchar los pasos de alguien que salía corriendo y de otros que iban tras él. Me sentía muy  
20 mal. Me di cuenta de que habían cogido a Mark. No podía creer nada de lo que pasaba, excepto que Mark era el que había hecho todos aquellos destrozos. Eso es todo lo que puedo decirle.

—No creo que sea necesario que nos digas nada más —dijo Fran—. Mark, ¿qué te parece si continuas tú contándonos lo que te  
25 pasó?

—En realidad no es muy distinto a lo que ya he contado antes. Me fui del partido de baloncesto porque quería correr un rato para despejarme la cabeza y aclararme las ideas. Fui corriendo por Franklin Street durante unos quince minutos y luego volví por Madison  
30 Street. Pensé que quizás lo mejor sería volver y ver el segundo tiempo del partido. Pero cuando pasaba por delante del Instituto me di cuenta de que la puerta estaba rota y entré.

—Antes me habías comentado que pensaste que quizás estabas ido —comentó Fran—. También he oído a otros que dicen que tú no  
35 estabas muy seguro de no haber sido tú. Eso suena fatal para ti. ¿Qué puedes decirnos ahora?

—Fue gracioso —contestó Mark—. ¿Habéis tenido alguna vez la sensación de estar viendo algo por segunda vez, como si ya hubiera sucedido antes, incluso estando seguros de que no es posible? Bueno, pues eso es lo que pensé cuando me acercaba a la puerta del Instituto: era como si ya hubiera sucedido, como si fuera una película que ya había visto pero hubiera olvidado cuándo. Por eso, cuando vi todo aquel lío, durante un momento muy extraño me pregunté si *podría* haber sido yo y seguí haciéndome esa pregunta mientras atravesaba las habitaciones, incluso aunque entonces ya estaba seguro de no tener nada que ver con el asalto.

—Gracias, Mark —dijo Fran—. Muy bien, Link; te toca a ti. ¿Qué puedes decirnos?

—No me resulta fácil decir lo que voy a deciros. Se trata de mi primo Freddie.

Bart levantó las cejas, pero no dijo nada.

—Freddie abandonó el Instituto el año pasado, cuando tenía diecisiete años. Se había enzarzado en una pelea a puñetazos con un profesor. No voy a disculparle; Freddie tenía muy mal genio. El juez le obligó a hacer todo tipo de trabajos, trabajos sucios que normalmente hacen los celadores y eso terminó quemando completamente a Freddie. Entonces, como he dicho, se fue del Instituto y se puso a trabajar en una bolera. Trabajaba seis noches a la semana. Les caía bien a los dueños. Podría haber tenido un buen porvenir, haber llegado a ser el encargado o algo parecido.

»Pero Freddie no podía superar su odio hacia el sistema educativo. Lo primero que supe es que iba por ahí chuleándose de haber asaltado una escuela al otro extremo de la ciudad. Fue un viernes por la noche, la única noche que tiene libre. Al poco tiempo empezamos a llamarle Freddi «Viernes», como si fuera un apodo. ¿Sabe a qué me refiero? Más adelante, una noche casi lo cogen. Se llevó un buen susto. Entonces decidió que necesitaba alguien que vigilara. Siempre iba por ahí con amigos y me presentó uno de ellos, su nombre era Greg. Un tío divertido; era como si le gustaran las emociones, pero sin querer implicarse demasiado. Nunca hubiera tenido agallas para hacer algo por sí mismo.

—¿Dónde esta Freddie ahora? —preguntó Bart con calma.

—Ahí quería llegar yo. La noche después de asaltar la escuela de aquí, justo la noche siguiente, hubo un asalto en la bolera...

—¡Oh! ¡Recuerdo haber leído algo! —dijo Bart, abriendo más los ojos—. Fue él el chico que...

5     —¡Exacto! —contestó Link—. Él era el chico. Paró una bala. Todo fue muy rápido para Freddie. Pero luego también ha sido muy rápido para muchos amigos míos.

10    —Cuando eso sucedió —dijo Casey—, Link se quedó realmente impresionado. No dejaba de decirme: «No quiero terminar así, Casey. No es así como quiero terminar». Había oído hablar de otros chicos. Pero nunca le pareció que fuera real hasta que le ocurrió a Freddie. Y Freddie no estaba haciendo nada cuando ocurrió. ¡Sólo estaba atendiendo la tienda!

15    Fran se levantó y los demás hicieron lo mismo. Pero Link y Casey se entretuvieron unos minutos hablando en voz muy baja con el juez mientras Fran y los demás esperaran en el pasillo. Más tarde, mientras el ascensor iba bajando, Fran vio a Lisa en una esquina y a Mark en la otra.

20    —Venga, vamos —dijo—. No hay ningún motivo para que no os habléis.

Mark se puso colorado y Lisa dirigió la mirada al suelo. Pero se tocaron las manos, para volver a separarse en silencio.

25

## II

Bart se puso de pie y se dirigió a la clase.

30    —Me hubiera gustado poder invitaros a todos a comer alguna vez en lo que quedaba de curso. Incluso habría reservado un restaurante, el Acrópolis, que está en Mark Street y algunos ya conocéis. Pero ahora no me queda más remedio que pedir os que fiéis la invitación hasta más adelante.

Se escucharon algunos murmullos de queja.

35    —Mi esposa y yo —continuó Bart— habíamos planeado hacer un viaje por el Mediterráneo, pero han ocurrido algunas cosas que nos obligan a hacer ese viaje inmediatamente, sin aplazarlo más tiempo.

Por tanto, nos iremos el próximo sábado. A pesar de todo, me sentiré muy honrado si aceptáis ser mis invitados al menos un rato.

—No tiene más que decirnos el lugar —gritó Mickey.

—Muy bien. Es posible que conozcáis un pequeño sitio que está sólo a unas cuantas manzanas de aquí; se llama «Sólo postres». Normalmente no abren hasta las seis, pero el gerente es un viejo amigo mío y me dijo que abrirían a las cuatro solamente para nosotros el próximo viernes. ¿Estáis de acuerdo con la cita?

—Esta vez las quejas fueron sustituidas por algunos «Seguro», «Allí nos veremos», «No faltaré»

—¡Oh! Una cosa más —dijo Bart—. Por favor no os sorprendáis si mi mujer no habla mucho. Sólo lleva en nuestro país algunas semanas. Nos casamos en Atenas hace tres meses.

El viernes fue un día de tormenta y lluvioso. Incluso los que, como Mark, fueron corriendo a «Sólo Postres» estaban empapados al llegar. Cada nuevo grupo que llegaba se paraba un momento debajo de la marquesina que había a la entrada del local, mientras hilos de agua seguían deslizándose por sus ropas.

—Excelente día, ¿verdad, Tony? —dijo Harry cuando los dos estaban colgando sus cazadoras empapadas sobre el mismo perchero.

—Bueno... —contestó Harry—. Desde luego el tiempo es bastante malo. Pero el día es otra cosa.

—Fijaos. Tony está haciéndose el misterioso otra vez —dijo Millie.

—No soy nada misterioso —protestó Tony—. Lo que pasa es que siempre me ha parecido importante distinguir una cosa de las condiciones o circunstancias que la acompañan. Por ejemplo, si tocas un enchufe con las manos mojadas, te dará un buen calambre. Tú dirás: ¡Vaya calambre!, pero no dirás nunca: ¡Vaya enchufe!

—¡Ajá! —dijo Casey que había llegado sola hacía un rato y había escuchado lo que decían—. Lo que está mal ahí fuera es el tiempo, no el día.

—Exactamente —añadió Millie—. Yo sé que sólo puedo disfrutar de una película si se reúnen buenas condiciones: no sentarme al lado de gente que no para de hablar y molestar, una butaca cómoda, y

cosas como esas. Pero de lo que realmente disfruto es de la película, no de las condiciones

Ya habían llegado todos los demás cuando Bart y su esposa entraron en el local. Al poco rato estaban de pie charlando o  
5 mirando atentamente las muchas plantas de interior que había por todas partes, el busto de Mozart que estaba encima de un pedestal y las fotografías familiares algo amarillentas que, enmarcadas, estaban colgadas irregularmente en las paredes.

El amigo de Bart, el dueño, entró secándose las manos en el  
10 delantal. Era un hombre grande, de tez pálida, de la edad de Bart y su nombre era Chet Burchfield. Un poco después apareció otro hombre muy mayor, que andaba con dificultad, y se sentó en una mecedora que había en una esquina de la sala. Según supieron más tarde, era el padre del señor Burchfield. Y luego, inmediatamente  
15 después, entró una chica joven que se sentó en un taburete alto en otra esquina de la sala. Tenía una guitarra y empezó a rasgar las cuerdas suavemente. Suki y Anne se imaginaron acertadamente que se trataba de la hija del señor Burchfield. Le preguntaron su nombre y les contestó con una voz que casi no pudieron oír: «Nana.»

20 Bart presentó a su mujer, que dio la mano a todos. Se llamaba Elena. Tenía el pelo negro, con algunas mechas grises, y lo llevaba peinado con una raya muy marcada en el centro. Suki le dijo a Harry que no acababa de entender cómo alguien podía parecer tan tranquilo y silencioso y al mismo tiempo tan agradable. Y Anne le susurró a Suki: «¡Qué sonrisa! Es como si estuviera triste y contenta al  
25 mismo tiempo».

Por fin todos se sentaron en tres grandes mesas de madera colocadas formando una «U». El señor Burchfield encendió unas velas encima de las mesas y luego trajo algunas botellas de zumo de uva  
30 que, según dijo, había hecho él mismo. El zumo de uvas estaba suave y dulce y ninguno tuvo suficiente por lo que hubo que seguir trayendo botellas.

—¿Sabéis en qué estoy pensando? — exclamó Bart—. ¡Nadie ha ofrecido un brindis! Dejadme ser el primero: ¡Por todos vosotros!  
35 ¡Qué sepáis vivir con justicia!

Después se volvió hacia su esposa y le dijo al oído algo que pro-

vocó que ella moviera la cabeza. Volvió a dirigirse a su mujer y esta vez ella levantó su vaso mirando a todos los que estaban reunidos, se esforzó por encontrar una o dos palabras para expresar sus pensamientos y por fin dijo con un fuerte acento al hablar:

—Bart me ha hablado mucho de vosotros. ¡Por todos vosotros! 5

En ese momento les entregaron las cartas con los postres que podían escoger, siendo conscientes todos de lo absurdo y completamente extraño que era estar escogiendo postres a esas horas, justo antes de ir a comer. Y entonces, en un abrir y cerrar de ojos, habían rebañado las últimas migas que quedaban en sus platos y se 10 habían bebido la última botella de zumo de uva.

—Bart —dijo la señorita Williams con un sonrisa—. Creo que todos hemos tenido el postre que nos merecíamos.

—¿No consiste precisamente en eso la justicia? — comentó el señor Burhfield, que estaba limpiando un poco de zumo que se había 15 derramado en una mesa—. ¿En que todo el mundo reciba «justo» lo que se merece?

—No creo que sea así —observó Fran—. La justicia consiste en que todo el mundo respete los derechos de los demás.

—Pero Fran —objetó Lisa—, pueden ser las dos cosas. ¿Cómo 20 vas a saber con seguridad cuáles son los derechos de los demás?

—Están todos en la Constitución —dijo Randy con énfasis.

—Es posible que *algunos* estén recogidos en la Constitución —dijo Lisa—. Pero eso no significa que allí estén *todos*. Es posible ir añadiendo nuevos derechos a la Constitución. Quizás nunca termi- 25 nemos de añadir derechos.

Nadie respondió al comentario de Lisa. Entonces la chica con la guitarra empezó otra vez a tocar, esta vez todavía más suavemente. El pelo le tapaba los ojos, mientras entonaba una vieja melodía de Bob Dylan. 30

—Hay montones de cosas justas e injustas —soltó Mark—. ¿Pero existe una cosa como la justicia? Me refiero a que hay muchos casos de enfermedad, ¿pero realmente existe algo como la salud o la enfermedad?

—Estoy totalmente de acuerdo con Mark —dijo Fran—. Me 35 molesta realmente la gente que se pone a hablar de la «justicia». Es

una palabra que suena tan bien... y dice tan poco. Sin embargo, las *injusticias* son algo tan real para mí que casi puedo olerlas y tocarlas.

—Vamos, Fran —dijo Jill riéndose—. ¡Te pones siempre tan seria! Pero tampoco hace falta hacer grandes discursos sobre lo mal  
5 que están las cosas en el mundo. Todo el mundo sabe que eso pasa. Pero aún así y todo, jugar limpio es también importante y en eso creo que consiste la justicia, en jugar limpio y ser imparcial —Fran hizo un gesto rechazando la opinión de Jill, que se molestó y continuó algo más agresiva—. Bueno, ¿acaso no consiste en eso?

10 A Fran no la molestaba el tono desafiante de Jill. Lo que la molestaba era su incapacidad para responder a ese desafío. Había negado que el jugar limpio y la justicia fueran lo mismo, pero era totalmente incapaz de decir por qué no eran lo mismo. Mark tampoco le sirvió de ayuda. El no dijo nada, excepto comentar un poco enfadado:

15 —Sigo pensando que hay muchos fallos en la sociedad. Y aunque, si no hubiera leyes, las cosas irían peor, las leyes que tenemos podrían ser muchísimo mejores.

—Fran —dijo la señorita Williams—, ¿podrías darnos un ejemplo en el que la imparcialidad y la justicia no fueran lo mismo?

20 Pero Fran todavía estaba furiosa consigo misma. Seguía sin encontrar nada que decir y empezaba a sentir que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—Sabes —dijo la profesora—, no puedo decirte si esto te ayudará en algo, pero acabo de acordarme. Creo que entonces estaba  
25 yo en 4.º ó 5.º de básica. Ya no recuerdo el nombre de la maestra, pero en todo caso un día se presentó en clase con una gran bolsa de caramelos porque era su cumpleaños. Dijo que era un regalo para todos nosotros y que los iba a repartir equitativamente. Nosotros le dijimos que eso estaba muy bien, pero que nos explicara que quería  
30 decir con repartirlos equitativamente. Ella nos dijo: «Bueno, ¿no es lo más justo que dé más a aquellos que se merecen más? ¿No son los alumnos que hacen mejor sus tareas lo que se merecen más?»

»Al escuchar aquello, todos nosotros empezamos a protestar. «Eso no es justo», decíamos. «No tiene nada que ver lo que cada uno  
35 hace con los caramelos que le van a tocar. Todos somos personas y como personas somos iguales. Trátenos entonces con imparcialidad

y por igual, y denos a cada uno la misma cantidad de caramelos».

»Entonces la maestra nos dijo: «Ahora lo entiendo. Lo que me decís es que ser justa consiste en que os trate a todos por igual». Todos respondimos a coro: «Eso es, eso es. La justicia es ser tratado con igualdad». Pero antes de que pudiera repartir los caramelos el conserje vino a decirle que la llamaban por teléfono y salió de la clase. Cuando regresó unos minutos más tarde, se encontró con que algunos de los chicos más grandes de la clase habían cogido la bolsa de caramelos y se habían pegado por ella. Los más fuertes tenían cada uno un buen puñado de caramelos; otros menos fuertes tenían menos caramelos y los más pequeños no tenían ninguno.

»La profesora se enfadó y todo el mundo se sentó en silencio. Luego nos dijo: «Me dijisteis que fuera justa. Y me dijisteis que la justicia consistía en tratar a todos por igual y con imparcialidad. Bien; eso es lo que voy a hacer. Quiero que cada uno me dé un caramelo».

La señorita Williams hizo una pausa y Millie preguntó:

—¿Qué pasó entonces?

—Cada uno de nosotros tuvo que devolver un caramelo y así la mayor parte de nosotros se quedó sin nada, por lo que nos enfadamos mucho. Sin embargo lo que había hecho la maestra fue tratarlos como iguales.

—¿Y a qué viene ese cuento ahora? —quiso saber Randy.

—Muestra que las cosas pueden ser iguales sin ser justas —dijo Lisa.

—Significa que hay ocasiones en las que no es justo tratar a las personas por igual —dijo Mark casi al mismo tiempo que Lisa—. Y que la justicia es algo más que la imparcialidad.

Cuando Mark terminó lo que estaba diciendo, la chica de la guitarra rasgó las cuerdas con un rápido movimiento de su mano. Sonó fuerte y casi como un rasguído. Siguió otro acorde y después otro más. La habitación estaba tranquila cuando empezó a cantar. Al principio su voz era bronca, pero cuando cantaba el estribillo, y lo hizo varias veces, su canto pareció hacerse más débil y convertirse en una mezcla de recitado y lamento. Luego se volvió a hacer el silencio en la habitación. La señora Bertoia le susurró algo a su marido y éste se volvió al grupo y les dijo:

—Mi mujer dice que conoce muy bien esa canción. Es un lamento griego. Todavía lo cantan en el pueblo del que ella procede, en la plaza Mayor —Bart jugueteó un poco con la servilleta de papel, arrugándola y volviéndola a extender. Después siguió hablando—. A  
5 pesar de los muchos años que me he dedicado a la Ley, las cosas me siguen dejando perplejo. Sé muy bien a qué os referís —dijo mirando esta vez a Lisa y a Mark—. ¡Hay tantas cosas injustas! ¡Hay tantas desigualdades! Pero no siempre es culpa de la ley. Simplemente se trata de que a nuestra civilización en general le queda todavía mucho  
10 camino por delante.

»Ocurren cosas que nunca llegamos a entender, o a olvidar. Nací y crecí en Sicilia, cerca de Tarento —Bart seguía hablando, pero ahora se parecía más a un monólogo que los demás escuchaban en silencio—. Tenía una hermana gemela, igual que Mark y María. Se  
15 llamaba Alicia. Y también estaba nuestro primo Nunzio que era de nuestra edad. Sus padres se habían matado en un accidente cuando él era pequeño, así que los tres nos educamos juntos, como si fuera nuestro hermano. De hecho ni a Alicia ni a mí se nos pasaba por la cabeza que su relación con nosotros fuera distinta a la que manteníamos entre los dos. De lo que sí nos dábamos cuenta era de que  
20 prometía bastante más que yo. Era tan bueno en matemáticas que toda la gente de aquella provincia había oído hablar de él. Por lo que se refiere a Alicia, quería cantar, cantar a Verdi y Puccini. Y cantaba muy bien.

»Pero éramos pobres. Hay un dicho: eres más pobre que un albañil siciliano. Y mi padre era un albañil siciliano. Cada día le iba resultando más difícil subirse a los andamios. Muy pronto alguien tendría que asumir sus responsabilidades. Pero, ¿qué sería de nosotros? ¿De los sueños de Nunzio de llegar a hacer una carrera de  
30 ciencias? ¿De las esperanzas de Alicia de cantar ópera? Mi padre nunca se reunió con nosotros para hablar de ello. Todo fue ocurriendo poco a poco, como ya había pasado durante generaciones y generaciones. Alicia se casó con un granjero que se consideraba un buen partido porque tenía un rebaño de ovejas. Y Nunzio se colocó  
35 como aprendiz de albañil.

»Gracias a ellos, yo pude ir a la escuela y después a América, Y

desde entonces no ha habido un día en mi vida, ni un solo día, en el que no me haya preguntado: ¿por qué yo? Mis únicos méritos consistían en haber nacido chico y no chica, como Alicia. En haber tenido padres vivos y no muertos, como Nunzio. En términos generales, no se puede decir que haya fracasado. Tampoco he sido desgraciado. ¿Pero quién puede ser realmente feliz cuando la condición que te permite triunfar es que otros, mucho más capacitados que tú, fracasen? No puedo dejar de pensar que nadie puede decir que ha tenido éxito en un mundo en el que no todos han disfrutado de las mismas oportunidades.

La señora Bertoia apoyó un momento su cabeza en el hombro de su marido. Luego entró el señor Burchfield con más zumo de uvas, para alegría de todos pues habían pensado que ya se había terminado. Un acorde desafiante salió de la guitarra y la chica que estaba en el taburete, con el pelo todavía tapándole los ojos, entonó una canción popular israelita, a un tiempo amarga y orgullosa, triste y altiva. Muy pronto todo el mundo, estudiantes y adultos, daban golpes en las mesas siguiendo el ritmo de la música. Se escuchó la voz del padre del señor Burchfield, sentado en la esquina. Era mucho más firme de lo que se habían imaginado para un hombre de su edad.

—Os he estado escuchando a todos discutiendo sobre lo que es justo y lo que no es justo. Se me ocurre que...

En ese momento fue interrumpido por gritos que decían: «¡Más cerca! ¡Más cerca!». Entonces se acercó a la mesa y se sentó en una silla vacía que había entre Fran y Mickey.

—Como iba diciendo, esas cosas de las que habéis estado hablando son cosas sobre las que yo me he preguntado toda mi vida. Y ya que los que sois un poco mayores habéis contado alguna historia a los que sois un poco más jóvenes —Bart no pudo evitar una sonrisa—, me pregunto si os importaría que añadiera mi propia historia.

—Está Usted en su casa —dijo Mickey.

—Nací en Tennessee y mi padre era minero. Llevaba trabajando en la mina veinte años cuando murió. Tenía treinta y cinco años entonces y yo tenía quince. Como yo era el mayor de los hermanos y

había otros cuatro más pequeños, fui a las oficinas de la mina para pedir trabajo.

—¿Con quince años? —preguntó Laura sin acabar de creérselo.

—De todas formas hubiera ido a trabajar el año siguiente, así que  
5 no se trataba de algo que no estuviera esperando —el señor Burchfield tosió y luego continuó hablando—. El caso es que casualmente estaba en las oficinas el presidente de la compañía, el señor Taylor, cuando llamé a la puerta. Se le consideraba una persona agradable. Entré y pregunté si sería posible reemplazar a mi padre en la mina. El  
10 señor Taylor dijo: «Pues claro, Ty. Y te diré lo que voy a hacer. Te pagaré lo mismo que a tu padre, dos dólares por semana, aunque te llevará por lo menos dos meses aprender el oficio. ¿Qué te parece eso, hijo?»

«Señor Taylor —le contesté yo—, usted sabe que le quedo muy  
15 agradecido. Pero es muy difícil que nosotros podamos conservar la piel y los huesos juntos con sólo dos dólares». El me dijo: «Es el mismo sueldo que tiene todo el mundo». «Ya lo sé —contesté yo—. Quizás un hombre pueda vivir con eso, pero si tiene que alimentar cuatro o cinco bocas, resulta realmente difícil. Lo que ocurre es que  
20 nadie tiene suficiente para comer. Creo que es por eso por lo que mi padre cayó enfermo: todo lo que podía comer era dos trozos de pan y un plato de sopa todos los días».

»El señor Taylor me contestó que si la gente tenía hijos, ése era su problema, pero no de él. Entonces yo le dije: «Bien, de acuerdo,  
25 pero mire, hay algo más que me tiene algo confuso. Va a pagarme un sueldo semanal que es casi lo justo para que una persona siga viviendo. ¿Pero cómo calcula usted el precio al que vende el carbón?». Me respondió que no le interesaba hablar conmigo del precio del carbón, por lo que yo dije: «De acuerdo, hablemos entonces del  
30 precio de la leña. El almacén de leña que hay al otro lado del pueblo es suyo, ¿no es cierto?». Me dijo que sí y entonces yo continué hablando: «Cuando usted fija el precio de la leña, tiene en cuenta lo que le cuesta llevar el almacén: salarios, impuestos y todo eso, ¿no es así?». Se limitó a mirarme, seguramente pensando que me había  
35 vuelto loco; pero yo seguí: «Pero incluye también en el precio de venta lo que le costó el crecimiento de los árboles, ¿verdad? Me

refiero a que cuando usted corta un árbol lo sustituye por un árbol nuevo y tiene en cuenta los costes de la plantación de ese nuevo árbol, y de los cuidados que necesita para que crezca, ¿no es así?»

»El señor Taylor se limitó a mirarme frunciendo el ceño sin decir ni sí ni no. Supongo que quería saber a dónde pretendía llegar. Pero yo debía estar muy afectado por la muerte de mi padre y por eso no me daba cuenta de los problemas que me estaba buscando. Sólo le dije: «Pues bien, señor Taylor, yo me parezco bastante a ese árbol nuevo. Si quiere sustituir a mi padre por mí, debe pagar no sólo lo que cuesta mantenerme vivo, sino también los costes de mi crecimiento... ¡Desde que nací!».

—Me apuesto lo que quiera a que casi explotó cuando escuchó eso —dijo Fran.

—Desde luego que explotó. Me gritó: «¡Los costes de tu desarrollo! ¿De qué estás hablando?». Yo le contesté: «El coste de mi alimentación desde que nací, las facturas del médico, la ropa, y esas cosas». Me respondió que no era su problema, que era problema de mi padre, por lo que le dije: «Mire, señor Taylor, a uno de los dos, a mi padre o a mí, debe pagarnos los gastos de mi desarrollo y del mismo modo que usted, cuando prepara un producto nuevo, incluye en los costes lo que se ha gastado en la investigación, nosotros tenemos derecho a que se nos paguen los gastos de mi desarrollo. No deben salir de nuestros salarios, pues estos sólo nos permiten subsistir, no alcanzan para pagar los costes de mi crecimiento». En fin, para abreviar la historia, por descontado que no me contrató después de aquello. Me dijo que era un alborotador y que iba a provocar problemas, por lo que tuve que buscar trabajo en otro sitio.

—Tuvo una buena discusión —señaló Millie con algo de admiración.

—Vamos, Millie —exclamó Randy—. Se trata sólo de una versión de la historia. De todas formas sucedió hace muchos años. Esas cosas no pasan hoy día. Hoy día la gente recibe lo que se merece, ni más ni menos.

—Entonces —dijo la señorita Williams—, desde tu punto de vista nuestra sociedad es una sociedad justa, ¿no es cierto?

—¡Exactamente! —contestó Randy—. Nuestra sociedad es justa.

Recibimos lo que merecemos y si algunas personas tienen más que otras, es porque se merecen más que otras.

—¡Oh, claro! —dijo Luther.

La chica del taburete apoyó la guitarra en su regazo. El acompañamiento musical flotaba suavemente en el ambiente. Sólo parecía tener importancia la canción, un antiguo espiritual que a todos les resultaba familiar.

—Yo no me creo que la justicia sea lo mismo que la imparcialidad —dijo Mark rompiendo el silencio que se había producido—. Tampoco creo que consista en que se respeten todos tus derechos.

—No sé qué decirte —contestó Tony—. En la medida en que las personas son iguales, deben ser tratadas con igualdad; en la medida en que son diferentes y las diferencias tienen importancia, deben ser tratadas de forma diferente.

—¡No me entiendes! —dijo Mark exasperado—. Sigues hablando de imparcialidad, de juego limpio y de esas cosas, pero yo no estoy hablando de eso.

—¿De qué estás hablando entonces, Mark? —le preguntó la señorita Williams.

Mark movió la cabeza sin responder, pero fue Fran la que contestó.

—No he dejado de pensar en ello desde que llegamos. ¿No recordáis que estuvimos hablando del día y del tiempo, de lo que las cosas son y de las condiciones que las acompañan? ¿No se tratará de algo parecido?

—¡Eso es, Fran! —dijo Suki con fuerza—. Vas bien encaminada. Fijaos, mi abuelo, el granjero, ¿le recordáis?, me dijo algo la última vez que estuvo a vernos. Suponed que plantáis dos árboles, como aquellos que mencionaba el señor Burchfield. Uno de ellos lo plantáis en un suelo de piedras, con poca agua y poco sol. Pero el otro lo ponéis en tierra buena, con mucho abono y fertilizantes y con abundante agua y luz. Está claro que uno crecerá bien y el otro no, ¿no es cierto?

—Pues claro —asintió Millie—. Uno crecerá fuerte y grande y el otro será siempre una birria.

—¿Pero se debe a que uno de ellos era al principio una birria y el

otro no lo era? —preguntó Fran—. ¿Es que uno de los árboles tenía más iniciativa que el otro, o más talento, o más constancia?

—¡Eso es! —exclamó Mark—. Al principio los árboles eran árboles iguales, pero crecieron en condiciones muy diferentes.

—Entonces es lo que decía la señorita Williams —señaló Lisa—. 5  
La igualdad no basta. La imparcialidad no basta.

—Lo que me gusta ver en el jardín de mi casa —dijo Suki— es el mayor número de flores posible. Algunas plantas necesitan sombra, otras necesitan sol. Algunas necesitan mucha agua; otras, sólo un poco. Pero no trato mal a ninguna porque necesite unas condiciones 10  
diferentes, especialmente cuando sus flores son tan diferentes, y todas las flores son preciosas. El objetivo es conseguir que las plantas florezcan, y no ponérselo más difícil. Con las personas pasa lo mismo, ¿no es verdad?

La chica con la guitarra se levantó del taburete y se retiró el pelo 15  
de los ojos. Bart se puso de pie, indicando a los demás que ya era el momento de dejar las mesas libres para que el señor Burchfield pudiera limpiarlas antes de que llegaran los clientes. Pero Lisa quería seguir hablando.

—Entonces, Suki, ¿cuando las plantas florecen es igual a cuando 20  
las personas llegan a ser libres?

Suki miró atentamente a Lisa, pero no dijo nada.

—Quiero decir —continuó Lisa— que para florecer, como tu decías, las plantas necesitan ciertas condiciones.

—Estiércol —interrumpió Randy sarcásticamente. 25

—Muy bien —le contestó Lisa sin inmutarse—. Y del mismo modo, la gente, para ser libre, necesita determinadas condiciones.

—Y el nombre de esas condiciones es *justicia* —dijo Mark después de que Suki hubiera asentido con la cabeza.

—En una sociedad que funciona bien —dijo Fran— todo funciona de acuerdo con la justicia. Ella, la justicia, es los cimientos. 30  
¿No podríamos decir que la imparcialidad no es más que la punta del iceberg?

—¿No es la Ley un fundamento suficiente? —preguntó Bart, frunciendo el ceño. 35

—La ley no es suficiente —dijo Fran.

—No para la justicia —añadió Mark—. Ni tampoco para la libertad.

—Y donde no hay justicia —dijo Harry—, es seguro que no habrá libertad.

5 Justo en ese momento salió alguien de la cocina con un delantal blanco, llevando un plato de ensalada en una mano y una paño de secar platos en la otra. Casey se le acercó enseguida.

—Estás magnífico —le dijo radiante—. Tienes un aspecto fenomenal.

10 —¿Sigue creyendo que hay algo misterioso en los jóvenes —le preguntó la señorita Williams a Bart.

—Supongo que no son más misteriosos que los demás —respondió.

15 Fran acogió las palabras de Bart con un movimiento de cabeza y una sonrisa, aunque no dijo nada. Mark sí quiso comentar algo.

—Supongo que lo que realmente importa —dijo, dirigiéndose al padre del señor Burchfield —no es cómo realmente vive la gente en una sociedad, sino lo que tenemos que hacer para que puedan vivir mejor.

20 —Mejora las condiciones —comentó el padre del señor Burchfield—. Vive bien.

—Vive bien, de acuerdo —se rió Suki—. ¿Y no significa vivir bien el ser capaz de hacer lo que crees que es mejor hacer?

25 —Significa —contestó Mark— una sociedad en la que hacer y pensar estén relacionados, en la que los que actúan, piensan, y los que piensan, actúan.

—Todavía no me habéis dicho cómo vais a conseguir que eso suceda —dijo Bart en un tono suave.

—Eso es en lo que tenemos que pensar ahora —contestó Mark.

30 La señorita Williams se ajustó las gafas, dirigió una mirada a Mark y luego dijo:

—Muy bien. ¡Mejor sería empezar a pensar ahora mismo qué haremos el año que viene en mi asignatura de ciencias sociales!

35 Cuando Mark salió de «Sólo Postres» se dio cuenta de que había dejado de llover y de que las nubes negras, aunque seguían en el cielo, estaban empezando a dispersarse. Se paró un momento de

bajo de la marquesina. La luz del sol estaba empezando a filtrarse entre las hojas de los árboles, goteando todavía después del fuerte aguacero.

Mark empezó a aligerar el paso en dirección a su casa. Pero ir andando deprisa no le parecía suficiente. Empezó a ir al trote. Su 5 cabeza ya estaba despejada y se sentía libre y ligero: era como si, de pronto, nada se opusiera en su camino.

Echó a correr.

## NOTA ACLARATORIA

Prácticamente todo el mundo que tiene algo que ver con la enseñanza, tanto en el ámbito profesional como en el de los políticos que toman decisiones en cuestiones educativas, están de acuerdo en que es necesario potenciar la educación cívica y social, en un sentido muy amplio de poner en contacto a las alumnas y alumnos con las instituciones y valores fundamentales de las sociedades democráticas en las que viven. Esto puede acentuarse además en unos momentos en los que permanece latente una crisis de legitimidad de esas instituciones, en los que la participación de los ciudadanos parece disminuir y en los que los valores que pusieron en marcha la experiencia democrática contemporánea no parecen gozar del vigor y la fuerza creativa que tuvieron en otros momentos.

El problema se plantea cuando hay que decidir cómo enseñar esos valores democráticos. La fórmula más socorrida, aplicada aquí en España, es incluir algún curso en el que se analice la Constitución y las instituciones fundamentales y enviar recomendaciones a todos los centros educativos para que se celebre adecuadamente el día de la Constitución. Sin entrar a valorar esos planteamientos, es notoria su insuficiencia e incluso su ineficacia, y los propios gestores de la educación son conscientes de sus graves carencias y limitaciones, por lo que ellos mismos vienen esforzándose en buscar planteamientos más activos para abordar el problema, si bien es fácil terminar suprimiendo ese tipo de enseñanza para no hacer frente a las numerosas dificultades que suscita.

Todo el Programa de Filosofía para Niños nace, en gran parte, para hacer frente a este grave problema. Si realmente creemos en la

democracia, en una democracia que sea algo más serio que votar una vez cada cuatro años o un conjunto de libertades formales, es necesario que los ciudadanos sean activos y participativos, que no deleguen las cuestiones políticas fundamentales en manos de unos expertos gestores que terminan decidiendo con criterios muy estrechos, si no particulares e interesados. Y para que puedan acometer todo eso, hace falta que sean capaces de pensar por sí mismos, que reflexionen sobre los supuestos y las consecuencias de las decisiones que se toman, que descubran los criterios por los que deben ser valoradas las instituciones democráticas en las que viven. Y hacerlo además en el seno de una comunidad de investigación en la que la tolerancia, la comprensión del punto de vista de los demás y la responsabilidad solidaria por buscar esos hábitos de reflexión y esos criterios son llevadas a la práctica.

Desde la primera novela, *Elfie*, destinada a preescolar, pasando por *Kio* y *Guss*, *Pixie*, *El descubrimiento de Harry y Lisa*, todas esas destrezas fundamentales y esa comunidad de investigación han sido potenciados y consolidados, ofreciendo unos materiales y un planteamiento de la educación coherentes con esos objetivos. En la novela *Mark* los adolescentes tienen la oportunidad de centrar todas esas destrezas y hábitos que han ido adquiriendo en la discusión de los temas específicamente políticos y sociales, en una valoración seria y rigurosa de lo que hace que una sociedad sea democrática y siga siéndolo de forma cada vez más radical y coherente. Se trata, por tanto, de ofrecer a los profesores unos materiales muy bien elaborados con los que puedan llevar adelante una adecuada educación social y política, que no incurra ni en adoctrinamientos ni en *moralinas*.

La novela está pensada para alumnas y alumnos a partir de los quince años. En esta ocasión, teniendo en cuenta el nivel de esos alumnos y los temas tratados, es posible que las discusiones sobre los temas básicos de la filosofía social y política hayan adquirido un peso un poco mayor a costa de la estructura estrictamente narrativa de la novela. También el manual del profesor que acompaña a la novela, sin abandonar en ningún caso todos los presupuestos fundamentales de la enseñanza activa y comunitaria que caracterizan el

Programa de Filosofía para Niños, acuden más a un nuevo tipo de ejercicios en los que se pide al alumno que investigue y busque datos que le permitan enriquecer los diálogos que se mantienen en clase. La inclusión de textos filosóficos en el manual no hace más que

5 reforzar esa necesidad de ir poniendo al alumno en contacto con una sólida tradición de pensamiento en la que se han ido desgranando los problemas que a ellos, aquí y ahora, también les preocupan.

El currículum Filosofía para Niños, creado por Matthew Lipman y sus colaboradores a comienzos de los años setenta, se halla exten-

10 dido en estos momentos por miles de clases y escuelas en diversos países del mundo, existiendo traducciones del mismo a diversos idiomas, desde Canadá hasta Chile y desde Australia hasta la República Federal de Alemania. Existen diversas traducciones al castellano, adaptadas a los diversos países en los que el método se utiliza.

15 La traducción al castellano que nosotros presentamos ha respetado tanto los nombres como las situaciones originales de la novela. Reconociendo los problemas de adaptación cultural, nos ha parecido que ésa era la mejor decisión, habida cuenta de que el contexto cultural de los países occidentales es lo suficientemente parecido como

20 para no suponer excesivas dificultades.

La labor de difusión del currículum, así como la de traducciones y formación del profesorado es llevada adelante en España por el Centro de Filosofía para Niños (Fernán González, 23, 2.º A, 28009 Madrid), asociado a la Sociedad Española de Profesores de Filosofía

25 de Instituto (San Nemesio, s/n, 28043 Madrid) y por el Institut de Recerca per L'Enseyament de la Filosofia (Mallorca, 285, 08037 Barcelona), desarrollando este último el programa en lengua catalana.

## ÍNDICE

Capítulo I .....	5
Capítulo II .....	18
Capítulo III .....	39
Capítulo IV .....	61
Capítulo V .....	80
Capítulo VI .....	93
Capítulo VII .....	106
Capítulo VIII .....	121
Nota aclaratoria .....	138